

Alberto Blest Gana

EL
LOCO
ESTERO

EDICIONES BIBLIOTECA NACIONAL

El loco Estero



EL LOCO ESTERO / ALBERTO BLEST GANA

Colección Diplomacia y Letras

© Ediciones Biblioteca Nacional, 2021

Primera edición: diciembre de 2021

Registro de propiedad intelectual:

N° 2021-A-10692

ISBN: 978-956-244-529-0

Ministro de Relaciones Exteriores

Andrés Allamand Zavala

**Ministra de las Culturas, las Artes
y el Patrimonio**

Consuelo Valdés Chadwick

Subsecretaria de Relaciones Exteriores

Carolina Valdivia Torres

Subsecretario de las Culturas

Emilio de la Cerda Errázuriz

Directora de Asuntos Culturales (DIRAC)

Ministerio de Relaciones Exteriores

Embajadora Verónica Chahin Sarah

**Director del Servicio Nacional
del Patrimonio**

Carlos Maillet Aránguiz

**Director de la Biblioteca
Nacional de Chile**

Pedro Pablo Zegers Blachet

Encargada de Literatura y Patrimonio

Dirección de Asuntos Culturales del

Ministerio de Relaciones Exteriores (DIRAC)

Alejandra Chacoff Ricci

Alberto
Blest
Gana

EDICIONES
BIBLIOTECA NACIONAL

ÍNDICE

Presentación

ANDRÉS ALLAMAND

Ministro de Relaciones Exteriores de Chile

Pág. 9

Alberto Blest Gana y *El loco Éstero*:

Entre la macro historia nacional y la nostalgia personal

PEDRO PABLO ZEGERS BLACHET

Director Biblioteca Nacional de Chile

Pág. 11

El loco Éstero

ALBERTO BLEST GANA

Pág. 15

Presentación

ES UN HONOR para el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile presentar esta nueva edición de *El loco Estero* del prolífico escritor, político y diplomático, Alberto Blest Gana (1830-1920), novela que escribió después de desarrollar una destacada carrera diplomática al servicio de Chile.

La presente edición inaugura la colección “Diplomacia y Letras”, publicada por iniciativa de la Dirección de Asuntos Culturales de la Cancillería (DIRAC), en conjunto con la Biblioteca Nacional de Chile, en el marco de la celebración de los 150 años del decreto que creó formalmente el Ministerio de Relaciones Exteriores en 1871, y que tiene por objetivo dar a conocer al público a grandes figuras de las letras chilenas, de trascendencia nacional e internacional, que cumplieron funciones diplomáticas y consulares, entre las cuales destacan dos premios Nobel de Literatura, dos premios Cervantes y 25 premios Nacionales de Literatura. En este último punto, no podemos dejar de mencionar que fue un diplomático, Augusto D’Halmar, en quien recayó el primer Premio Nacional de Literatura en la historia de Chile (1912).

En cuanto a Alberto Blest Gana, desarrolló su carrera diplomática por más de veinte años, entre 1866, al asumir como jefe de la Misión de Chile en Estados Unidos de América, hasta su retiro del servicio, en 1887, como ministro plenipotenciario ante Francia y el Reino Unido. En dicho periodo llevó a cabo delicadas gestiones que serían de gran relevancia para el futuro de Chile, en un contexto internacional particularmente desafiante.

Así, al ser nombrado representante de Chile ante los Estados Unidos de América, por el presidente José Joaquín Pérez, conseguiría valiosos apoyos para la llamada “Guerra

contra España”, pero poco duraría en ese destino, ya que, al año siguiente, sería requerido en Londres. En los años 1868 y 1869, Blest Gana gestionaría empréstitos para Chile y aseguraría barcos para la incipiente Armada Nacional. A partir de 1870, con sede en París, y sin dejar sus funciones ante el gobierno británico, que además se extendía a los diversos países de Europa, su labor sería fundamental para la representación de los intereses nacionales en momentos de suma importancia para Chile.

Alberto Blest Gana fue uno de los primeros diplomáticos multilaterales de su país, negociando el ingreso de Chile a la Organización Postal Universal y, en 1901, ya retirado del servicio diplomático, encabezó la delegación chilena en el Segundo Congreso Panamericano, en México.

Asimismo, nos complace recordar su doble vocación de escritor y diplomático, inaugurando la colección “Diplomacia y Letras” con *El loco Estero*, una de sus más reconocidas novelas, obra de profunda nostalgia y amor por Chile.

Alberto Blest Gana, denominado por la crítica como “el padre de la novela chilena”, fue un destacado hombre de letras, capaz de desarrollar una carrera diplomática ejemplar. Su marcada vocación de servicio público, lo que en complemento a sus cualidades personales, su comprensión del contexto histórico y su defensa irrestricta de los intereses de Chile, lo posicionan como una figura prominente de la literatura y la diplomacia nacional.

Andrés Allamand

Ministro de Relaciones Exteriores de Chile

**Alberto Blest Gana y *El loco Estero*:
Entre la macro historia nacional
y la nostalgia personal**

ALBERTO BLEST GANA es, sin duda, el más representativo autor de la novela realista chilena, dentro del contexto de la generación romántica del siglo XIX. Nace el 4 de mayo de 1830 en Santiago de Chile y en su múltiple existencia se entrega a la vida militar, la docencia universitaria, la creación literaria —que es justamente por la que más se le valora y ha quedado como un bastión fundamental y fundador de esta, sobre todo en el plano narrativo— y la actividad diplomática. Es esta última la que lo lleva a vivir lejos de nuestra tierra, desde 1866 hasta 1920, año en que muere, en París, el 9 de noviembre. En sus noventa años de vida, de los que pasó más de la mitad “trasplantado,” como en su novela homónima, a pesar de la distancia, su obra abarca un periodo importantísimo de la historia chilena, cuando el país se consolidaba como nación independiente, a través de luchas internas y guerras contra los estados confinantes, y el de su estructuración y formación intelectual. En este periodo se funda la Universidad de Chile, cuyo primer director fue otro hombre de formación humanista a la manera de los escritores filósofos franceses, como Voltaire, Rousseau y Diderot, el venezolano Andrés Bello, y, también, aportan a la consolidación cultural, identitaria y republicana del país figuras de la importancia intelectual de Sarmiento, Alberdi o Mitre, exiliados argentinos de la dictadura de Rosas.

En este florecimiento cultural inaugural del *ethos* chileno, nadie como Alberto Blest Gana narra la novela de Chile auroral, con la pasión romántico-realista, en la que se destacan no sólo acontecimientos históricos, sino también todo un

friso costumbrista, de color local, avatares, y hechos políticos y sociológicos que dieron forma a los espacios tanto rurales como urbanos del naciente Chile moderno: de estos aspectos de la vida chilena, dan cuenta novelas escritas al alero textual de Honoré de Balzac, en su *Comedia humana*, como *Durante la reconquista* y, sobre todo, *Martín Rivas*, quizá la novela chilena con más ediciones en la historia bibliográfica del país, y estudiada en la educación media y superior chilenas hasta hoy. Los acontecimientos políticos entran decididamente para marcar el tiempo de la novela. Asistimos, así, al motín del 20 de abril de 1851, guiado por el coronel Urriola, apoyado por la «Sociedad de la Igualdad», y a su sangriento fracaso en el barrio santiaguino de «La Cañada», lugar donde vivió el novelista. Pero tampoco descuida la creación y la descripción de personajes notables y señeros, como el mismo protagonista de la obra, Martín, que a pesar de ser un espejo de cierto arribismo de clase de la época, nunca llega a ser un estereotipo.

Como diplomático y “hombre de mundo”, desde París, Blest Gana asiste a tantos acontecimientos de relevancia mundial. En su atalaya parisina es testigo de sucesos y acontecimientos internacionales: la Comuna, el segundo Imperio, con Napoleón III, la guerra franco-prusiana y la Primera Guerra Mundial. Pero la materia de su obra siempre fue Chile, tanto en su macro como micro historia y, sobre todo, en su afán por escudriñar, fijar, estudiar y dar vida palpable al Chile de su época. El escritor, por sobre el diplomático, se aboca permanentemente, en el ámbito histórico y social, en lo chileno, tanto dentro y fuera de las fronteras de nuestro país.

En París, también, en sus últimos años de vida, y quizá por única vez con tanta intensidad y nostalgia, da vida al “loco Estero” el personaje principal de su novela homónima, basada en un episodio que él mismo presencié en su

infancia y lleva a las páginas del libro con una nitidez impresionante, en esta obra que no solo es una rememoranza crepuscular, porque en ella integra temas y tópicos que ya había incorporado en su producción literaria anterior, como la avaricia y el engaño, la fidelidad y el honor, la apariencia y la verdad.

Dice de este texto crepuscular, pero muy lúcido, Hernán Díaz Arrieta (*Alone*) en el prólogo a la primera edición:

He aquí un verdadero prodigio.

Hacía sesenta años que el novelista había presenciado los sucesos. Nunca le había gustado el género confidencial ni hecho intervenir su persona en sus novelas, aunque en el fondo lo deseaba.

Hacía cincuenta y tantos que habitaba lejos del suelo natal donde se desarrollaron. Ahora viejo, casi octogenario, radicado en París, va a darse el gusto de mostrar sus recuerdos de Chile, distante no solo en el espacio sino en el tiempo — Los hechos que recordará ocurrieron cuando él contaba con nueve años. Y sin embargo, ¡qué exactitud en su memoria, cuanta graciosa agilidad!

Con esta novela inusual y nostálgica, pero de esa nostalgia lúcida que da el tiempo y la distancia, ya una vez construido ese inmenso monumento que cuenta Chile a la manera de un Balzac o un Sthendal, Ediciones Biblioteca Nacional da inicio a su colección “Diplomacia y Letras”. Con el fundador indudable de la novela moderna chilena que inaugura en un tiempo también inaugural de la nación, con este personaje que vive encerrado como un loco por la codicia de los otros y gracias a la generosidad y honradez del “ñato Díaz”, termina liberado y lúcido, con la lucidez de su creador y su novela, sin duda, más íntima y personal.

Alberto Blest Gana hizo en su *Comedia humana* de Chile un país que entra a un universo literario cada vez más universal. Con su Historia y sus historias, con sus volantes surcando los cielos azules de las fiestas de septiembre, con personajes provenientes de la “fronda aristocrática”, como del pueblo aterido. Con la urbe y el campo. Con toda nuestra identidad naciente que se consolida en el Centenario y se abre ahora a esta turbulenta posmodernidad.

Pedro Pablo Zegers Blachet
Director Biblioteca Nacional de Chile

E L

L O C O

E S T E R O

Aunque no era fiesta, aquel día los dos chucuelos vestían el traje de domingo. Estaban sentados a la mesa con compostura estudiada, sin prestar atención a la conversación de los mayores que ocupaban la testera. A pesar de la distracción ansiosa a la que dicho espectáculo los sumía, ni el uno ni el otro dejaba de sentir el reflejo autoritario de los ojos paternos, tal como se siente el fuego de un rayo de sol sobre el rostro que les pedía estar atentos a lo que hablaban las personas grandes.

Más osado que el primogénito, el menor de los chicos extendió con disimulo una mano hacia un canastillo de fresas, primicia de la estación que, entrelazadas con flores, lo fascinaban con su rosada frescura.

—Javier, no toques las frutillas, no hijito —le ordenó, desde la opuesta extremidad, la voz de la madre, con dulzura.

—Si vuelves a desmandarte, no irás esta tarde a la Cañada —amenazó la voz del padre, con severidad.

Javier bajó la frente, fingiendo arrepentimiento, pero sus ojuelos pardos formulaban al mismo tiempo la protesta muda de su altiva voluntad.

—Ya vez que Guillén está quieto —agregó la madre, para suavizar la aspereza de la conminación paternal.

Con el elogio de su madre, un vivo tinte de carmín coloreó el rostro del mayor de los niños. Él, más bien que su hermano, parecía el delincuente. La mirada de sus grandes ojos azules daba a su fisonomía la seriedad casi tímida de los precoces soñadores.

Una voz de los grandes invocó indulgencia para Javier:

—Déjalo, María, que tome una frutilla. Hoy es día de regocijo general, y es preciso que todos estén contentos.

—¿No ves, mamá, lo que dice tío Miguel? —exclamó triunfante el niño.

—Cuando lleguemos a los postres —pronunció, con sentencia definitiva, el papá.

El chico no se desconsoló con ese fallo inapelable.

Sabía que cuando estaban convidados don Miguel Topín y su mujer, doña Rosa, dos personas plácidas, aquejadas de excesiva gordura, un ambiente de bondad contagiosa parecía sentirse en torno a ellos, templando el rigor de la disciplina del hogar. Para los chicos, don Miguel y doña Rosa eran los dioses tutelares de sus infantiles alegrías. Cuando llegaban, jueves y domingos, en la noche, a jugar la malilla, el fastidioso y soñoliento estudio de las lecciones se suspendía.

Pero aquel día, los esposos Topín estaban convidados a almorzar. En su agasajo a ellos, la cazuela y el ajiaco diarios habían cedido el puesto a los platos favoritos de la pareja. Al contemplar las viandas, las frutas y los dulces, don

Miguel y doña Rosa habían cambiado una mirada beatífica de común satisfacción. Ambos parecieron saborear de antemano las delicias culinarias que prometía la mesa.

—Esta María, nadie sabe como ella hacer abrir el apetito —dijo don Miguel, al sentarse.

—Todo parece estar de chuparse los dedos —agregó doña Rosa, confirmando el cumplido de su esposo, con miradas amorosas a cada una de las fuentes.

Entonces empezó el metódico ataque.

—¿Qué te sirvo, Rosa? —preguntó la dueña de casa, por vía de comienzo.

Don Miguel se apresuró a contestar por su consorte:

—Hija, de todo y por su orden; tú sabes que esa es nuestra divisa.

Los chicuelos aplaudieron:

—Yo también, tío Miguel; de todo y por su orden —exclamaron.

En ese tono alegre empezó el almuerzo. Al principio los esposos Topín sólo contribuían a la conversación con monosílabos escasos, con sonrisas entendidas, con aquiescencias de cabeza, para no apresurarse en su concienzuda masticación; un acto para ellos de suprema gravedad.

El incidente causado por la intentona de Javier sobre el canastillo de fresas ocurrió después, cuando ya, medio satisfecho el vigoroso apetito, había empezado don Miguel a disertar sobre los acontecimientos de que la fiesta de aquel día iba a ser el pomposo epílogo.

—Es preciso no olvidar —decía— que hace un año estábamos los chilenos tan contentos como hoy de haber emprendido la campaña restauradora del Perú.

—¿Por qué, Miguel? Yo nunca dudé del triunfo de nuestras armas —dijo el dueño de casa.

—Porque no se hallaba usted, como yo, al cabo de lo que ocurría, mi amigo don Guillén —contestó don Miguel.

Yo estaba en los secretos de palacio, y sabía cuál era la situación de nuestro ejército de Lima. El general Bulnes, en comunicaciones privadas al presidente, le decía que la residencia de las fuerzas de su mando en la capital del Perú podía hacerse muy crítica.

—Habíamos triunfado en Yungay y en Matucana —observó don Guillén, incrédulo—; ¿qué podía temer después de esas victorias?

—Con el enemigo al frente y a la retaguardia —contestó don Miguel— corría el peligro de sufrir un desastre.

Los dos muchachuelos se miraron con extrañeza. Las palabras del tío les parecieron un enigma. Hasta entonces el enemigo significaba únicamente para ellos el diablo, el vestigio horripilante de los cuentos de criados, espanto de la niñez.

Santa Cruz, el Protector, como se llamaba, de la Confederación Perú—boliviana, que la expedición había ido a desbaratar, se hallaba situado al Norte, no lejos de Lima, con fuerzas muy superiores a las nuestras; otra parte de su ejército se hallaba encastillado en las fortalezas del Callao. En un ataque combinado con Santa Cruz, estas fuerzas podían caer sobre la espalda de los chilenos.

Mientras el tío Topín daba esta explicación de alta tragedia, pasando, con intrépido apetito, de las viandas a los pobres, los dos niños habían trabado un diálogo en voz baja, sin poder explicarse la siniestra presencia del diablo en las operaciones militares de que era tema la conversación de los grandes.

—Pregúntale —decía Javier a su hermano mayor— si los soldados veían al diablo.

—Yo no, pregúntale tú —se excusaba Guillén, con timidez.

Ante sus imaginaciones infantiles, los ejércitos habían desaparecido. Era el enemigo del que había hablado don Miguel el punto luminoso y oscuro al mismo tiempo que subsistía a los adversarios próximos al combate.

—Pero el enemigo se guardó muy bien de atacarlo —dijo don Guillén.

¡El enemigo! Esta voz volvía a resonar en los oídos de los niños, atormentándoles el alma con las primeras angustias de la inquieta existencia. Y ninguno de los dos se atrevía a preguntar la explicación del misterioso enigma. Don Miguel replicó:

—No lo atacaron, porque el general Bulnes abandonó Lima a fin de poner su ejército a cubierto de un golpe de mano. Ustedes recordarán la alarma que reinó en Santiago al saberse que nuestro ejército había salido de la capital para el Norte. El general pidió refuerzos. Las promesas de los emigrados peruanos, que habían salido de aquí con la expedición restauradora, no se realizaban; los pueblos eran más bien hostiles al ejército chileno. Dos pequeñas victorias alcanzadas por el ejército de Chile, la de Buin y la de Casma, no bastaban para tranquilizar los ánimos entre nosotros.

—Así era, pues, hijita —dijo doña Rosa, mirando a doña María—; ¡Todos estábamos muertos de susto!

—¡Ah!, chiquillos, no olviden esta fecha: el 20 de febrero de 1839, llegó la noticia del gran triunfo de Yungay. El 20 de enero anterior, después de un combate de seis horas, el ejército de la Confederación, al mando del Protector Santa Cruz, fue completamente derrotado por el chileno, bajo las órdenes del general Manuel Bulnes.

Javier y Guillén gritaron entusiasmados:

—¡Viva Chile! —alargando cuanto podían, con infantil entusiasmo, la última vocal.

—Así es, chiquillos: ¡Viva Chile! —Hicieron eco los grandes.

—Y el enemigo, tío Miguel, ¿que se hizo?

—El enemigo trató de salvarse como pudo. Santa Cruz huyó hasta la costa, hasta ir a asilarse en un buque inglés.

—Y la Confederación Perú—boliviana, que turbaba el equilibrio y amenazaba la autonomía de los pueblos de la

América del Sur, quedó así destruida, gracias al valeroso esfuerzo del ejército chileno.

—Eso es lo que se celebra con la fiesta de hoy —dijo la madre de los chicuelos, que se habían quedado pensativos.

—El general Bulnes —agregó don Miguel— entrará esta tarde en Santiago, al frente de la parte de su ejército con la que se había quedado en el Perú para afianzar el orden.

En ese momento resonó en la puerta de calle un silbido agudo y prolongado, que hizo levantarse a los niños cual si hubieran recibido una conmoción eléctrica.

En voz baja, los dos se dijeron:

—¿El ñato Díaz!

Aquel nombre, con su calificativo chileno de lo que el diccionario de la lengua llama chato, pareció ejercer en ellos una fascinación poderosa. Iluminada la vista, encendidas las mejillas por repentina animación, ambos hicieron ademán de abandonar la mesa. La fuerza de la disciplina doméstica los hizo detenerse de inmediato, sin embargo.

—Papá, ¿nos da licencia para levantamos? —preguntaron con aire respetuoso.

—Vayan chiquillos, yo les doy licencia —dijo, en festivo tono, don Miguel.

Guillén y Javier salieron, saltando de alegría. Apenas oyeron la recomendación de la madre, cuando iban corriendo:

—Niños, no pasen de la puerta de calle.

La voz de la señora se perdió en medio de un formidable ruido de cantos y de música, que llegaba de afuera.

Una partida de pueblo, marchando en derredor de una banda de músicos, pasaba en ese instante por la calle. En acordes de dudosa precisión, pero de un ardor digno de suerte más armónica, la banda lanzaba al aire, en notas de primitiva decadencia, la canción de Yungay, obra musical de circunstancia, debida a la inspiración del maestro Zapiola, un compositor chileno.

Los acompañantes de la banda, sin cuidarse sobre manera de la medida que marcaba la música, gritaban de voz en cuello, el coro de la canción:

“Cantemos la gloria
del triunfo marcial,
que el pueblo chileno
obtuvo en Yungay”.

Andrajosos, y en gran número descalzos, los chicuelos de la calle, unidos al grupo de pueblo, manifestaban su entusiasmo patriótico mezclando al concierto de las voces sus silbidos penetrantes, signos a veces de aplausos, y otras, de burla maliciosa. Los perros, muy abundantes en ese entonces en las calles de la capital, tomaban parte en el regocijo público con sus aullidos, sin respeto a la voz de los cantantes. Con sus chamantos terciados sobre el pecho, los hombres agitaban sus chupallas en el aire, lanzándolas al espacio, con risas y cuchufletas.

Echado hacia atrás el rebozo, las mujeres, sin cuidarse mucho de cubrirse el seno, desgreñado el cabello, ya encendido el rostro por el calor del sol, alzaban también su voz de tiple en notas sobreagudas de atronadora repercusión. Casi todos, hombres, mujeres y chicuelos, a porfía fumaban cigarrillos de hoja y de papel, al terminar cada estrofa.

Jadeante con la agitación de la marcha y con el esfuerzo de las voces para uniformar la medida musical, la turba llegó en tropel confuso delante de la puerta de calle, entonando, tras el coro, la primera estrofa de la canción:

“Del rápido Santa
pisando la arena
la hueste chilena
se avanza a la lid,

ligera la planta,
serena la frente,
pretende impaciente
triunfar o morir”.

Los habitantes de la casa, situada frente al antiguo cuartel de artillería, al pie del cerrito convertido ahora en espléndido jardín, habían acudido con sus huéspedes a la puerta de calle. Al mismo tiempo, otras cuatro personas llegaban también del interior de la casa, atraídas por el canto y por la música, y se agrupaban allí, conservando cierta distancia entre ellas y el grupo de don Guillén.

En primera fila, delante de la gran puerta, con el chico Guillén de un lado y su hermanito Javier del otro, teniéndolos de la mano, un mozo de veinte años a lo más, unía su voz a los cantantes, que, encontrando muy rudo el figurado estilo de la primera estrofa, volvían a empezar el coro:

“Cantemos la gloria
del triunfo marcial”

Al segundo verso resonó entonces la voz del mozo. Con risueño semblante y animados ojos, hizo oír, en medio del ruido general, esta variante burlesca:

“del triunfo marcial
que el roto chileno
obtuvo en Yungay”.

Y agregó este verso, dominando el canto de los del pueblo:

“Sin las chinas feas,
que chillando van”.

Guillén y Javier, radiantes de contento, imitaban el ejemplo del mozo y repetían:

“Sin las chinas feas,
que chillando van”.

Era, el que así cantaba, un muchacho de color trigueño, cuyos ojos, de extraordinaria movilidad, daban a su rostro un aspecto de franca alegría y de audaz resolución al mismo tiempo. De estatura mediana, de anchos hombros y bien compartida musculatura, un aire de agilidad y de fuerza desprendíanse de su persona. Algunas de las mujeres del grupo de cantantes, al verse tratadas de “chinas feas”, le gritaron al pasar, abandonando el canto, con la fórmula de desprecio del roto por el caballero:

“Cantá no más,
Futre Encolao,
de a cuartillo el atao”.

Entretanto, la música se alejaba Cañada abajo, según la expresión de lenguaje común, para indicar hacia el poniente. Otros grupos de gente endomingada, es decir, de dominguera vestimenta, menos bulliciosos que los acompañantes de la banda de músicos, marchaban también, pero sin apresurarse, fumando y chanceándose con buen humor, hacia la Alameda, preparada ya para la fiesta de la tarde. Era, entonces, aquel sitio el único paseo público de la ciudad. Oficialmente condecorada con el presuntuoso nombre de Paseo de las Delicias, la Alameda, más comúnmente designada por este último nombre, era conocida también por el de la Cañada. Trazado en el arrabal del Sur, al borde de la población, por un coronel de ingenieros de los jefes apresados en la gloriosa captura de

la fragata española “María Isabel”, el paseo de la Cañada era forzosamente el centro preferido para la celebración de las fiestas populares. En seis filas paralelas, sus altos y frondosos álamos, alineados con simétrica regularidad, formaban una ancha avenida central, limitada a uno y otro lado por dos acequias de agua corriente. La separaban éstas de dos avenidas laterales más angostas, a su vez separadas de las vías del tránsito general por las filas exteriores de los árboles, que completaban aquella larga calle de tupido follaje.

—Van a ganar lugar desde temprano, para ver desfilar las tropas —decía don Miguel Topín, viendo pasar la gente.

Los chicos se inquietaron con aquello de “ganar lugar”.

—Pero nosotros tenemos tabladillo, ¿no, mamá?

La mamá los tranquilizaba; tenían un tablado de los muchos que, a manera de palcos abiertos al aire libre, amarrados a los álamos, se habían construido para la gente visible por donde debía desfilar, en su marcha triunfal, aquella tarde, el ejército libertador del Perú.

—No se inquieten, niños, todo lo verán, con tal de que se porten bien y que no ensucien su ropa— concluyó diciéndoles doña María

—Señorita, no tenga cuidado, se portarán muy bien —dijo el mozo que tenía de la mano a los niños.

Los dos grupos de observadores se habían acercado poco a poco y conversaban. De un lado don Guillén, su mujer y sus convidados; del otro lado las cuatro personas que habían salido del interior de la casa, atraídas por la música y los cantos de la fiesta. Componíase este grupo de un hombre, calvo y flaco, de cuarenta y cinco años al parecer, de dos mujeres jóvenes todavía y de una esbelta muchacha de diecisiete años a lo más.

Cansados ya de ver pasar a la gente, los niños se habían puesto a explorar el espacio.

—Tata Apito —le decían—, buen viento para encumbrar volantines.

—Cómo no, pues, superior —decía el calvo, mirando el espacio donde se veían balancearse cometas de distintas formas, de las que la construcción había llegado a ser una complicada ciencia por aquel tiempo.

Mientras miraba así, con los ojos de hombre experto, moverse en el aire los volantines, tata Apito fumaba, hasta quemarse los dedos, su cigarrillo de hoja, casi ya consumido enteramente.

—Tata Apito, bote el pucho, que le está quemando el bigote —le dijo Javier, con sorna.

Envalentonado con la broma de su hermano, Guillén agregó:

—Ñato, dale un cigarro a tata Apito, antes de que el cigarro, le chamusque la boca.

El joven sacó una cigarrera de paja y la presentó a don Agapito.

—Aquí tiene, saque los que quiera.

Don Agapito, fumador de bolsa consuetudinario, sacó, por lo menos, un tercio del contenido de la cigarrera.

—Vaya, pues, don Carlito, por ser de su mano.

Los chicuelos celebraron con voces de alegría la desfachatez de don Agapito.

—Toma, ñato, eso te pasa por rangoso— proferían, aplaudiendo.

Sin cuidarse de las bromas de los niños, los de los dos grupos conversaban sobre la fiesta del día. De las dos mujeres que con la chica y don Agapito habían salido del interior de la casa, una era, visiblemente, mayor que la otra. Ambas vestidas con traje de quimón ordinario y con el mantón de iglesia echado sobre los hombros, parecían pertenecer a esas familias de escasos medios de fortuna, que ocupan en la escala social de los pueblos hispanoamericana-

nos el punto medio entre la aristocracia acaudalada y la gente de humilde condición, que lucha contra la pobreza, disimulándola.

A pesar de la modestia de su traje, advertíase en la mayor cierta majestad natural. Hubiérase dicho una gran señora, que no acertaba ocultar la distinción de su persona bajo la humildad de su traje.

La otra, algo más joven que ella, la llamaba Manuela en la conversación que tenía con don Guillén y sus amigos. Manuela, a su vez, al hablarle, le decía Sinforosa. Eran dos hermanas, en las que el aire de familia alcanzaba apenas a sospecharse después de un atento examen.

En la primera, un aire de superioridad y de energía desprendíase de toda su persona, mientras que la segunda parecía organizada para la pasiva sumisión de la más indolente indiferencia.

Una y otra estaban visiblemente sujetas en aquel momento a una preocupación idéntica, mientras seguían la conversación general, porque ambas llegaban a dar respuestas distraídas por concentrar su atención en la chica que tenían al lado de ellas.

—Deidamia, no estés mirando a ese ñato sinvergüenza —decíale por lo bajo Sinforosa.

La muchacha contestaba con aire indignado:

—¿Cuándo lo he mirado? ¡Las cosas tuyas, madre!

Deidamia había vestido ese día su traje de gala. La falda era de seda color rosa. El corpiño, con marcadas pretensiones de elegancia con adornos más oscuros, y ese color del traje reflejándose en las rosadas mejillas de la chica le daba la gracia de una flor de durazno acabada de abrir al beso del sol de la mañana. La fina redondez del talle, libre de la tiranía del corsé; la bien acusada curva del seno, que presta a la mujer la magia de una seducción inconsciente; el suave declive de los hombros, dispuestos con estético

donaire, eran en ella tantos rasgos de la triunfante riqueza de su juventud y de femenino poder con que entraba al combate de la vida en su oscura condición de muchacha sin fortuna.

A pesar de su protesta, la chica aprovechaba la más ligera distracción de sus dos guardianes de manto para dirigir expresivas ojeadas al ñato Díaz, o más bien para corresponder con brío a las que el mozuelo le asestaba.

—No ves, pues, ¡ahí estás mirando otra vez a ese condenado! —volvía a decirle, por lo bajo, la madre, mientras doña Manuela continuaba la conversación con los del grupo de don Guillén.

Sinforosa hubiera querido irse y substraer así su hija a la descarada galantería del ñato, pero no se atrevía a hacerlo.

El tono de atenta deferencia que empleaba doña Manuela al conversar con don Guillén y su esposa la obligaba, aunque rabiando, a no moverse. La situación respectiva de aquellas personas explicaba la actitud de doña Manuela y la forzada resignación de Sinforosa. La casa en cuya puerta conversaban era uno de esos viejos caserones del tiempo de la colonia, con dos patios y un gran huerto. Situada al frente del antiguo cuartel de artillería, es decir, al lado Sur de la calle en que principiaba la Alameda, a poca distancia de la iglesia del Carmen Alto, hallábase dividida en dos habitaciones.

De éstas, la principal la ocupaba en arrendamiento don Guillén con su familia. Doña Manuela vivía en la otra parte, exigua y destartalada, con su marido, su hermana Sinforosa, su cuñado Agapito Linares y Deidamia. El canon, puntualmente pagado por don Guillén en buenos pesos españoles de columna, constituía una de las principales entradas de la modesta familia de los Estero, como se decía, hablando de ellos. Doña Manuela, de una avaricia sórdida y persuadida por la experiencia de que la casa era difícil de

arrendar, había llegado a vencer lo altanero de su índole en el trato con su arrendatario.

Mientras seguía la conversación entre los vecinos, otras partidas de pueblo habían pasado repitiendo sin música y en destemplada vocería:

“Cantemos la gloria
del triunfo marcial...”

Pero los dos chicos y el ñato Díaz habían dejado de asociarse al entusiasmo popular. El ñato espiaba los momentos en que podía cambiar miradas de inteligencia con Deidamia, mientras Guillén y Javier seguían atentos en el espacio la evolución de algunos volantines que se balanceaban en las alturas del cerro Santa Lucía.

—Si nos fuésemos a la huerta a encumbrar nuestros volantines —dijo el ñato, poco después que los de la otra casa se despidieron de don Guillén y sus invitados.

Los niños aplaudieron la proposición.

—Mamá, ¿nos da licencia para ir a la huerta con el ñato?

—Vayan, chiquillos, vayan; yo les doy permiso —dijo doña Rosa.

—Y yo también —agregó don Miguel acariciando a los chicuelos.

La madre asintió con una sonrisa de cariño:

—Pero no vayan a ponerse a jugar, porque mancharán sus pantalones.

Cuando el ñato y los niños salieron del zaguán, el patio estaba ya desierto. El ñato se detuvo allí, se apartó de los niños y se acercó a la ventana de un cuarto con puerta al zaguán, de donde los chicos oyeron salir un apagado ruido metálico, como el de una cadena que alguien hiciese mover. Los dos hermanos se miraron, palideciendo. Un vivo sentimiento de angustia se reflejaba en sus facciones.

— ¡Pobre loco! —dijeron, en ese tono infantil tan armonioso cuando cede a una emoción compasiva.

El ñato se había acercado a la gruesa reja de hierro que cerraba sobre el patio la pieza del zaguán.

—Don Julián, soy yo —dijo, dirigiendo la voz al interior de esa pieza, con la acentuación del que no quiere ser oído sino por aquel a quien habla.

Una voz apagada y bronca respondió desde adentro algunas palabras, que los chicos no alcanzaron a oír.

El ñato repuso entonces, siempre hablando en tono bajo al de adentro:

—Bueno, pues, ahí le mando un peso, en reales de carita. Tenga cuidado de que no se los encuentren: de seguro que se los quitan.

Al hablar, había lanzado dentro de la pieza, a través de la reja, un paquete muy pequeño: sin duda eran las monedas españolas, un vestigio del régimen colonial con la efigie del rey, que había anunciado. El pueblo llamaba esas monedas de cara y cruz. La efigie borbónica del rey en el anverso y la cruz al reverso figuraban las armas españolas. El ademán y las palabras del ñato fueron seguidas por el mismo ruido de cadenas y la misma voz gutural de un momento antes.

El ñato volvió entonces a los niños.

¡Pobre loco! ¿Está enojado? —preguntó Guillén con timidez.

—¿Por qué lo tienen siempre encerrado? ¿Por qué no lo sueltan al pobre? —reflexionó Javier, con generoso ardor.

En la voz de los niños se traslucía un acento de profunda lástima. No alcanzaban a comprender cómo una voluntad extraña pudiese retenerlo allí, segregado del mundo de los vivientes. La forma humana iba poco a poco acentuando sus líneas en la vaga penumbra de la pieza. Era un hombre de fatídico aspecto. Su elevada estatura ponía como en relieve su larga y desgredada cabellera. La hirsuta barba cubría por completo las lívidas mejillas. En el fondo de las órbitas, los ojos, de fulgor calenturiento, brillaban como dos luces lejanas; con el desmayo de la esperanza que va

extinguiéndose. Los chicos tenían una intuición precoz de la miseria humana, al examinar a hurtadillas al prisionero. Generosamente trataban de explicarse lo que podía ser esa existencia sin alegría, sin la luz del sol, sin la fresca verdura de la huerta, donde, en revueltos giros, volaban las mariposas, donde la brisa, los insectos, las aves errantes, hacían oír en aquellos días de noviembre, bajo el sol esplendente, su misterioso concierto de ruidos confusos, como un himno de contento universal.

El ñato había vuelto al lado de ellos y respondía a sus preguntas:

—¿Por qué lo tienen siempre encerrado? ¿Por qué no lo sueltan? Vayan a preguntárselo a la pícara de su hermana, a ña Manuela, como debían llamarla, y no doña Manuela, como ella se hace llamar.

Esta conversación estaba muy lejos de satisfacer la curiosidad compasiva de los hermanos. Ambos se quedaron perplejos.

—No crean que está loco —repuso el mozo, echando a andar en el interior de la casa—; la malvada hermana se lo hace creer a todo el mundo; pero, es una buena mentira. Ustedes verán, yo les probaré a todos que no hay tal loco. Ahí lo verán ustedes; pero no se lo digan a nadie.

Había agregado estas palabras en tono de confidencia.

Al oír la recomendación final, los chicos sintieron que les daban una orden. Lo sintieron en el acento y la expresión severa, casi conminatoria, del semblante del mancebo.

Pero ya atravesaban el segundo patio de la casa, llamado “de las caballerizas y el pajar”, donde se guardaba el pienso para los caballos de don Guillén. De ahí entraban, retozones y olvidados del loco, por un largo callejón bordado de altas cicutas; a la espaciosa huerta.

Un momento después de que los chicos y el ñato Díaz se alejaron de la puerta de calle, un hombre, joven aún, llegó de

afuera hasta cerca de los dueños de casa y sus convidados. Con ademán evasivo, el recién venido pareció querer pasar hacia el interior sin detenerse; pero don Guillén lo detuvo, saludándolo cortésmente, al mismo tiempo que le hablaba:

—¿Qué animación, qué contento hay en el pueblo, señor don Matías!

—Así es, señor. ¡Mucha animación, mucha animación!

Había cierta vaga tristeza en su mirar, cierto ademán de quien no quiere trabar conversación. Mal vestido, con la barba de varios días sin afeitarse, tenía el aire enfermizo de una persona avejentada. Don Guillén procuró; sin embargo, detenerlo con nuevas observaciones sobre la fiesta del día. Don Miguel Topín agregó algunas alusiones a los sucesos que el pueblo seguía celebrando con su canción a las glorias del “triumfo marcial”. Don Matías contestaba distraído, con una sonrisa forzada de interlocutor que desea escabullirse.

—Creo que me han de estar esperando en casa —dijo, con un movimiento afirmativo de cabeza, una especie de gesto de convicción, destinado a reforzar su hipotética disculpa.

Y después de un saludo de hombre corto de genio, en contorno, se retiró sin dar la mano, dirigiéndose con pasito corto de perro que huye, del lado de la casa chica, con la cabeza inclinada a la derecha, moviéndola maquinalmente, cual si repitiese su convicción de que debían estar esperándolo.

Don Miguel Topín lo siguió algunos momentos con la vista:

—Este pobre don Matías Cortaza —dijo con tono de extrañeza— tiene siempre la apariencia de dar un pésame.

Don Guillén replicó a esa observación semimordaz:

—Sin duda, el pobre no es feliz.

—Dicen que la hermosa doña Manuela lo trata a la banqueta.

—¡Oh!, ¿quién sabe? se dicen tantas cosas —observó con benevolencia doña María. Pero don Miguel estaba de humor festivo: un vinito moscatel con que había regado el huachalomo salpreso en el almuerzo le tornaba picaresco el ingenio.

—O tal vez le pasa lo que a “todo el que se casa con mujer bonita, que hasta que se muere, el susto no se le quita”.

Doña Rosa dióle un golpecito en el brazo:

—Cállate, Miguel, no seas mala lengua.

Los cuatro dieron vuelta la espalda a la calle y caminaron hacia las habitaciones de la casa grande.

Al pasar por delante de la puerta del cuarto del zaguán, invariablemente cerrada, los esposos Topín la miraron con cierto aire supersticioso, casi tímido, como la habían mirado pocos momentos antes al llegar. Luego, en el patio, evitaron volver la vista hacia la ventana enrejada.

—Ay, hijita —dijo doña Rosa, acercándose a doña María, como si buscase su amparo—, nunca me atrevo a mirar a la ventana: se me figura que voy a ver al loco asomado.

Don Miguel tomó aire paternalmente protector:

—¿Y qué puede hacerte el infeliz? No seas cobarde, Rosa.

—Así es, no puede hacerme nada; pero me da miedo.

Su acento de timidez, su voz de niño asustado, estaban lejos de guardar armonía con la voluminosa figura de la señora.

Habían entrado al escritorio de don Guillén. La pieza tenía las dimensiones extensas que usaban los edificadores, ya que llamarlos arquitectos sería presuntuoso, del coloniaje. Con terrenos baratos y preocupados de construir habitaciones frescas únicamente, sin advertir que los inviernos de Santiago son por lo general rigurosos, sólo atendían a que los cuartos fueran grandes y muy altos. Por su amueblado y adornos, el escritorio de don Guillén tenía cierto aire de morada de familia extranjera, a pesar de su tamaño. La mesa, el recado de escribir, los muebles de pe-

sada y cómoda construcción, carecían de semejanza con el mueblaje colonial. Algunos antiguos grabados ingleses, de carreras de caballos o de cacerías, colgados en las paredes, acentuaban la nota de colorido extranjero en aquella estancia. Bajo la mesa, una hermosa perra de Terranova dormitaba sobre un pellón o cuero blanco de carnero.

Un perro de la raza de los ratoneros dormía en una cesta muellemente tapizada con una vieja manta.

Únicamente la alfombra, de listas azules y verdes, tejida en una aldea del Sur, reivindicaba el carácter chileno de la morada.

Al entrar los cuatro amigos, la perra les dio una bienvenida perezosa, meneando con lento vaivén el espeso plumero de la cola. El ratonero lo hizo con un gruñido sordo.

—¿Qué es eso, Pinche, desconoces a los amigos?— le dijo don Miguel Topín, acariciándole la cabeza.

—Aprende a Flora, que nos saluda como una persona bien criada —añadió doña Rosa, agachándose a corresponder con una caricia el saludo de la perra.

—Pinche es de pocos amigos —observó don Guillén, haciendo el ademán de tirar al perrito de las orejas, de las que, al cercenárselas al nacer, solamente le habían dejado, el borde.

Don Miguel encendió un cigarrillo de hoja, y don Guillén un habano. Era un prelude de conversación. Agotado el asunto de la campaña restauradora, sobre el que habían hablado desde antes del almuerzo, doña Rosa tocó dos o tres puntos de la crónica local, escasa de interés en aquel tiempo.

Una amiga suya había salido con bien el día anterior; otra había tenido mellizos, de modo que no había ropita sino para un niño solamente.

—Falta de precaución —dijo don Miguel, con su seráfica sonrisa—; a nosotros no nos pasará eso, Rosa.

Esta alusión a la esterilidad de la señora la hizo sonrojarse, bien que ella era una alusión inevitable cada vez que se hablaba de alumbramientos. Don Miguel chanceaba sobre el asunto, para consolarse de no tener hijos, en medio de aquella sociedad, en la que las numerosas familias eran la regla general.

—Cállate, Miguel, no estés diciendo tonterías —dijo, con pudoroso dengue, doña Rosa—. Puesto que acabamos de hablar del loco, cuéntale a don Guillén lo que nos dijeron el otro día.

—¿Qué les han dicho?

Don Guillén se había sentado delante del escritorio, y enviaba al techo el humo de su habano. Don Miguel, sobre una gran poltrona, fumaba con aire de recogimiento su cigarrillo.

—Hombre, lo que tantos dicen por lo bajo: que don Julián no era loco cuando lo encerraron.

—¿Ah!, ¿eso dicen? ¡Quién sabe! —murmuró don Guillén, con acento de misterio. Doña Rosa miró con interrogativa curiosidad al dueño de casa, pero dirigiendo la palabra a su marido:

—Mira, Miguel, yo creo que don Guillén sabe algo y no nos quiere contar.

Don Guillén se excusaba, reticente; pero como quien desearía hacer una confidencia si estuviese seguro de la discreción de sus auditores.

—El amigo que nos decía eso —repuso Topín, encendiendo un nuevo cigarrillo— hablaba de drama de familia; pero vagamente, sin precisar, cosas que había oído. Y, haciendo salir por las narices una nube de humo, añadió en conclusión, arrellanando su abultado cuerpo en la poltrona:

—Tal vez son cuentos; ¡la gente es tan chismosa!

Su mujer no se dio por satisfecha con esa explicación.

—No importa, yo estoy segura de que don Guillén sabe

lo que ha pasado. Dile que nos cuente, María. ¡Vaya, pues!, le guardaremos el secreto.

—Sí, le guardaremos el secreto.

Don Guillén tuvo una sonrisa de indecisión.

—¡Vaya!, cuente, pues —insistió doña Rosa.

—La verdad es que hay algo de muy grave en este asunto. Si ustedes me prometen ser discretos, voy a referirles lo que sé.

Los esposos Topín se pusieron en actitud de escuchar con recogimiento, ¡una revelación sobre lo que siempre les despertaba curiosidad al pasar por el patio y oír el ruido de la cadena del loco! ¡Una historia misteriosa para romper la monotonía de las conversaciones caseras! Casi no se atrevían a moverse, de miedo de que don Guillén se arrepintiera, como en otras ocasiones, de su condescendencia.

Doña María, por el contrario, permaneció impassible. El anuncio de la revelación que iba a hacer su marido no turbó la dulce serenidad de su rostro de facciones delicadas, al que los grandes ojos negros prestaban un encanto supremo. Ella sabía ya lo que iba a decirse.

—Hay que tomar las cosas desde muy atrás —empezó el dueño de casa—. Ustedes saben que don Julián Estero era capitán de caballería del ejército pipiolo, y fue dado de baja después de la batalla de Lircay. Don Julián había abrazado la carrera militar por entusiasmo patriótico. Su situación de fortuna le permitía no depender del sueldo para vivir con holganza. Tenía, y le pertenece aún, una chacra de trescientas cuadras del lado de Chuchunco. Tiene, además de esta casa, otras dos en la calle del Puente, cerca de la plaza de abastos. Gracias a la renta de estas propiedades, su posición era muy diversa a la de los demás jefes y oficiales dados de baja, que, al perder su empleo militar, quedaron, gran parte de ellos, en la miseria, obligados, por hambre, a hacerse conspiradores. Pero don

Julián, a pesar de esto, conspiraba también. Ardiente en todas sus pasiones, su entusiasmo por la causa liberal era absoluto. Pensaba que el partido pelucón era funesto para la patria, reconquistada con tanto sacrificio del poder español; lo que él y sus partidarios llamaban la tiranía de Portales, lo exasperaba.

—¿Qué sería de nosotros sin don Diego! —observó don Miguel, con tono decidido, olvidando que interrumpía la narración de don Guillén en su principio. Doña Rosa dio un suspiro de impaciencia:

—Deja que cuente don Guillén, otra vez hablarás de política, hijo.

Topín hizo un ademán de resignación, mientras su consorte se dirigía al dueño de casa:

—Siga, pues, don Guillén, no le haga caso a este gordinflón.

—Pero los sucesos de familia, que en el curso de los años produjeron la situación actual, se desarrollaron mucho antes de que don Julián fuera separado del ejército, es decir, mucho antes de que se hiciese conspirador contra el omnipotente ministro don Diego Portales. Su padre, don Martín Estero, gallego puro, casado, como ustedes saben, con una chilena de muy respetable familia, pudo salvarse de las proscipciones de la revolución gracias a la influencia de los parientes de su mujer y a la mansedumbre natural de su carácter. Había comprado a muy bajo precio, en tiempo del gobierno del rey, la chacra de Chuchunco, y vivió muchos años en ella, consagrado al trabajo y ajeno a las agitaciones políticas de esa época.

—¿No te recuerdas, pues, Rosa, de don Martín Estero? —interrumpió don Miguel, que, preciándose de tener muy buena memoria, no resistió al deseo de hablar de sus recuerdos—. Vivía cerca de tu casa; un español muy apegado a las costumbres de su tierra: chocolate por la mañana, comida a la una del día, siesta a calzón quitado hasta después

de las cuatro de la tarde, y cena con morcilla y garbanzos a las diez de la noche. Un hombre excelente.

Doña Rosa juzgó la narración de don Guillén bastante avanzada para no enfadarse con su marido, porque volvía a interrumpir.

—Sí, me acuerdo muy bien; pero cuando yo los conocí la hija mayor, esa doña Manuela, que estuvo hablando ahora en la puerta con nosotros, era ya niña grande, de moño y vestido largo, y yo iba, chiquillita, a la escuela de las Pineda.

—¡Ah!, —por supuesto —dijo don Miguel, con su buena sonrisa de gordo, amigo de la broma—, toda mujer es mucho más joven que sus condiscípulas.

—¡Ya estás con tus lesuras!

—Doña Manuela es la hija mayor —prosiguió don Guillén—. Algunos años después nació don Julián, y la última fue Sinforosa, la madre de Deidamia. Sinforosa se casó con don Agapito Linares antes de cumplir quince años...

—Como yo —interrumpió doña Rosa—; yo me casé de catorce y medio. ¿No es cierto, Miguel?

—No lo crea, don Guillén, es por hacerse más joven que yo; siga no más.

—Más que la edad, los reumatismos imposibilitaron a don Martín, de tal manera, que para continuar atendiendo a los trabajos de la chacra tuvo que venirse a Santiago y arrendarla a su hijo Julián. El arriendo fue muy barato, como de padre a hijo. Para estimular a éste al trabajo, don Martín hizo insertar en el contrato una cláusula que estipulaba el abono de las mejoras a tasación de peritos.

—Lo mismo que nos pasó a mi hermana Pepa y a mí, cuando tatita arrendó la hacienda a mis hermanos —exclamó doña Rosa—. Por las mejoras, mis hermanos se quedaron después con toda la hacienda.

—Pero siquiera te quedó la hijuela que me hizo enamorarme de ti —replicó don Miguel, persuadido de que las bromas ayudaban al trabajo de su estómago para digerir el almuerzo.

Doña Rosa se encogió de hombros:

—Sí, canata no más; ¡bien enamorado que estabas!

Y todavía le dura, me parece —observó, con su dulce sonrisa, doña María.

—Esa cláusula —repuso don Guillén— fue el origen de la situación que ven ustedes ahora: don Julián; encerrado en su propia casa; su hermana mayor, tutora y curadora del insano.

—Pero, ¿Es loco o no es loco? —preguntó don Miguel.

—Ustedes van a juzgar; poco después de hacerse cargo del fundo, don Julián volvió al servicio militar, del que se había retirado temporalmente al celebrar el contrato de arriendo. Con su espíritu exaltado, la vida del campo se le hacía insoportable. Precisamente, entonces, un íntimo amigo suyo y antiguo condiscípulo, mozo pobre, buscaba alguna ocupación. Don Julián lo puso de administrador de la chacra, después de acordar con él un plan de mejoras, y se incorporó nuevamente al ejército. Así transcurrieron algunos años. Doña Manuela, que desde el día del arriendo había protestado contra la cláusula de las mejoras, vigilaba con espíritu receloso las plantaciones de árboles y la división del fundo en potreros cerrados con buenas tapias de adobón. El administrador defendía esos trabajos, cubriéndose con la autoridad del arrendatario, mientras que éste, lanzado en las agitaciones políticas de aquel tiempo, leía apenas, o no leía, las cartas de quejas que le enviaba su hermana a los pueblos donde se hallaban de guarnición. Las agitaciones, mientras tanto, llevaron a los partidos enemigos, el pelucón y el pipiolo, en abril de 1830, a la batalla de Lircay. Destruído el poder de los pipiolo, vino, con

los pelucones, la presidencia del general don Joaquín Prieto, y lo que los vecinos llamaron la dictadura de Portales. Don Julián se hizo notar por su arrojo en Lircay, donde fue herido por salvar a su asistente, y quedó, como todos los jefes y oficiales del ejército, dado de baja.

Hizo entonces una pausa don Guillén.

—Aquí llego —dijo al cabo de un momento— a la parte más delicada de mi historia, y ustedes, don Miguel y doña Rosa, me dispensarán que vuelva a recomendarles el más profundo sigilo sobre lo que voy a contarles.

Don Miguel se sonrió con benévola malicia.

—Hable no más, amigo, ya sé lo que va a contarnos.

—Si sabe, tanto mejor; eso me quitará de la conciencia el remordimiento de revelar secretos ajenos —exclamó don Guillén, riéndose.

Dijo entonces que una intriga de amor había venido a mezclarse en la existencia de doña Manuela, a la preocupación que le causaba su ardiente querrela con su hermano. Su marido, don Matías Cortaza, ocupaba en el Ministerio de la Guerra un modesto empleo de archivero, con 40 pesos al mes. La falta de medios obligaba a la señora a vegetar oscuramente entre su padre, cuyos achaques lo esclavizaban en la casa, y el marido, al que había entregado su suerte sin amor, dominada por el miedo impaciente que se apodera de no pocas muchachas ante el posible riesgo de quedarse para vestir santos, según la cruel expresión común. En esa situación mortificante, pasaron algunos años, encendiendo poco a poco en el corazón de la hermosa el femenino despecho de ver marchitarse su juventud antes de que se hubiera cumplido la gran promesa de amor, que todas las mujeres se creen con derecho a exigir al destino.

—Pero el destino oyó al fin el clamor de esa alma angustiada —prosiguió diciendo don Guillén—. En una visita encontró un día doña Manuela al mayor del cuerpo

de policía don Justo Quintaverde. Este oficial había llegado a conquistar, por su carácter y servicios al partido del gobierno, una posición superior a la de su jefe, el primer comandante del cuerpo. Según la opinión corriente en el público, el mayor Quintaverde era el hombre de confianza de don Diego Portales. Infatigable perseguidor de los pipiolos, su influencia en el ánimo del ministro dictador era muy considerable. Él era el más activo proveedor de reos políticos, sobre los que los tribunales militares hacían recaer el temible peso de las leyes y de los decretos draconianos con que Portales perseguía sin piedad y sin tregua a los conspiradores.

La impresión causada por la arrogante hermosura de doña Manuela en ese corazón de soldado fue profunda, pero no fue menor la que produjeron en ella el talante marcial y la enérgica fisonomía del militar. Habían llegado, ella y él, a ese recodo de la existencia en que la necesidad de amar, despejada de las brumas del idealismo, se lanza, impetuosa, sobre las ardientes emociones de la realidad.

Pocos días después de ese encuentro, en el que los ojos de ambos se revelaron sin disimulo la recíproca atracción de que al mismo tiempo se sintieron conmovidos, nació esa intriga de amor, funesta, más tarde, para don Julián Estero.

Doña Rosa se sintió sofocada. Con la severidad de costumbre en que había vivido desde la infancia, aquella pintura, apenas bosquejada, de una pasión adúltera, le parecía la revelación de un sacrilegio.

—¡Ay, por Dios, hijita! —exclamó, volviéndose hacia doña María—, ¿quién creyera que hay mujeres tan perversas?

—Así es —contestó la dueña de casa.

De todo hay en la viña de Cristo —murmuró don Miguel, indulgente con las debilidades humanas.

—Bien pensarán ustedes —continuó don Guillén— que por muchas precauciones que tornasen Quintaverde y

doña Manuela, sus amores no podían quedar ignorados mucho tiempo: En pocos meses aquello no era ya un secreto para nadie, y no faltó alguien, por supuesto, que, por compasión o por malignidad, hiciese llegar el cuento a oídos de don Matías Cortaza.

El hombre, que nunca había brillado por su alegría, cayó entonces en una profunda tristeza. Sin ninguna energía de carácter, abstuvo de pedir cuenta de la ofensa a Quintaverde y, demasiado tímido para hacer entrar a doña Manuela en el buen camino, se le vio aislarse en un silencio melancólico y en absoluto retraimiento de lo que pasaba a su alrededor, al punto de prescindir completamente de la existencia de su mujer.

—¿Qué menos, pues, que con lo que le ha pasado el hombre se haya puesto medio tonto? —dijo doña Rosa.

—Desde entonces, ese hombre es el que ustedes han visto hace un momento: una especie de fantasma viviente, sin que pueda saberse si es odio o si es profundo desprecio el sentimiento que abriga hacia su mujer. Desde hace algún tiempo, diríase que trata de olvidar su dolor en una continua lectura. A mí me pide libros con frecuencia, pero en el último año, él mismo me ha dicho que no saldrá de la lectura de dos obras: “Robinson Crusoe” y el “Chileno Consolado en su Presidio”, por don Juan Egaña.

Parece que su singular preferencia por estos dos libros está fundada en que la acción de uno y de otro pasa en la isla de Juan Fernández. En la lectura de ellos, alterna con mecánica regularidad, pasa don Matías sus solaces desde que vuelve de la oficina, sentado al fondo de la huerta en una silla de vaqueta.

—¡Vaya con el gusto raro! —exclamó doña Rosa.

—En gustos no hay nada escrito, hija —observó don Miguel—; si esto le consuela, no hay más que dejarle en Juan Fernández...

—Por entonces —continuó don Guillén— sobrevino la muerte de don Martín. Sus herederos se apresuraron a abrir el testamento y pronto empezaron las particiones. Esa lucha de interés, causa de graves disturbios y, a veces, de incurables rencores en las familias más unidas, tomó desde el principio un extraordinario carácter de violencia en la familia de los Estero. Los débiles lazos de unión que pudieron haber existido entre ellos, quedaron cortados para siempre desde la celebración del contrato de arrendamiento de la chacra. Abierta la sucesión, la batalla ante el juez partidor amenazaba cada vez terminar por una terrible catástrofe. A duras penas conseguían los abogados calmar la excitación de sus clientes. Hubo momentos en que el vencido de Lircay llegó, en su exasperación, hasta dar signos de insanidad. No era el interés material de obtener ventajas sobre sus hermanas lo que arrastraba a esa crisis de furor, eran las pretensiones de sus adversarios, cuando las consideraba injustas o malévolas. En el curso de los debates, el juez había tenido ocasión de notar varias veces que los sentimientos de rectitud y de equidad prevalecían generalmente en el espíritu de don Julián. Apelando a esos sentimientos, obtuvo que el capitán cediese a sus hermanas una buena parte del valor de las mejoras. Doña Manuela exigía, sin embargo, que el fundo fuera puesto en remate y el producto dividido por iguales partes entre los herederos. Una vez que fue rechazada esa exigencia, surgió entonces en la mente de doña Manuela, con una morbidez de idea fija, la de apoderarse de algún modo de los bienes de su hermano. Mientras tanto, don Julián compró entonces la casa en que nos encontramos, y pidió a sus hermanas que continuasen viviendo con él. Doña Manuela aceptó la oferta como el pago de una deuda, que no empeñaba de ningún modo su agradecimiento.

“T

erminado ya el juicio de particiones, don Julián se lanzó, con todo el ardor de su carácter, en las conspiraciones que los cabecillas pipiolos no se cansaban de fraguar contra el poder de Portales. Los militares dados de baja después de la batalla de Lircay eran mantenidos por la inflexible voluntad de don Diego, fuera de servicio y privados de su sueldo. Don Julián Estero hacía causa común con sus menesterosos compañeros de armas, y empleaba en socorrerlos gran parte de su renta. Este fue el origen de continuas y agrias discusiones con su hermana Manuela, que había asumido de propia autoridad la dirección de la casa. En esa sorda riña de todos los días, el rencor de doña Manuela, atizaba el de

su hermana y del marido de ésta, para enconar cada día más el violento carácter del capitán.

Otra causa contribuía al mismo tiempo a cavar al abismo de odio que le separaba de su hermana. Doña Manuela, bajo la influencia del mayor Quintaverde, era exaltada partidaria de don Diego Portales. Ardientes discusiones políticas habían sucedido con esto a las de interés. La exaltación de los ánimos llegó, poco a poco, a tal punto, que hubo momentos en que la razón de don Julián daba sospechosos indicios de extraviarse. Doña Manuela lo creyó así, por lo menos. Sin gran esfuerzo, hizo participar de su persuasión a su hermana y a don Agapito. Recordar que don Martín les había hablado muchas veces de un tío suyo, loco, muerto en España. Ese mal misterioso, decían, aparece muchas veces en alguno de los consanguíneos, una o más generaciones después, dejando inmunes a los demás de la familia. En frecuentes conciliábulos, doña Manuela les infundía sus temores. El peligro, les explicaba, era inminente. Don Julián podía de un momento a otro desprenderse, por una fantasía de demente, de todos sus bienes, en favor de lo que él llamaba la causa de la libertad, y dejarlos en la calle. Era un acto de caridad hacia él, de propia defensa para ellos, el poner a un hombre amenazado de volverse loco furioso en la imposibilidad de dañarse a sí mismo y de arruinar a sus parientes. El deber de encerrarlo a fin de evitarle, además, que se comprometiese en alguna loca empresa revolucionaria y llegase a perecer en un cadalso, era imprescindible para ellos. Sinforosa y don Agapito declararon que Manuela era la única que podía hacer ese bien a la familia. Sinforosa había vivido siempre dominada por su hermana mayor. Don Agapito, sin otras aptitudes que las de hacer jaulas para los jilgueros, salir todos los domingos del invierno a cazar con los hijos de don Guillén y de hacerles sus volantines en verano, no

tenía tampoco más voluntad que la de su cuñada. Ella se encargó, por consiguiente, de la defensa del presunto loco, secuestrándolo en la casa y apoderándose de la gestión de sus bienes.

—¿Miren qué pícara! —prorrumpió indignada doña Rosa.

—De todos modos, no era fácil que consiguiese su propósito —observó don Miguel.

—No era fácil, por cierto —asintió don Guillén—, tratándose de un hombre tan enérgico como don Julián; era preciso meditar maduramente el golpe para no errarlo.

La empresa tenía muy serios peligros. Y luego, era menester presentar razones que justificasen la detención del capitán, desde que esta medida no podría llevarse a cabo sino en virtud de mandato judicial.

—Justo —aprobó don Miguel.

—Y entonces, ¿qué hizo la malvada? —preguntó, siempre con indignación, doña Rosa.

—Condujo el asunto con singular astucia. El drama de familia tuvo peripecias que necesitaban de consumada habilidad para dirigir las.

Aquí se detuvo un momento el dueño de casa. La vacilación que había mostrado al principiar la historia del loco parecía reproducirse en ese punto de su relato.

—Ustedes no se figuran, por supuesto —dijo, decidiéndose a continuar—, que yo haya sabido lo que les voy contando y los dramáticos sucesos que me quedan que referirles, sin la intervención de otras personas; de dos principalmente, que no nombraría si no hubiese muerto, por desgracia, una de ellas.

—¿Quiénes eran, don Guillén? —preguntaron simultáneamente los esposos Topín, llenos de curiosidad.

—No tengo embarazo de nombrarlas; una de esas personas fue el famoso ministro Diego Portales.

¡Don Diego! —exclamó admirado don Miguel.

—Precisamente. Ustedes saben que siempre me favoreció con su amistad y no ignoran que, a pesar de su genio de gran político, don Diego tenía un carácter chistoso, que era amiguísimo de chanzas y no desdeñaba ocuparse de cuanta historieta pública o privada corría por Santiago.

—Así es —dijo don Miguel— ¿Saben ustedes la mala pasada que hizo a don Isodoro Ballesta?

Don Miguel se reía ya de lo que iba a contar; alguna anécdota de las muchas que se referían entonces sobre las genialidades picarescas del gran ministro, pero su esposa no lo dejó empezar.

—No, Miguel, después contarás; deja que siga don Guillén.

—La otra persona por la que supe lo principal de la historia fue el mayor Quintaverde. Era en 1836. Portales organizaba con infatigable actividad la segunda expedición al Perú, no figurándose ciertamente que la primera víctima de esa expedición sería el mismo. Un día me hizo decir por el oficial mayor del ministerio que tenía que hablarme. Cuando entré a su despacho, don Diego se hallaba escribiendo. Sin dejar su asiento, me envió una sonrisa como saludo.

—¡Ah!, ¡Don Guillén!, siéntese y dispéñseme —dijo continuando su trabajo.

Yo había pasado algún tiempo sin encontrarme con él y fue la última vez que lo vi. Por eso es que conservo muy frescos en la memoria todos los pormenores de nuestra entrevista. Encorvado sobre el escritorio su cuerpo fino y elegante, parecía sentir la fatiga de sus grandes labores. En su rostro, de facciones bien modeladas, la palidez marfileña de la frente revelaba las grandes preocupaciones morales que agitaban su poderoso cerebro; pero, en el entrecejo altivo, en el fulgor que despidieron sus ojos al mirarme, después de poner la firma en la carta que escribía, era imposible no ver la indómita entereza del hom-

bre que vivía luchando y la superioridad de inteligencia del fundador de una escuela política que ha sobrevivido a su muerte.

—Y que no morirá tampoco —exclamó afirmando con la cabeza don Miguel.

—Así me parece también —apoyó el dueño de casa—. Don Diego dejó entonces su poltrona, una silla de caoba oscura, de respaldo redondo y bajo, y vino a sentarse cerca de mí, en el sofá en que me hallaba. Quería tratar conmigo sobre la compra de unos caballos y de algunas cecinas de mi hacienda del sur, que se necesitaban para el ejército expedicionario acantonado en Quillota. El trato sobre precios, épocas de entrega y demás detalles del convenio se hizo fácilmente. Don Diego escribió sobre un papel las cláusulas concertadas, hizo llamar a uno de los oficiales de pluma del despacho y le entregó el papel.

—Tome, Echanes —le dijo—, llévele al oficial mayor que extienda ese contrato y me lo traiga para firmarlo.

Hasta entonces era el ministro quien había hablado. Serio, casi adusto, su semblante era el de un hombre de negocios que trata de un asunto corriente. Cuando el empleado salió de la sala, una luz de franca alegría iluminó las facciones del hombre de mundo.

—¡Ah!, ¡don Guillén! —exclamó en tono familiar—, me dicen que usted ha arrendado la casa de las Estero en la Cañada.

—Es verdad, una parte de la casa.

—Sí, ya estoy, ¿una parte? ¿El loco entra también en el arriendo?

Al decir esto, sus ojos tomaban un aire de hombre que busca en la charla familiar un descanso a su cabeza, agobiada por un exceso de trabajo.

—No, el loco queda de cuenta de la arrendadora —le dije— ¡Que no tiene malos bigotes, caramba!

—Sonrió don Diego, pasándome un cigarrillo.

—Cierto, es muy hermosa. ¿pero tiene dueño, don Guillén, cuidado!

—Sí, su marido, ya lo sé.

—¿Tiene dos dueños entonces! Puesto que usted dice: yo lo había oído ya también.

Hace tiempo, desde que me dijeron que usted había arrendado la casa de las Éstero, me proponía preguntarle por el loco. ¿Siempre está ahí?

—Siempre.

—Porque, vea usted, el loco es casi un reo político. ¿Cree usted que está realmente loco?

—No podría decirlo. A veces cuentan que está furioso.

—¿Vean que gracia!; cualquier hombre encerrado por fuerza, si tiene sangre en las venas, ha de parecer loco furioso.

Y como yo me quedase callado, don Diego repuso con aire de afirmación que parecía una amenaza:

—Lo que yo sé es que el excapitán Estero es un conspirador, y conspirador peligroso.

Se puso de pie al hablar así. La jovialidad de su rostro había desaparecido. Las pálidas mejillas tomaron un tinte sonrosado y, en los ojos, un relámpago de acero que reflejaba un rayo de luz hizo aparecer al batallador incontestable.

—Aquí tengo las pruebas —dijo, mostrando un estante con papeles, al lado de la gran mesa escritorio—. Que el hombre está preso en su propia casa, o preso en la cárcel, tanto vale, puesto que donde se encuentra está bien vigilado.

Con esta reflexión pareció tranquilizarse. La última parte de la frase fue dicha en tono natural y, volviéndose a mi lado, me preguntó:

—¿Conoce usted al mayor Quintaverde, de la policía?

—Mucho; ha estado en mi hacienda varias veces en sus viajes al sur a comprar caballos para su Cuerpo.

—Es una concesión que le he hecho, la de permitir que

encerrasen a Estero en su casa en vez de ponerlo en la cárcel. ¿Por qué vino a pedírmelo como más conveniente al servicio?; eso es cuenta entre él y su arrendadora, don Guillén. En cuanto a mí, tengo plena confianza en Quintaverde, y no me meto en sus amores. Cuando lo vea, pregúntele cómo pudo apoderarse del excapitán y darle por carcelera a la hermana. Será curioso saberlo. Yo no he querido indagarlo para evitarle la confidencia de su enredo con la patrona.

Estaba ya jovial, parecía divertirse con la intriga amorosa de Quintaverde. En ese momento entró el oficial mayor con el contrato, que firmamos en doble ejemplar.

Me despedí pocos momentos después, el tiempo necesario para poner el contrato en mi cartera. Don Diego me dio la mano, hablándome en tono de broma de los peligrosos ojos de la patrona.

Fue la última vez que nos vimos. Poco después vino la revolución de Quillota y el asesinato del pobre don Diego.

IV

Eran las doce del día cuando los chicos y el ñato llegaron a la huerta. Al atravesar el segundo patio, el patio de los caballos, Díaz había echado una rápida ojeada a un pieza oscura, sin puerta, que servía de palomar. Don Guillén, aficionado a toda clase de aves, mantenía y multiplicaba ahí las más interesantes variedades de la raza de palomas. El mozo divisó en el fondo de esa pieza una escalera que servía a los criados de la casa, para sacar de los nidos, hechos en pequeñas cestas de mimbre colgadas en la parte alta de las paredes, los pichones destinados a la mesa. La vista de esa escalera pareció causarle viva satisfacción; pero sin detenerse, continuó su alegre marcha con los niños, hasta encontrarse en medio de la huerta. Una

plenitud de vida los hizo entonces echarse a correr por el espacioso recinto, cual si quisiera gastar la exuberancia de vigor que los rayos de sol al caer perpendicular sobre ellos, hacían precipitarse por sus venas, en un impulso animal de violenta circulación.

Era uno de esos días de luz, en que se desvanecen los cuidados a impulso de un supremo contentamiento. Llegó un momento en que los dos chicos y el ñato sintieron que habían corrido bastante. Dejando a los niños ocupados en buscar nidos de pájaros en los hoyos de las tapias socavadas por el tiempo, el joven corrió hacia el patio de los caballos y apareció un instante después en la huerta, trayendo a cuestras la escalera que había divisado al fondo del palomar.

—¿Para qué traes la escalera? —le preguntaron los chicos.

Díaz, sin contestarles, apoyó su carga a la tapia que separaba la huerta en que se hallaban de la estrecha faja de terreno que, la familia Estero había reservado para la casa chica al separarla de la grande. Hecho esto volvióse hacia los dos hermanos, respondiéndoles lo que se contesta a los chicos curiosos.

—La traigo para que este ahí.

Guillén y Javier se echaron a reír, chasqueados.

—Ahora —repuso Díaz—, vamos a sentarnos quietecitos y les hablaré del loco.

—¿Qué vas a contarnos del loco? —preguntó al joven.

—Tú nos dijiste endenantes —agregó Javier, con aire de malicia—, que don Julián no es loco.

Díaz contestó con cierta vehemencia:

—Y es cierto, no es loco, ni nunca lo ha sido; es la pícarra de doña Manuela que lo ha encerrado, haciendo creer que es loco, para apoderarse de la plata de don Julián. La voz del mozo se hizo enfáticamente afirmativa. El joven

que así les hablaba tenía para ellos el prestigio de una gran personalidad. Era proverbial su fama en todo el barrio, y hasta en los barrios circunvecinos. Triunfaba casi siempre en todas las comisiones, y era el inventor del volantín de papel de seda sin cola, infaliblemente echaba cortada a cualquiera bola o estrella, por sólido que fuese su cordel y resistentes sus garfios.

Este título a la admiración de la infancia contemporánea era su más prestigioso timbre de superioridad a los ojos de los hijos de don Guillén. Pronto entró el ñato en la casa de los Estero, a favor del cariño y de la familiaridad con que era tratado por los niños de don Guillén. So pretexto de ayudar a don Agapito en sus labores, el mozo podía andar libremente por toda la casa, conocer los hábitos de la familia y encontrarse a hurtadillas con Deidamia, después de establecer con ella una especie de clave para el expresivo lenguaje de las miradas. La inesperada acogida que encontraron sus ojos en la picara sonrisa de Deidamia le daba una fe desconocida en su estrella, le expandía el alma con la inefable ilusión del ser amado. A falta de otro admirador, Deidamia le mantenía con esa ilusión. Era aquello de no tener el corazón desocupado. Y como el ñato, con sus chistes y su exuberancia de juventud, la divertía, los encuentros intencionales se multiplicaban, al grado de haberse hecho ambos maestros en el arte de burlar la vigilancia celosa que los hostilizaba.

Esa impunidad en la dicha no podía, desgraciadamente, prolongarse sin término. Una tarde en que doña Manuela había vuelto inopinadamente de fuera, en que Sinforosa dormía una siesta suplementaria y en que don Agapito y los niños fabricaban un volantín de a cuatro, destinado a echar comisión con una estrella de la vecindad, los enamorados, jurándose eterna fe en el comedor, con las manos inocentemente entrelazadas, sintieron de súbito la

voz de doña Manuela con una granizada de coscorriones y denuestos proporcionados a la violencia de su enojo. Deidamia buscó la salvación en la fuga; pero el ñato, en quien habló al momento la dignidad ofendida, se encaró airado ante la grosera, con ojos centellantes de cólera: “Agradezca no más que es mujer, porque si no la aventaba de un guantón para enseñarle a dar coscachos”.

Sin amedrentarse por la actitud amenazante del ñato, la interpelada había echado mano de una tranca y asestándole un golpe furibundo, que ciertamente habría herido al mocito si con juvenil agilidad no hubiese él sacado lance al garrotazo.

—¿Sal de aquí, ñato atrevido; ñato indecente!, ¿No te atrevas en la vida a volver a pisar esta casa, so ñato sinvergüenza!

Fue la enérgica frase, acompañamiento al golpe de la tranca, agitada con furibundo acento por la señora.

Díaz creyó prudente retirarse, en buen orden, lanzándole su protesta.

—No te dé cuidado, vieja tal por cual; no volverás a verme en tu casa; pero me las has de pagar, yo te enseñaré a dar coscachos y escobazos.

La réplica de la dueña de casa se perdió en el ruido de la puerta, cerrada con violencia, para hacer sentir bien al expulsado que jamás volvería a abrirse para él.

Salió ardiendo Díaz en sed de venganza. Un deseo caritativo, latente en su pecho con el sueño perezoso de las buenas intenciones, le salió al encuentro. En su sobreexcitación dióle entonces definida forma a su pensamiento: ¿Libertar al loco! “Abrir las puertas de su prisión al infeliz, ponerlo a cubierto de toda persecución, sería un tremendo golpe dado a la altanera señora”, pensaba, caminando hacia su casa Carlos Díaz.

Desde ese momento persiguió su propósito con tenacidad de inventor.

Trató con maña de comunicarse con el loco y de inspirarle confianza. Entrando al patio a la hora de la siesta, pudo muchas veces acercarse a la reja del prisionero, decirle la compasión que le inspiraba, persuadirlo poco a poco de su deseo de devolverle la libertad. En esas conversaciones a hurtadillas, interrumpidas y reanudadas según las posibilidades del momento, el mocito llegó a convencerse de que don Julián conservaba bastante juicio para raciocinar con acierto sobre el plan de evasión que le exponía.

—Deje no más, don Julián, yo le he de sacar de aquí —le decía, para alentarle, cuando lo hallaba incrédulo o desalentado.

—Dios te oiga, hijo —le contestaba una voz desde la oscuridad del calabozo.

Era una voz de desconsuelo, una especie de gemido plañidero al que daban acento de amargura las horas de tétrica desesperación, los largos días sin aire, los años eternos de una fiebre mortal de interminable angustia.

Activo y práctico, espoleado por su encono hacia la carcelera implacable, el ñato no tardó en dar pruebas a don Julián de la seriedad de sus propósitos. Un día trájole una lima de acero y pudo con gran destreza tirarla, bien envuelta en un pedazo de tela, a los pies de don Julián. Con ella debía ir desgastando poco a poco el hierro del grillete que lo mantenía sujeto al grueso pilar plantado en medio de la pieza. En los primeros tiempos de su encierro, Estero tuvo estallidos de ira, con rugidos de fiera quemada por el hierro de ascuas. Una vez acometió al único hombre que entraba en su prisión a traerle alimento, estuvo a punto de ahorcarlo con la tremenda presión de sus dedos. Fue preciso traer soldados del cuartel de artillería y hubo entonces una terrible lucha, en la que el loco cayó herido de un

sablazo. Guillén y Javier conservaban en la memoria, con el terror de la niñez, la imagen ensangrentada del cautivo. Desde entonces, un grillete lo mantenía sin poder alejarse del pilar. La tradición de estos incidentes mantenía en todo el barrio su leyenda de terror. La época aquella ignoraba el sentimiento de ahora. La humanitaria compasión de hoy era ajena al sentimiento social de conservación, que creía su tranquilidad amenazada si no se encerraba a los insanos con inflexible rigor.

—Ay, niña, ¿qué haríamos si un día se saliese? —decían con frecuencia las vecinas de los Estero, cuando las criadas de doña Manuela salían a contar que el loco estaba cada día más idiático.

Pero la opinión del vecindario tenía confianza en la vigilancia de los parientes. Se admiraba la fraternal solicitud de la hermana mayor, que cumplía con singular entereza el triste deber de impedir que el hermando vagase por las calles con peligro de los transeúntes. Era un coro de alabanzas en honor de doña Manuela.

V

Díaz se aseguró de que nadie había en el patio y corrió a la ventana del loco.

—Don Julián, aquí estoy yo. ¿Me oye bien?

—Sí, te oigo —contestó la voz del prisionero.

—Dígame, ¿podrá tener el grillete limado para mañana por la noche?

—Seguramente.

Porque creo que mañana, poco después de anochecer, podré abrirle la puerta.

—¡Ah! ¡Ojalá, Dios te ayude! —exclamó la voz dolorida de adentro, como invocando una esperanza casi quimérica.

—A lo menos yo haré todo lo que pueda: esté pronto. Adiós, me escapo antes de que alguien me vea.

Sin esperar otra respuesta, salió corriendo a la calle.

Desde que oyera a los chicos lo del convite de doña Manuela, la idea que el oficialito haría sus piruetas de zamacueca con Deidamia, le parecía un triunfo vengador. Después de la aventura que acababa de ocurrirle, estando sobre la tapia de la huerta, parecióle que este triunfo no era ya suficiente para vengar la ominosa afrenta con que doña Manuela lo había puesto en el más atroz ridículo delante de Deidamia.

Erale preciso responder a esa afrenta con un agravio personal a su enemiga que lo vengara también de la risa de la chica.

Pero dejando de perseguir en sus detalles esa idea de seguro desquite, como si pusiese a un lado de un arma de la que se serviría después, el ñato concentró su pensamiento en su atrevido proyecto de liberar en la noche del día siguiente a don Julián Estero. En vez de desmayar ante la realidad de las dificultades que lo cercaban, la enérgica tenacidad de su índole lo estimulaba a persistir. La llegada de un rival era un incentivo a su empeño. La idea de la zamacueca tornaba a cada instante a su pensamiento, como un retornelo de canción, que aguijoneaba sus celos. Era el hostigoso zumbido del moscardón que vuelve, apenas se aleja, con irritante porfía. Mas no bastaba querer salvar al encarcelado: era indispensable tener los medios de hacerlo. El ñato, a pesar de la petulante confianza con que había iniciado la ardua empresa, se encontraba ahora obligado a reconocer la gran dificultad de éxito.

Los obstáculos eran formidables en su aparente sencillez. El único que, hasta ese momento, parecía vencido era el que presentaba el grillete que mantenía a don Julián sujeto al pilar central de su prisión. Pero había que abrir la puerta de éste, y para ello indispensable tener la llave, que guardaba doña Manuela. Y después, aun superada esa

dificultad, no era posible que el prisionero pudiese huir al encontrarse en el zaguán sin abrirle la puerta de la calle que la señora de Cortaza hacía cerrar, o cerraba ella misma, al anochecer, de miedo que entrasen ladrones.

Estas reflexiones se agolpaban en la mente de Díaz, mientras iba por la calle sin saber dónde se dirigía. La corriente de la turba popular aumentaba con rapidez. Todas las calles que desembocaban al norte y al sur de la Alameda vaciaban sus grupos de rotos y de chinas en masas compactas de abigarrados colores. Por los anchos costados, entre las líneas de álamos y las casas, al lado del sol y al lado de la sombra, la gente de a caballo empezaba también a mostrarse. El ñato no parecía tomar interés en ese espectáculo que recordaba la característica animación de los Dieciochos. Su pensamiento seguía absorto en la solución del problema con el que moralmente luchaba cuerpo a cuerpo. Al cabo de algún tiempo, llegó a estas conclusiones: o conquistar la complicidad de don Matías Cortaza, o servirse de Guillén y Javier como auxiliares para el ataque decisivo. No le parecía imposible lo primero por el rencor del empleado ministerial contra su mujer, que a veces, en su melancólica concentración, había dejado traslucir delante de él. Lo segundo era un arbitrio desesperado de general que compromete toda su reserva por salvar su ejército en derrota. Sabía que los dos niños conocían perfectamente todos los muebles, todos los rincones de la casa chica, a fuerza de jugar días enteros a las escondidas con Deidamia y a veces también con don Agapito.

El ñato consideraba que muy probablemente Guillén y Javier conocerían muy bien el escondite donde guardaba la dueña de la casa una de las llaves que le interesaban.

Resueltamente se encaminó hacia la oficina del Ministerio de Guerra, en el que Cortaza era archivero y oficial de pluma. Estaba seguro de que, a pesar de la gran festividad

de aquel día, el marido de doña Manuela se encontraría en su puesto, aun cuando no tuviera que despachar algún trabajo atrasado. Don Matías era el tipo perfecto de aquellos funcionarios bajo el férreo régimen de don Diego Portales, que habían convertido en devoción el severo deber de no faltar jamás a la oficina. Operario oscuro de la gran labor que sacó a Chile del caos de los disturbios políticos y le dio fuerza y prestigio entre los pueblos de Hispanoamérica, Cortaza, como la generalidad de los hombres tristes, era esencialmente metódico.

Sus pesares domésticos le hacían buscar en el trabajo diario la cueva en que va a ocultarse el animal enfermo. En aquella ocasión Cortaza había obtenido la llave de la oficina, mandando al portero a tomar parte en la fiesta.

El ñato lo encontró poniendo en orden algunos expedientes mal compaginados. En su calidad de archivero, don Matías vivía en el manejo continuo de los papeles, a los que en el aislamiento moral de su existencia había llegado a tratar como confidentes de sus penas. Supersticioso además, como todo hombre de carácter débil, tenía entre ese mundo de legajos manuscritos sus antipatías y sus preferencias. Los papeles entrados en su archivo en el día del mes en que le había sido revelada su desgracia conyugal le inspiraban un invencible temor. Se figuraba poder neutralizar el maleficio que les atribuía evitando tocarlos con la mano derecha.

Al ver entrar al ñato hubo en los ojos de Cortaza un pálido fulgor de contento. El mozo había sido siempre cortés con él y respetuoso. Su franca fisonomía de niño alegre inspiraba al archivero esa especie de envidia benévola con que los ánimos melancólicos se comparan a los que viven contentos.

—¿Don Carlitos! ¿Qué anda haciendo por aquí? —exclamó con su voz ronca de fumador inveterado.

—En busca de usted, don Matías.

—¿Hombre!, ¿de mí?. Vaya, ¿y para qué me quiere?

El ñato llegaba decidido a dar su ataque con los menos rodeos posibles.

—Tal vez le va parecer un disparate lo que voy a decirle. ¿Me promete que no se reirá y que pensará bien su respuesta?

—Vaya, ¡cuántas promesas, don Carlitos! Diga no más, usted sabe que yo nunca me río, y no me habría de reír de usted.

Era preciso que Cortaza, para salir de su habitual silencio, sintiese muy picada su curiosidad por las palabras del mocito. “Alguna historia de volantines —se dijo—, o alguna travesura que quiere hacer y me la viene a contar para que yo no me opongá.”

De todos modos, aquella intervención del muchacho en su descolorida existencia le procuraba una especie de alivio, un calmante a su enfermiza preocupación de todos los momentos.

—El ñato se sintió animado con la respuesta.

—Bueno, pues, como me asegura que no se reirá, le diré: ¿pero me promete guardar secreto aunque no le parezca bien?

—Cortaza se quedó pensativo. No era de volantines o de travesuras de los que venía a hablarle el muchacho. Con la sensibilidad de su alma herida, pasóle entonces por la mente una sorda desazón de que, en alguna manera, se habría de tratar de su mujer. Turbado, no acertaba a contestar. Sus manos, por un movimiento maquinal que acusaba su vacilación, se movían entre los papeles acumulados sobre la mesa.

—Si no me promete, don Matías, creeré que no me quiere prestar su servicio —agregó con aire sentencioso el ñato.

—¡Hombre!, no crea eso, yo no valgo nada ni puedo servir a nadie; pero no se figure que me negaría a serle agradable, si eso estuviera en mi mano. Hable no más; me había quedado pensando.

Era humilde el tono, modesto el ademán mientras hablaba moviendo siempre la mano con maquinal empeño entre los papeles.

—Oiga, pues, don Matías; yo he jurado que he de sacar a don Julián de donde lo tienen por fuerza, ¿qué le parece?

Casi dio un salto sobre su silla el archivero.

Al oír esa declaración *ex abrupto*, al ver la resuelta actitud de que había tomado el mozo, al recibir de lleno el rayo de resolución que despidieron sus ojos, Cortaza se quedó perplejo.

—¿Quiere sacar al loco! ¡Vaya hombre!, ¿y por qué?

—Porque don Julián no está loco; don Julián está tan bien como usted y yo.

—¿Le parece? Vaya, ¿quién va a saber?

—Yo lo sé, lo sé muy bien. ¿Le gustaría a usted que lo tuvieran encerrado por fuerza, sin estar loco?

—¿A mí?, ¿por qué me habían de encerrar? Yo no me meto con nadie.

Se encogía de hombros. “Era lo que le faltaba. No sería mucho que el ñato hubiese oído algo de Mañunga. Su mujer era tan perversa. La creía capaz de todo.”

—Diga, pues, don Matías, ¿le gustaría?

La insistencia del muchacho lo desazonaba. Para no contestar, tomó uno de los legajos que tenía delante de sí, e hizo ademán de colocarlo en un estante. Pero al notar que lo había cogido con la mano, derecha, dejó precipitadamente los papeles sobre la mesa y se quedó de pie, haciendo movimientos apenas perceptibles con las manos; una especie de exorcismo misterioso, que habría de evitarle el tener que mezclarse en ningún asunto de su mujer.

Díaz esperaba la respuesta sin comprometer aquella actitud de neurasténico.

—¡Vaya, como me habría de gustar, pues, hombre!

—No ve, pues. Entonces, don Matías, ayúdeme a sacar a su cuñado.

Cortaza tuvo en el rostro una contracción de las facciones como si estuviese a punto de llorar.

—No se meta en esas cosas, don Carlitos. Vea, ¿quiere un buen consejo? ¡No se meta en eso!

Se puso a pasear por la oficina, cruzándola en direcciones irregulares, que le habrían de librar el trance en que quería colocarlo aquel mocito travieso.

—¡Las cosas de usted, don Matías! ¿Por qué no me he de meter? ¿Usted se figura que yo le tengo miedo a doña Manuela? Ningún miedo le tengo, ¿qué está pensando?

Los pasos de Cortaza se hacían más irregulares, más complicados. Eran, en su neurastenismo supersticioso, medios cabalísticos para sustraerse al maléfico poder de su esposa.

El ñato prorrumpió en una carcajada sarcástica al ver que don Matías no le contestaba.

—¿No le han contado que el otro día me dio de coscachos porque me pilló hablando con la Deidamia? Don Matías afirmó con la cabeza, sonriéndose como a pesar suyo.

—Pero, don Carlitos, si usted es tan diablo también, ¿para qué le va a enamorar a la chiquilla?

—¿Quién le dijo que yo la estaba enamorando? Míreme bien, don Matías, ¿me ve cara de andar enamorando? ¿Quiere que le diga? Le estaba contando a la Deidamita una diablura que le iba a hacer a don Agapito con un volantín que está haciendo a escondidas.

Cortaza creyó poder desviar la conversación, arriesgando una broma.

—¿Una diablura, no?, ¿y por eso le había tomado las dos manos a la muchacha?

¡Vaya que es diablo usted, don Carlitos!

—Lo cierto es que doña Manuela me dio de coscachos y me la ha de pagar.

Cortaza se sintió impresionado con el acento de venganza que el ñato dio a sus palabras.

—Vea, don Carlitos, usted es muy joven y no tiene experiencia; siga mi consejo: no se meta con mujeres.

Miraba melancólicamente al techo, evocaba su experiencia de dolor, creía ingenuamente señalar al ñato un precipicio del que trataba de salvarlo. Después de ese sabio consejo de gato escaldado, don Matías dio un suspiro, tomó cuidadosamente con la mano izquierda un legajo que había dejado sobre la mesa y lo arrojó con un ruido seco, como ansioso de desasirse de él, al fondo del armario.

—No se meta nunca con mujeres, don Carlitos —repitió, cerrando rápidamente el Cajón, como si encerrase en él a todas las mujeres, con la falsía, con la fría crueldad de que las juzgaba a todas capaces.

El ñato le replicó con un argumento propio de su edad:

—Bueno; pero que no se metan ellas conmigo.

Y agregó para justificar su encono contra la mujer de Cortaza.

—¿Y no sabe lo que su mujer acaba de hacerme? Porque me encontró hablando en la huerta con la Deidamita, me tiró a la cara un jeringazo de agua puerca.

—¿Y cómo estaba usted en la huerta? —preguntó con extrañeza don Matías.

—No estaba en la huerta, estaba sobre la tapia.

—Vaya, ¡que diablo de mujer! ¿No ve, pues? No hay que meterse con mujeres.

—¡Ya ve, pues, su mujer es malasa, don Matías! ¿Sabe lo que yo haría con ella si fuese usted? Le levantaría las

polleras y le fajaría una buena felpa de azotes, ¿oye?, ¿una buena felpa!, ¡scatátán!

Hacía el ademán de llevar a ejecución su consejo, repitiendo con grandes carcajadas: ¡scatátán! ¡scatátán!, la voz con que designaban los muchachos los castigos escolares en aquella época de palmeta, de guantes y de chicote.

El archivero se encogió de hombros, con el gesto afligido de quien se inclina ante una fatalidad irremediable. Volvió silencioso a sus paseos irregulares, a sus exorcismos de ser amilanado y supersticioso, figurándose conjurar las insidias del destino con prácticas disparatadas de una lamentable neurastenia. Todos sabían su desgracia —pensaba con amargura irritación. Ese mocito no le hablaría así de su mujer si nunca hubiese oído nada de ella y si no estuviese seguro de que él debía aborrecerla. Y era seguro que la aborrecía, seguro también que le aplicaría, si pudiese, la zurra de azotes que el ñato, en su irritación juvenil, sin miramientos por la decencia, tan abundantemente le recetaba”.

A ese encogimiento de hombros el ñato contestó reiterando su proposición:

—No hay más que ayudarme a quitarle a don Julián ¿no ve? Así quedará castigada. Vaya, don Matías, ánimo. Quien no se arriesga no pasa el río.

Volvía a encogerse de hombros Cortaza, pero no era ya con el desaliento del vencido de la suerte. “La felpa de azotes” le parecía una fórmula de venganza necesaria.

“¡Ah!, ¡si él pudiera! —suspiraba mentalmente—, con qué gusto le fajaría como acababa de decir el ñato. ¡Qué zurra! Hasta que se le cansase el brazo. Catatán, catatán, como a los chiquillos de la escuela.

—Anímesese, señor —insistió Díaz—, y mañana en la noche yo le prometo que hago arrancarse al pobre don Julián.

—Pero, ¿qué puedo hacer yo, hombre? ¡Anímesese! ¿Qué saco con animarme? ¿Qué puedo hacer yo? ¡Vaya con la

porfía! ¡Bueno estoy yo para sacar locos de prisión! ¡Estamos frescos!

—Pero no es usted el que va sacarlo, soy yo solito, don Matías.

—¿Y entonces? ¿Para qué viene a contármelo a mí?

—Para que me ayude dándome la llave del calabozo.

—¿Yo? ¡La llave! ¿De dónde quiere que saque la llave? ¡Válganos Dios!

—Usted sabe muy bien dónde la guarda doña Manuela. No me diga que no, don Matías, usted lo sabe muy bien.

—¿Entonces usted quiere que yo le robe la llave a Mañunga?

—¿Y por qué no, pues, don Matías? Ya que no le afirma una buena felpa de azotes, castíguela con eso siquiera, y hará una buena obra de caridad. Me da usted la llave a mí y no se mete en nada; ya ve que es lo más fácil.

La tentación de una venganza anónima, el miraje de rescatar la humillación de su existencia, no le parecían ya marasmo de su melancolía.

El ñato volvió a su argumento:

—Usted no tiene nada que temer; nadie sabrá que usted me habrá dado la llave, nadie tampoco sentirá nada, porque a esas horas estarán bailando zamacueca en el comedor de su casa.

—¿Zamacueca? ¿Qué está hablando, hombre? ¿Quién estará bailando zamacueca?

Se pintaba en el rostro del infeliz archivero la más profunda estupefacción.

—¿Entonces usted no sabe nada? ¿Usted no sabe que esta tarde llega el oficialillo, el novio de la Deidamia, y que mañana en la noche irá a cenar con su tío a casa de usted?

—¿Con su tío? ¿Con qué tío?

—Con su tío, el mayor Quintaverde.

Cortaza quedó anonadado: “Jamás su mujer había tenido la audacia de hacer entrar a su amante en la casa. Nada, tampoco había para humillarlo delante de los demás. Desde el día siguiente, el mayor vendría de visita todos los días, vendría a cenar, a jugar la malilla. Llegaría el tiempo en que a él lo echarían a los cuartos de los criados y el soldadote quedaría en la casa”.

Todo esto pasó como una visión fatídica por la contristada mente de Cortaza, con un fulgor instantáneo de relámpago.

—¿Entonces usted no sabía nada, don Matías? —volvió a preguntarle, sarcástico, el ñato. Yo creía que le había dicho.

—¿Y quién, pues, hombre? ¿Quién podía decirme? ¡Las cosas de usted!

—Yo no sé quién. Hasta las criadas lo saben.

Cortaza no volvía de su estupor. Ya desde el día fatal vivía anidada en su pecho, como una víbora ponzoñosa, esa idea de infidelidad de su mujer, ese torcedor de la existencia de un hombre, que le había robado la felicidad.

—¡Ah! ¿Quién va a bailar zamacueca? —preguntó azorado.

—Bailará, por supuesto, Deidamia con el oficialito y no será mucho que se anime también doña Manuela a borrar el pañuelo con el mayor. La gordinflona, doña Sinforosa, les tocará la guitarra y les cantará: Tondondoré, tondondoré, no sé si me moriré.

Y el ñato, fingiendo alegría, sacó el pañuelo y bailaba, agitándolo sobre la cabeza de una bailarina imaginaria.

—¿No ve, don Matías? yo soy el mayor y al frente está doña Manuela, dándose vuelta como un trompo: Tondondoré, tondondoré, no sé si me moriré.

La endiablada pantomima tenía exasperado a Cortaza. Le asaltaban ímpetus de venganza, violentos deseos de castigar a la desvergonzada.

—No falta más que uno que vaya a tamborear. Don Matías, yo que usted le tamboreaba la cueca a doña Manuela.

Y prorrumpió en nuevas risas, gritando, como en medio de un fandango.

—¡Alza! ¡alza! Mañunga, no le tengas miedo, cómetelo, ¡alza, tondondoré!

—¡Déjese de chanzas, don Carlitos ¿Qué se quiere reír de mí?

Díaz se paró delante de él con aire de seriedad burlona.

—Puesto que usted lo quiere, déjelos que bailen. Si no le gusta, en su mano está impedirlo; no tiene más que sacarle la llave a su mujer y dármele a mí. ¡Buena la cueca que bailarían todos entonces!

—No le faltaré, cuento conmigo —se apresuró a contestar don Matías, esperando verse libre de tan terrible visitante.

—Eso es, cuento con usted, y usted cuenta conmigo. Yo sujetaré al mayor, que se estará aprontando para la zamacueca de esa noche.

Y salió presuroso, temiendo haber empleado más tiempo del que debía en su laboriosa negociación con el esposo de doña Manuela.

VI

Por momentos, la penetrante voz de las cornetas fue haciéndose más distinta; el bronco ruido de los tambores, marcando el paso redoblado, fue repercutiendo más sonoro en los ecos circunvecinos. Entre la concurrencia crecían también por grados la animación y el bullicio. En los tablados, repletos de espectadores, las conversaciones se animaban; crecía el tono de las voces; comunicábase de un tablado a otro los amigos, los simples conocidos, sus impresiones. Referíanse en ruidosa charla anecdóticas heroicas de la campaña restauradora.

La familia de don Guillén y los de la casa chica tenían tablados contiguos. Guillén y Javier, en primera línea, comentaban con incansable verbosidad cuanto se les presen-

taba a la vista. Los esposos Topín, cerca de ellos, les explicaban los emblemas colgados al través del paseo central, con leyendas alusivas a las batallas y a las acciones de guerra, que recordaban otros tantos triunfos de las armas chilenas. Ya había admirado al venir de la casa el grandioso arco del óvalo de la Alameda; con sus canastillos pendientes del centro, de misterioso contenido, que debía abrirse cuando se detuviese ahí, para escuchar una loa, el general victorioso. Mas allá, de un lado a otro, divisaban otros arcos, otros emblemas, innumerables banderas mecidas suavemente por la brisa, en un concierto de colores, en un incesante movimiento de fiesta. Los chicuelos, ante aquel espectáculo, se sentían electrizados, recogían sin pensarlo esas impresiones profundas que graban su rastro imperecedero en el fondo de la memoria infantil.

Un diálogo amistoso se había establecido al mismo tiempo entre los del tablado de don Guillén con los Estero. Los chicos señalaban a don Agapito algunos volantines, balanceándose sobre la Alameda. Deidamia, para ocupar el tiempo, cambiaba ardientes ojeadas con todos los mozos que podían verla desde sus tablados, al propio tiempo que su madre, sofocada de calor, proponía comprar aloja o helados mientras llegaban las tropas.

Doña Manuela, majestuosa con sus atavíos de fiesta, con sus restos de belleza, cautivadores todavía, reprobaba con altivez inapelable la proposición de su hermana, temerosa de que las personas de los tablados vecinos las mirasen como gente de medio pelo, capaz de tomar refrescos en un paseo público.

Mientras tanto, Guillén y Javier, deseosos de que todos participasen de su contento, notando que don Matías Cortaza no estaba en el tablado, preguntaron por el tata Apito.

—Se quedó leyendo en la huerta, eso lo divierte más.

—¡Ah!, sí, “El Chileno Consolado en su Presidio” —dijo Javier.

—O “Robinson Crusoe” —añadió Guillén.

Les pasó entonces por el ánimo a los niños, como las nubes que ocultan el sol por un momento, una sombra de compasión hacia aquel pobre señor que no asistía a tan maravillosa fiesta por llevarse leyendo.

Al regresar del ministerio, Cortaza había encontrado a los de su familia bajando hacia la Alameda. Todos iban vestidos de gala. La hermosura de su mujer, ataviada de fiesta, rejuvenecida con el artístico peinado, con el brillo que la expectativa de la fiesta comunicaba a su rostro, lo hirió dolorosamente.

Ella iba, sin duda, a ver en el paseo al maldito mayor. Para él se componía con su mantilla de blonda prendida por una peñeta monumental de carey; con sus largos pendientes de filigrana, con su más rico vestido.

—Tío, ¿qué no viene al tablado? —le preguntó Deidamia.

La felicidad la ponía cariñosa, la tornaba compasiva hacia el pobre hombre, siempre sumido en su tristeza.

—No, hijita; vayan ustedes.

La tempestad, en su pecho, siguió rugiendo mientras que caminaba hacia la casa. Su reciente conversación con el ñato Díaz le hizo retumbar en la memoria las palabras del mocito: “Si yo fuese usted, le afirmarí una buena fel-pa”. Y para sus adentros, sacudiendo un látigo imaginario, iba repitiendo, amenazante: “catatán, catatán”, con las mismas entonaciones con que había resonado en su oficina la voz del mozo.

El ejército había pasado ya los suburbios y se aproximaba a la Alameda. Las bandas de músicos de la guardia nacional, distribuidas en tablados a distancias convenientes, a lo largo de la carrera que debían recorrer las tropas, habían ya fatigado sus bríos con el himno de Yungay, cuando

las primeras columnas de los triunfadores entraron en el paseo al son de un animado paso doble, tocado por la banda del batallón Carampangue, que marchaba a la cabeza del ejército. Un formidable grito de ¡Viva Chile! se elevó instantáneamente por los aires. Las manos aplaudían con frenético entusiasmo. De los tablados, al mismo tiempo, una lluvia de flores caía sobre la tropa. Agudos silbidos, el aplauso de los rotos rasgaban los otros ruidos y la masa humana, con oleadas de mar que se va encrespando, luchaba por todas partes para acercarse y poder divisar a los héroes de la fiesta. Así avanzaban estos en medio de la estruendosa ovación. Con el talante airoso del soldado que ha recibido el bautismo del fuego en los campos de batalla, las compañías marchaban en orden admirable, sin que ningún pecho sobrepasase el del vecino, alineados como una tabla, según la expresión de la táctica militar. Los viejos uniformes cubiertos del polvo del camino, los rostros bronceados por el sol, las barbas hirsutas, revelaban las penalidades de la campaña, peores que las horas de la refriega, soportadas con la viril entereza que hace del militar chileno un poderoso instrumento de victoria. Había en esos hombres, oficiales y soldados, un aire de hermosura inculta, de robusta entereza, de majestad serena, que revelaba a los espectadores la fuerza latente del país que podía confiar a tales hijos sus grandes empresas. Delante de cada mitad, un oficial, o a veces un sargento, hacía lucir su garbo propio, volviéndose de cuando en cuando a su tropa para hacer observar la formación. Los vivas, las bandas de músicos, los aplausos y las flores continuaban con frenesí a medida que las fuerzas avanzaban. Una turba de muchachos y de hombres jóvenes había entrado en la Alameda, precediendo a la primera banda de músicos. Al frente de esa turba, los del tablado de don Guillén y los Estero reconocieron al ñato Díaz batiendo una bandera

nacional, alborozado, en medio del cardumen de chicos que lo rodeaba. El ñato, con aire victorioso, inclinó su bandera delante de Deidamia y delante del tablado de don Guillén, enviándoles una sonrisa de juvenil alegría. La chica y los niños aplaudieron, lanzándole manojos de flores entre la lluvia de millares de ellas que caían sobre la banda de músicos y sobre la tropa.

Sinforosa, al ver los aplausos de su hija, trató en vano de reprimirla.

—¡No ven, pues, esta moledera!, ¡para esto te sacan! —exclamó furiosa.

Pero el incidente duró sólo un pasajero momento. De gran número de los tablados partieron, casi al mismo tiempo, animadas voces de exclamación.

—¡Chanfaina! ¡Chanfaina! ¡Miren a Chanfaina!

La cabeza del singular personaje, reconocida por muchos, causaba ese estallido de voces. Chanfaina seguía mezclado con los acompañantes de la banda del Caranpangue, no lejos del ñato y de su comitiva de chiquillos. Todos: pueblo, banda y soldados, pasaban en marcha triunfal en medio de los vítores y aplausos. Las mitades del glorioso batallón iban escalonadas a la distancia de ordenanza. Los espectadores, incansables en su entusiasmo, redoblaban aplausos y vítores, se mostraban los estandartes, se señalaban con saludos amistosos a los oficiales que reconocían al frente de su tropa. Los triunfadores marchaban erguidos, con la vista hacia adelante, conservando la distancia, tocándose por los codos, sintiendo allá en el fondo del pecho el sueño realizado: el suelo de la patria bajo la planta; la brisa de la patria dilatando, generosa, los pulmones; el dulce calor del hogar, las caricias invocadas en la fiebre nostálgica de la tierra extranjera. El compás de la marcha resonaba en cadencia sobre el piso y el polvo sutil, levantado por aquella masa de hombres en movimiento, a

pesar del reciente riego de los aguateros, envolvía tropas y concurrencia con una nube opaca de fantástico misterio, en aquel medio ambiente de frenético arrebato.

A mitad de la gran columna en marcha, avanzaba sobre un brioso caballo de guerra el general en jefe del ejército restaurador, don Manuel Bulnes. Lo acompañaba, a su derecha, el presidente de la República. El más brillante Estado Mayor que jamás se hubiera visto en ninguna de las fiestas patrias le formaba escolta. Al verlo pasar, un trueno de voces resonaba en los aires, se sobreponía al toque de las bandas de músicos y subía al cielo en un clamoreo de ovación delirante.

Al mismo tiempo; la mayoría de los espectadores manifestaba gran sorpresa por la juventud del general victorioso. No parecía pasar de cuarenta años. La robustez de su constitución, desarrollada al aire libre en su activa existencia de campaña, le daba un tinte de juvenil frescura y ese aire de gloria con que la imaginación de los pueblos se complace en revestir a los héroes. En las mujeres el prestigioso general despertaba la admiración.

—¡Qué buen mozo el general! —exclamaban muchas, impresionadas.

—¡Y qué joven!, parece un mozo de treinta años.

Algunos hombres añadían, dirigiéndose a las admiradoras del héroe.

—¡Y solterito!, niñas, no hay que olvidarlo.

Algunas matronas, fieles guardianas de la crónica mundana, agregaban:

—Y por más señas, que ya le dan novia.

—¡Adiós, antes que se apee del caballo!, déjenlo que descanse. Siempre sobra tiempo para casarse —exclamaban los hombres.

El dorado grupo continuaba su aparatosa marcha como en un sueño de apoteosis. Los caballos, tascando el freno,

lanzaban copos de blanca espuma en derredor, mientras que los espectadores repetían en todos los tonos de la voz humana:

—¡Viva el vencedor de Yungay! ¡Viva el mariscal de Ancash!

Pero no todos los que componían el Estado Mayor habían compartido con el héroe del día las glorias de la campaña restauradora. Divisábanse en esa lucida pléyade de nombradías militares varios jefes de alta graduación, a los que el público sarcástico, no perdonaba que hubieran sido dispensados de marchar al Perú con sus compañeros de armas, a correr los peligros de la campaña. En los tablados, los Aristarcos intransigentes, siempre numerosos en toda reunión de seres humanos, no los dejaban pasar sin hacer oír los apodos que la pública malignidad les había aplicado:

—Miren, niñas, aquél con el uniforme flamante es el general Espada Virgen.

—Y aquél de las grandes charreteras y del gran plumero en el morrión es el general Pólvora Bruta.

—¿Y qué dicen ustedes del mayor Bonilla, que a todos los embarca, y se queda en la orilla, aquel que alborota el caballo para lucirse?

Las risas se mezclaban a los aplausos.

En el palco de don Guillén, los chicos jubilaban con los nombres de Espada Virgen y de Pólvora Bruta. Nada les parecía más gracioso.

Al mismo tiempo, la contemplación del séquito marcial, el alborozo del público, el imponente aspecto del desfile de la tropa, arrancaban a don Miguel Topín una reflexión de justicia retrospectiva:

—¡Qué lástima que don Diego Portales no haya podido contemplar este espectáculo! Esta es la obra de don Diego, mi amigo don Guillén. Ojalá no lo olviden y sepan nuestros hombres políticos seguir por el camino que él les dejó trazado.

Entretanto, el general Bulnes y su comitiva siguieron avanzando hacia el óvalo de la Alameda, precedidos y seguidos por batallones en marcha.

En ese momento, el ñato Díaz subió al tablado de don Guillén.

—Vengo a buscar a los niños, para llevarlos al arco del óvalo, si usted les da permiso —dijo al papá de los chicuelos.

—¿Y qué hay en el óvalo? —preguntó éste.

—Ahí se va a detener el general Bulnes con su comitiva, le van a pronunciar una loa; y las niñas del colegio de las Pineda cantarán el himno de Yungay. ¡Ah!, estará muy bonito.

—Sí, papá, dénos permiso —exclamaron, entusiasmados, los muchachos.

Doña María insinuó a su marido que él podría acompañarlos.

—Bien, vamos allá —dijo don Guillén, complaciente con sus niños en aquel día de regocijo.

—Con el ñato como guía, pusieron en marcha, hasta llegar, no sin gran dificultad y a fuerza de pechar duro, como decían los chicos, al arco del óvalo. Era el más alto y el más pintoresco de los erigidos en el camino que debía recorrer el ejército restaurador.

Levantábase majestuoso en el centro del círculo de la Alameda conocido con aquel nombre, ostentando todos los atributos de un arco triunfal, la majestuosa fábrica de sólida enmaderación cubierta de tela artísticamente pintada, figurando atributos de guerra, según los recursos del arte de aquel tiempo lo permitían.

En la plataforma que coronaba, hallábase colocada una orquesta de los mejores músicos de la capital. Al pie del arco, las alumnas de la escuela de las Pineda y de algunos otros establecimientos de educación femenil, vestidas de blanco y engalanadas de cintas y de flores, debían saludar al ídolo del día con versos y piezas literarias encomiásticas

de la gloriosa campaña. Cierta parte privilegiada del público, compuesta de parientes y amigos de las alumnas, las rodeaba, protegida a su vez de las incursiones de la tumultuosa concurrencia por soldados de la guardia nacional y algunos hombres de la policía.

En el momento de detenerse bajo el arco el joven general con el Presidente de la República y el numeroso séquito de su escolta, la orquesta prorrumpió con el solemne y acompasado coro de la canción nacional. Todos los circunstancias y el pueblo alrededor entonaron conmovidos:

“Ciudadanos, el amor sagrado
de la patria os convoca a la lid.”

—Pero la orquesta no fue más allá de la primera estrofa. Era preciso que al lado del himno de la patria resonaran las cadencias, millares de veces repetidas en aquel día, de la canción de Yungay. Felizmente esta vez, sólo debían cantarla las frescas voces de las alumnas de las escuelas:

“Cantemos la gloria
del triunfo marcial...”

hicieron resonar las argentinas voces en el solemne silencio.

El héroe aclamado, el héroe sin par, como decía la canción, estaba allí. Los ecos de las voces juveniles llegaban hasta él como un incienso de veneración. Era la apoteosis en vida tributada a un solo hombre, en el que se encarnaba por el momento toda la gloria conquistada bajo su mando, por millares de sacrificios, por millares de heroísmos, por millares de existencias rendidas a la grandeza de la patria común.

El general Bulnes dominaba ese acto de su propia glorificación, modesto en su encumbramiento. Pero no era posible que todas las estrofas de la canción fuesen cantadas. La tarde iba declinando y quedaba todavía por cumplirse una parte del programa de la función. A una señal salida del Estado Mayor, cesó la orquesta y cesó el canto de repente, como una luz que se sopla.

Un silencio de emoción profunda reinó por un momento en el óvalo. A lo lejos podían oírse vagamente las voces: —“¡Helados de canela! ¡Horchata arrimada a nieve!”—, de los vendedores ambulantes.

Los chicos de don Guillén, protegidos por él y por Díaz, se hallaban en primera línea. La señora Pineda hizo al fin la señal que todos aguardaban y la voz de la muchacha, tímida y apagada al principio, fue por grados afirmándose, hasta resonar más allá del espacio en que pasaba aquel acto.

Guillén y Javier devoraban con los ojos al personaje que los versos de la loa elevaban al pináculo de la gloria. En la imaginación de los chicuelos, el hombre un poco gordo y de rosadas mejillas que contemplaban con una especie de pavorosa admiración, revestía las proporciones épicas con que sus lecciones de mitología presentaban a los semidioses.

Mientras tanto, la loa seguía haciendo llover sobre el general Bulnes las abultadas flores, de su retórica superlativa. El continuo movimiento de la cabeza de doña Inés Pineda ocupaba ahora la atención del general, fatigado ya de la interminable ovación.

Al fin, el largo rosario de estrofas acabó por fatigar la voz de la declamante. Un grito de ¡Viva el general Bulnes!, ¡Viva la patria! resonó en el espacio; la orquesta, en lo alto, rompió con los acordes de la canción nacional y el canastillo pendiente del centro del arco, abriéndose como una grana-da, dejó caer sobre los grandes personajes una lluvia de flo-

res, de hojas volantes con cumplimientos rimados al “Héroe sin par” y de blancas palomas lanzadas por los aires a llevar *urbi et orbi* la fama eterna de aquel día inolvidable. Esto fue la señal de la partida. El general, el Presidente de la República y el reluciente séquito se pusieron en movimiento, sin notar que sus fogosos corceles, por vengarse sin duda de la prolongada detención a que se les había sometido, dejaban mezcladas entre las flores del triunfal aparato las pruebas intempestivas de su irreverente digestión.

Los chiquillos y los del pueblo que por allí estaban celebraron con grandes risas este último detalle de la apoteosis del óvalo, mientras la comitiva se alejaba majestuosa, seguida de las tropas y del popular clamoreo.

Después de ir a dejar a los chicos al tablado en compañía de don Guillén, el ñato se escurrió entre la turba, atravesó, por sorpresa, entre dos hileras en marcha, el ancho de la Alameda y llegó sin llamar la atención al pie de un álamo del lado puesto frente al tablado de las Estero. Allí había colocado en observación a Chanfaina.

El extraño roto miraba fijamente a ese tablado. Díaz le tocó ligeramente un hombro para sacarlo de su observación.

—¿Nadie se ha movido? —preguntóle en voz baja.

—Naide —contestó Chanfaina.

Al hacer la pregunta, el ñato señalaba el tablado donde en primera línea lucía su garbosa hermosura doña Manuela Estero.

—No la pierdas de vista, cuidado con que vayas a equivocarte.

La estúpida mirada con que el roto recibió esta recomendación no inspiró a Díaz entera confianza de que estuviese bien posesionado de lo que debía hacer.

—Mira bien: es aquella señora sentada a la orilla frente a nosotros, con una niña de un lado y una señora gorda

del otro. Hay tres caballeros detrás, ¿no ves? No vayas a confundir: es la que tiene la mantilla blanca en la cabeza.

Chanfaina hizo seña de que comprendía perfectamente.

Las tropas habían seguido desfilando con toda regularidad, pero con paso más redoblado que el de los primeros batallones.

Aunque con menos ardor, el público seguía aplaudiendo. Muchos, cansados ya de vociferar, se entretenían comunicando a los vecinos el nombre de los batallones que pasaban. El Pudeto, el Maipú, el Santiago. La familia Estero sabía que Emilio Cardonel llegaba de la campaña con el grado de capitán. Alejandro, el hijo de ña Gervasia, después de ascender a cabo de escuadra, había perdido su jineta por su reincidencia en los abusos alcohólicos.

VII

Siguiendo el ejemplo general, don Guillén, sus convidados, los esposos Topín y los dos chicos bajaron de su tablado. También bajaban al mismo tiempo las Estero con Deidamia y don Agapito. Por efecto natural de la vecindad de los tablados, sucedió que la familia Estero entró al centro del paseo precediendo a la comitiva de don Guillén. Doña Manuela caminaba adelante con Deidamia y tras ellas Sinforosa y su marido. Guillén y Javier se habían adelantado a ponerse junto a tata Apito, y entablaban con él una animada conversación sobre la gran fiesta de la estrella que debía encumbrar el ñato al día siguiente en casa de ellos, a la que irían a echársele los más afamados volantinos del barrio.

Doña Manuela, rejuvenecida con los afeites y las galas de su traje, llamaba la atención de los paseantes por la natural majestad de su porte y la altivez serena de su frente. Al decir de las señoras que pasaban cerca de ella, la Mañunga Estero estaba en su día.

El ñato, mientras tanto, había continuado en paciente observación detrás del álamo donde asistía con Chanfaina al desfile de las últimas tropas. Viendo bajar de su tablado a la familia Estero, cogió con fuerza uno de los brazos del roto, que se mantenía inmóvil a su lado.

—¿Ves?, ahí se bajan todos, no los pierdas de vista. Ahora se ponen a andar para abajo y los ves bien. ¿Cuál es la señora que te he dicho? A ver, señálamela.

—Aquella grande, pues, patrón, la que va con mantilla blanca.

—Bueno, pues, ya es tiempo; yo voy a estar cerquita de ti; cuidado con irte a equivocar, porque te mato. Anda, anda, sin llamar la atención; yo te sigo.

Tras estas recomendaciones salía con Chanfaina del escondite y lo empujaba suavemente en dirección de la familia Estero.

Chanfaina, con la inclinación de la cabeza del toro que hace una embeñada, se lanzó en la apretura. Gracias a la inclinación de su monstruoso rostro hacia el suelo, pudo deslizarse entre la gente que lo tomaba por un roto cualquiera. Así llegó a encontrarse, en dos o tres minutos, frente a las Estero. El ñato se había puesto a andar al lado de los Topín. Don Miguel iba todavía deplorando la triste ausencia de don Diego Portales de aquella fiesta, que consagraba la gloria del grande hombre de Estado.

En ese instante se vio al feroz Chanfaina enderezarse. Levantando el pecho como un atleta pronto a medir sus fuerzas con un adversario, lanzóse, con los brazos abiertos, sobre la hermosa doña Manuela, cubriéndole el rostro

de apasionados y ruidosos besos, antes que nadie hubiese tenido tiempo, ni suficiente presencia de espíritu, para separarlo de ella.

Un gran tumulto se produjo entonces con aquel salvaje cuanto inesperado ataque.

Gritaba despavorida de humillación doña Manuela; huía chillando, enredándose en sus enaguas, Sinforosa; agitábase vociferando y sin darse cuenta de lo que ocurría, don Agapito; y, envueltos con los que bajaban los que subían la Alameda, aumentábase la general confusión, en la que ya no era posible que nadie hablase con calma.

A favor del confuso tumulto, el ñato se había escurrido abriéndose paso hasta donde se encontraba Deidamia, y apoderándose de sus manos procuraba sacarla de la apretura.

—Ven por aquí, no tengas miedo —le decía al oído—; yo te sacaré, confíate a mí.

La chica, paralizada, no acertaba a moverse. El insistió, risueño, para tranquilizarla:

—Ven, no seas lesa; ¿qué te puede pasar?

—No quiero, déjame —articuló al fin Deidamia, comprendiendo que todo aquello debía ser obra del ñato.

—Prométeme que no le harás caso al oficialillo, que no bailarás zamacueca con él mañana por la noche.

El empeño era vehemente. En el pensamiento del mozo dominaba la idea de ver a la graciosa muchacha luciendo la flexibilidad de su talle, perseguida, en los giros del baile popular, por el pañuelo de Cardonel y por su mirada amorosa. Ese antojo de su imaginación lo exasperaba, era una tortura.

—Prométeme, prométeme, linda —le decía con ahínco, tratando al mismo tiempo de sacarla de entre la muchedumbre.

—Suéltame; no te prometo nada, no quiero prometerte nada, ñato feo —contestó ella con voz ahogada.

Temblaba de que sus padres la vieses así, en coloquio con el mocito, en medio de la agitación que había suspendido el curso del paseo.

No se arredraba Díaz; sin embargo, con el enojo de la joven.

—No seas tan mala conmigo que te quiero tanto; soy tan feliz cuando te veo y hablo contigo.

Mientras tenía lugar ese diálogo, la concurrencia, apiñada en torno de doña Manuela, había vuelto de su primer estupor. Los hombres trataban de apodarse de Chanfaina, pero el roto, usando de sus fuerzas hercúleas, rompía toda resistencia, embistiendo con la cabeza baja y levantando los hombros sobre los que le cerraban el paso. Al mismo tiempo un vocerío de hombres y mujeres gritaban en medio de la reyerta:

—A la cárcel Chanfaina, a la cárcel el roto insolente.

VIII

Para el ñato, aquel era un gran día. En pie desde temprano, repasaba en la memoria los hechos de la víspera, eslabonándolos como en una cadena con los planes que se proponía llevar a cabo antes de veinticuatro horas. Todos esos planes partían de un centro común como los rayos que en diversas direcciones se desprendían del foco luminoso. Ese centro de luz, en su mente, era Deidamia, la coqueta muchacha que se le escurría con el vuelo caprichoso de la mariposa que burla la mano del niño extendida sobre ella para aprisionarla.

Por Deidamia, de quien lo separaba la severidad de doña Manuela, acometía la atrevida empresa de libertar al loco; por ella por su risa de burla, había infligido a la mujer

de don Matías Cortaza la humillación del beso de Chanfaina; por Deidamia iba a precipitar los acontecimientos de la vecina noche para turbar la fiesta con que las hermanas Estero querían celebrar la vuelta del capitán Cardone. Entonces pasó en revista lo que le quedaba que hacer para llegar a ese resultado. Cortaza lo pondría en posesión de la llave del cuarto del zaguán. De ello le respondía el terror del marido de doña Manuela de ver llegar esa noche al mayor Quintaverde a su casa. Mas, para poder usar esa llave, el ñato sabía que le era indispensable poseer también la de la puerta de calle, sin la cual no podía entrar al patio. Don Matías se había negado redondamente a servirle para esto. La puerta de la calle sería abierta para dejar entrar al mayor Quintaverde con el prometido de Deidamia y quedaría cerrada después de esto. Cortaza no habría osado ausentarse de la mesa de la cena y salir al patio en busca de la llave para darla a Carlos Díaz.

De temor de ser denunciado, Díaz no se habría tampoco expuesto a hacer la menor insinuación a ninguno de los otros habitantes de la casa sobre esa llave indispensable. El previo conocimiento de esta dificultad lo había obligado a preparar el ánimo de los niños, el día anterior, en ese sentido, inventando una historia de volantines capaz de interesarlos hasta el punto de hacerlos ir en la noche para abrirla la puerta de calle. Díaz habría querido no mezclar a sus amiguitos en los azares de su empresa; pero le fue imposible encontrar otros auxiliares. Detenerse ante un escrúpulo de esa clase equivalía a renunciar a la ejecución de un proyecto que lo apasionaba al grado de hacerlo exponerse a cualquier peligro por llevarlo a ejecución. Después de meditar maduramente, decidió que daría sus instrucciones a Guillén y Javier apenas se encontrase con ellos en la huerta, según estaba convencido, para encumbrar la gran estrella de que había hablado en su conversación con don Matías.

En medio de esas meditaciones, no había perdido de vista; sin embargo, la carta que debía escribir al mayor Quintaverde, para evitar que asistiese en la noche al convite de doña Manuela. Ya había impuesto el día anterior a Cortaza de lo que sería el contenido de esa carta. Con detalles que daban a su ardid todas las apariencias de una denuncia de hechos verdaderos, Díaz escribió al comandante de policía una elaborada relación de un supuesto motín que debía estallar en Santiago al amanecer del día siguiente. Los conspiradores, oficiales y paisanos, todos hombres resueltos y con influencia en algunos cuerpos de la guarnición, debían reunirse en la noche en casa de uno de ellos, en la calle de San Pablo, para salir de ahí al amanecer a los distintos cuarteles, de los que otros conjurados del interior debían abrirles las puertas. La carta encarecía al mayor Quintaverde la necesidad de no confiar a subalternos, que podían estar cohechados por los revolucionarios, el cuidado de vigilar la casa y esperar las altas horas de la noche para prenderlos cuando se dispusieran a salir. Díaz señalaba una de las más distantes habitaciones de la calle San Pablo, a fin de que el mayor no tuviese la tentación de presentarse donde las Estero, antes de ir a ocupar su puesto de vigilancia para ver entrar a los conspiradores. Después de dejar instrucciones a la criada de sus tías, de cuya fidelidad estaba perfectamente seguro, de manera que su carta llegase a manos de Quintaverde pasada la oración, Carlos Díaz aguardó el momento de trasladarse a casa de don Guillén, donde lo esperaban ansiosos los chichuelos para encumbrar la famosa estrella.

El ímpetu natural de sus pocos años no le impedía; sin embargo, contemplar sin grave temor las dificultades de que la empresa estaba rodeada. Como en una máquina; no bastaba que el artífice reuniera y ajustase las distintas piezas para que pudiese funcionar. Un defecto cualquiera

en una de esas piezas bastaría para frustrar el efecto perseguido. Así, de las distintas condiciones de que dependía el éxito de su propósito: ¿cumpliría Cortaza su compromiso?, ¿tendrían Guillén y Javier el valor de obedecerle?, ¿estaría pronto y libre de su cadena el prisionero a la hora en que iría a abrirle su calabozo?

En la puerta de calle, Guillén y Javier lo esperaban impacientes. Desde la mañana habían observado las variaciones de la atmósfera. La brisa de diciembre, en las primeras horas del día, arreciando paulatinamente con la marcha de las horas, iban cambiando hacia las tres de la tarde en uno de esos vientos fijos de moderada velocidad, que mantienen inclinadas en las selvas las copas de los árboles, como una larga caricia. Los niños hicieron notar a Díaz esa regularidad del viento.

—Está magnífico para encumbrar la estrella.

—Ligero, vamos a buscarla —les dijo el ñato, corriendo con ellos hacia el interior a la casa.

El juego a los volantines, pasatiempo entonces favorito en todas las clases sociales de Chile, había alcanzado por aquellos días su más alto desarrollo.

De viva inteligencia y perseverante voluntad, Carlos Díaz había llegado a hacerse eximio en ambos ramos del juego predilecto de los santiaguinos. Hacía volantines incomparables, de todas formas y dimensiones, y sabía manejarlos con destreza consumada. El mozo era de la familia de los inventores, que se adueñan de todos los secretos del arte al que se complacen en buscar perfeccionamientos, lanzándose en su estudio por vías inexploradas. Su fama, en el mundo de los aficionados era extraordinaria para sus años.

El anuncio de que el ñato encumbraría una gran estrella en casa de don Guillén Cuningham al día siguiente de la entrada del ejército restaurador, declarado día feriado, había puesto en movimiento a los más célebres en la capi-

tal por su habilidad en voltear las estrellas o las bolas más cautivadoras de volantines.

Delirantes de esperanza, con cabriolas de alegría, los muchachos siguieron al ñato a la pieza de la casa donde habían depositado la estrella. Era ésta de grandes dimensiones, de picos pintados con bermellón. No tenía aún ni tirantes ni cola, Díaz la había guardado así para que nadie pudiese encumbrarla antes que él llegara. Sacó de un armario, del que tenía la llave, una cañuela de enorme tamaño, en la que estaba ovillado el cordel que debía servir para encumbrar la estrella: un cordel especial, hecho de cáñamo escogido en la hilandería al aire libre del puente de calicanto, uno de los monumentos del coloniaje, hoy día desaparecido, con poesía de sus recuerdos.

Guillén y Javier seguían con viva atención como si se tratara de un acto solemne los movimientos del ñato. El joven cortó dos trozos distintos del cordel y puso en ellos los tirantes a la estrella, amarrando las extremidades de uno de los cordeles en el arco a igual distancia del madero del medio. En el centro de éste, a la intersección de los tres maderos, amarró el tercer tirante. Terminada esta operación, ató la espesa cola hecha con hilo delgado de cáñamo, a los cordeles que, partiendo de la extremidad de cada uno de los tres maderos, se unen por un fuerte nudo en un ángulo calculado para dar perfecta estabilidad a la estrella. Todo aquello era para los chicos una lección práctica de la que debían quedarles grabados en la memoria los menores detalles.

En la huerta, Díaz colocó cuidadosamente su estrella contra una de las tapias y llamó a los niños al banco donde se habían sentado el día anterior. Era todavía temprano y quería asegurarse de la cooperación de los chicos, a fin de estar seguro de tener aquella noche la llave de la puerta de calle.

Sentémonos aquí un rato —dijo, es muy temprano todavía para encumbrar la estrella.

—¿Y si se para el viento? —replicó Javier, inquieto.

El ñato lo tranquilizó con una exclamación de perfecta seguridad:

—¡Ah!, ¿pararse el viento? Estoy seguro de que no se parará, hay viento hasta para mañana.

Javier no tenía necesidad de otra prueba. En materia de volantines y del viento para encumbrarlos, el ñato, a juicio de los dos chicuelos, era un oráculo infalible.

—Cuando Carlos lo dice —observó Guillén, sentenciosamente— él no se equivoca.

—Bueno, pues —dijo el ñato, como si continuase un asunto interrumpido en la conversación—, yo quiero saber si ustedes no se arrepienten de la apuesta con don Agapito.

—¿Cuál apuesta?

—La que hizo conmigo de que echaría cortada la bola de los padres franciscanos.

—Ustedes dijeron que querían entrar en esa apuesta con un medio cada uno.

—Pero no tendremos el medio hasta el domingo —observó Guillén.

—No importa —replicó Díaz. Yo pondré la plata por ustedes.

—Así, si, pues —afirmó Javier.

—Ustedes saben lo convenido: para que yo pueda cambiarle a don Agapito el hilo de su volantín es preciso que entre esta noche en la casa, y para esto necesito que ustedes me abran la puerta de la calle.

—¿Y cómo, pues? —preguntó Guillén—, nosotros no tenemos la llave.

Javier apoyó la observación de su hermano.

—La llave queda siempre en la puerta.

El joven empezaba a temer por su plan. En el momento de fijar los pormenores, sobre lo que vagamente habían

convenido el día anterior, sospechaba que el ánimo de sus auxiliares desfallecía.

—¡Ah!, si ustedes no se animan, lo dejamos.

—¿Tú crees que tenemos miedo? —preguntó Javier en tono fanfarrón; —una noche aposté con don Miguel Topín y con papá a que iría hasta el fondo de la huerta y volvería con una hoja de la higuera, y les gané la apuesta.

—Yo también hice lo mismo —dijo Guillén, sin jactancia.

—¿Entonces no tienen miedo y se animan a ir a abrirme la puerta?

—Como no, pues: nos animamos.

—Si salen despacito, nadie podrá sentirlos; pero si por casualidad los viesen tiene nada más que decir que se han levantado para ir a ver al capitán Cardonel que viene de la guerra, y por ver la fiesta que le dan en la casa chica.

Interesados en la aventura y orgullosos de mostrar que eran valientes, aseguraron que no faltarían. El joven les explicó lo que tendrían que hacer: esperar hasta que sintiesen que cerraban la puerta de la calle después de la entrada de Cardonel; con grandes precauciones al patio; llegar en puntillas al zaguán y torcer la llave de la puerta con el menor ruido posible.

Para manifestar su resolución, los chicuelos dijeron:

—Muchas veces nos hemos quedado los sábados por la noche hasta tarde haciendo volantines.

Durante esta conversación, el joven, con la vaga esperanza de que Deidamia viniese a la huerta, había tenido fija su atención para oír si llegaba del otro lado de la tapia divisoria algún indicio de la presencia de la chica. Mas la tímida esperanza se había desvanecido pronto.

IX

Desde temprano, aquel día, Cortaza se había despertado con la opresión de un presentimiento amenazador. La promesa que le había arrancado Carlos Díaz de dejar la llave del calabozo del loco en un punto donde el joven pudiese tomarla en momento oportuno, le causaba un peligro al que ya le era imposible substraerse. En su soledad del ministerio, las horas parecían precipitarse para acelerar la llegada de aquella hora en que debía dar cumplimiento a su promesa. Y esa hora lo sorprendió como un peligro inesperado, al verla, señalada por los punteros del reloj. Aunque desfalleciente, encontró fuerzas; sin embargo, para poner en orden los papeles diseminados sobre la mesa, para darse una ocu-

pación que pudiera distraerlo del pensamiento velador que lo atormentaba.

En la calle todo era luz y movimiento. A medida que avanzaba hacia la casa, los grupos de gente que se dirigían a presenciar las comisiones se hacían más compactos y bulliciosos. A poco no tardó en encontrarse en plena turba agitada por la expectativa de la batalla que iba a trabarse. Al llegar a la puerta de la casa había ya resonado en sus oídos, en medio de los comentarios del pueblo, los nombres de los volantineros más afamados en Santiago, que habían venido a responder al desafío de la estrella de la casa de don Guillén. El Colorín, famoso por sus proezas con un célebre volantín de a seis, de cuatro pintas rojas, se encontraba allí admirado por los rotos espectadores. El tuerto Gómez, otra de las celebridades santiaguinas, tiranteaba su volantín de a cinco, que todos conocían por la banda negra que diagonalmente lo atravesaba. Otros volantineros de renombre se aprestaban para la lucha, buscando la manera de adelantarse en el ataque al Colorín y al tuerto Gómez.

Cortaza se sintió por un momento contagiado por la animación reinante. Los recuerdos de su juventud le acudieron con fuerza evocadora de sus tranquilos días de soltero feliz. Conocedor, como todo buen santiaguino, de los méritos característicos de los volantines, no dejó de sentir una sensación de temor por la suerte de la gran estrella, al ver que el Colorín, el tuerto y sus émulos largaban hilo a sus volantines, haciéndolos arremontarse con movimientos amenazantes para la orgullosa enemiga.

Mas ese instante de olvido de sus males fue pasajero. Inclinando la cabeza hacia el hombro con el movimiento que le era peculiar. Cortaza entró al patio y se dirigió a las habitaciones de la casa chica. Todo estaba allí silencioso: la familia se encontraba entre los convidados de la casa grande. Parecióle que el momento era propicio, y, con una

resolución de que no se creía capaz, sacó la llave del escondite que le era conocido y la colocó a la entrada de las habitaciones en el punto convenido con el ñato. Tras esto, deslizóse furtivamente hasta la huerta solitaria desde donde se puso a contemplar en su rincón favorito la animación del espacio poblado por numerosos volantines.

Cuando Díaz vio aparecer a los de gran tamaño, se transportó de la huerta hacia el punto donde se encontraba la roldana en el patio de los caballos y dio sus órdenes para los aprestos de la batalla.

Las estrellas de gran magnitud, como era la de Díaz, no podían ser manejadas por la fuerza de un hombre desde que entraba en comisión. La roldana es un punto de apoyo para toda la maniobra. El cordel posado entre la rueda y el poste que la sostiene, le comunica el movimiento giratorio que permite, sea recogerlo, sea dejarlo correr cuando varias personas reunidas tiran de esa cuerda, como en una maniobra minera.

Díaz dirigía la operación con autoridad. Los chicuelos y don Agapito, diestros en todos los movimientos que esa operación exigía, ejecutaron sus órdenes con militar precisión. En pocos minutos, el cordel fue pasado por la roldana, y la estrella a medida que se le largaba, subía majestuosamente a una altura considerable. El ñato, penetrado de la importancia y de la responsabilidad que le cabían en la escena que se preparaba, no se atrevía a dar vuelta la cabeza para mirar a Deidamia. Sentía sobre él los ojos de la chica, oía su voz en el murmullo de las conversaciones de los espectadores, y se mantenía inmóvil, fijos los ojos en la lejana estrella, resuelto a empeñar el combate en el primer instante propicio.

En fila, cogido el cordel con ambas manos, se encontraban alineados los que debían correr las estrellas una vez empeñada la comisión. Eran los sirvientes de don Guillén y algunos soldados de artillería, convocados al efecto por el

ñato, del cuartel de enfrente. Por momentos, el número de volantines que acudían en son de guerra iba aumentando en el espacio, tiranteados con maestría, ladeándose a derecha e izquierda. Los más grandes iban rápidamente arremontando y acercándose a la estrella. Algunos amigos de los esposos Cuningham, recién llegados, declaraban que la calle estaba llena de gente, esperando las comisiones. “Los dueños de los volantines, decían rodeados de chiquillos y de hombres del pueblo, encontraban gran dificultad en los movimientos que les exigía el continuo cambio de la situación respectiva, entre sus volantines y la estrella”.

El interés de los convidados aumentaba a medida que aparecían los combatientes.

Conocedores todos ellos, hacían comentarios sobre los volantines más importantes, nombraban a los dueños según los colores de que estaban pintados. El de a seis, de cuatro pintas rojas, era indudablemente manejado por el Colorín, así nombraban a los demás aficionados, dirigiendo a veces advertencias a Díaz, para tenerlos en guardia contra las acechanzas de sus adversarios.

De repente cesaron todas las conversaciones. En el patio reinó un profundo silencio. La atención general se concentró en los volantines del Colorín y del tuerto, que se encontraban ya a la altura de la estrella. Apretando el cordel con las dos manos, rígido el cuerpo tras la roldana, Díaz con la profunda mirada fija en los enemigos allá a lo lejos, que subían, mostraba en su ademán la fría resolución de un luchador seguro de sus fuerzas. Al lado de la roldana don Agapito Linares, con una tetera llena de agua, estaba encargado de la importante función de mantener mojado el cordel durante la carrera. Los que debían correr la estrella seguían inmóviles, pendientes de las órdenes del ñato.

Poco a poco el volantín de las pintas rojas, merced al impulso de los movimientos que le comunicaba tirantean-

do el Colorín, llegó a encontrarse al lado de la estrella, amenazando darle una coleada.

Sin esperar ese audaz ataque, el ñato largó cordel lentamente, para lograr que su estrella, colocándose más lejos y más abajo, al mismo tiempo que el de las cuatro pintas, lo tomase, por encima impidiéndole dar la coleada. Al mismo tiempo evitó con sabia previsión que la estrella pudiera recibir un ataque a la espalda dado por el volantín del tuerto, que mañosamente la acechaba a la bajada. Pero el Colorín le largaba también al suyo. Durante algunos minutos los espectadores del patio vieron con ansiedad que la estrella y el de las cuatro pintas rojas se alejaban paralelamente, sin que pareciera frustrarse la amenaza de la coleada. Las respiraciones se habían suspendido. Todos miraban al ñato, que palidecía ligeramente. A riesgo de que cayera la estrella sobre el volantín de la banda negra, Díaz siguió largando cordel. El de las cuatro pintas, como si hubiese agotado su hilo, se detuvo. Con un tiranteo vigoroso su dueño lo hizo dar una ladeada, buscando la cola de la estrella. Pero ésta había seguido alejándose y el volantín, lanzado en esa dirección, pasó sobre el cordel de la estrella. La voz de Díaz se hizo oír entonces enérgica.

—¡Corran muchachos!; ¡ligero, ligero!

La comisión estaba así empeñada.

Los del cordel emprendieron una vigorosa carrera, alejándose de la roldana. Este impulso hizo subir la estrella con rapidez tal, que pareció ir a confundirse con el azul del firmamento. El volantín de las cuatro pintas, rozando con su hilo al cordel de su adversaria, lejos de seguirla en su vuelo ascendente, empezó a bajar. El Colorín le daba cuerda con el propósito de remontarlo después de tomar a la estrella por detrás. Pero la estrella seguía subiendo. El ñato, encendido el rostro y brillándole de animación los ojos continuaba sus voces de mando:

—¡Corran, muchachos, no hay que cansarse!, ¡corran, corran!,

Cediendo a la excitación del espectáculo, rompieron entonces los convidados el silencio:

—¡Cuidado!, le siguen largando al volantín.

Otros al mismo tiempo exclamaron:

—¡Caramba! ¿Qué se han hecho los garfios que no cogen el hilo del volantín?

Otros, alarmados, gritaban:

—¡Adiós, ya pasó a la estrella!

—¡Lárgate, ñato, te la van a colear!

Esas voces iban indicando el supremo interés con que los convidados de don Guillén seguían las rápidas peripecias de la lucha. Díaz, mientras tanto, no parecía conmoverse. Sabía que en aquel instante crítico no debía atender sino a sus inspiraciones y que cualquiera vacilación podría producir una catástrofe. Pensaba que era preferible correr el riesgo de la coleada mientras la estrella seguía remontándose, que exponerse a que el volantín la coleara en los momentos de largarle cordel por evitar su ataque. Confirmando los temores de los concurrentes, apenas sintió el Colorín que había largado bastante, empezó a recoger con grandes brazadas de tal suerte que el de las cuatro pintas, subiendo con instantánea ligereza, pudo llegar hasta la estrella.

La ansiedad entonces fue intensa. Todos contemplaban a la grande estrella y su osado adversario sin atreverse a hablar. La incertidumbre no podía; sin embargo, prolongarse. El volantín, mediante una súbita ladeada, que con maestra osadía le imprimió su dueño, logró levantar la cola de la estrella sin darle tiempo a burlar esa maniobra. Faltándole el contrapeso de la cola, la estrella dio entonces un vuelco precipitado como si fuese a hundirse irremediablemente en el vacío.

Enronquecido ya a fuerza de tanto gritar, el ñato pudo apenas hacerse oír, excitando con la apagada voz a los del cordel.

—¡Ligero, corran más ligero! No es nada, no hay que asustarse, va a volver...

La estrella, con efecto, después de describir en el aire una extensa parábola, en la que cogió de paso al volantín de la banda negra y a otro que por allí se hallaba, había empezado a remontarse, desafiando a sus enemigos, con sonoros crujidos, que pudieron oír distintamente los de abajo. Estruendosos aplausos estallaron entonces entre los convidados ante el cuadro que se les ofrecía a la vista. Cogidos en los garfios del cordel, los tres volantines, cautivos humildes, inofensivos ya, seguían a la estrella en su marcha triunfante. Con la tensión de la revuelta, el hilo de las cuatro pintas se había cortado. El de la banda negra y el otro volantín corrieron la misma suerte. Antes de poder luchar, arrebatados por la estrella al levantarse de su revuelta, los hilos de uno y otros habían caído en los garfios, sin poder resistir a la tirantez del cordel que vanamente trataron de cortar tiranteando con desesperado esfuerzo. La victoria de la estrella era completa y superaba las más audaces esperanzas de su dueño. Los circunstantes no se cansaban de celebrar su consumada pericia.

—¡Viva Carlos Díaz! —gritaban hombres y mujeres, entusiasmados.

—¡Viva el ñatito! —vociferaban, saltando de júbilo, Guillén y Javier, sin desprenderse de la fila de los que seguían corriendo, asidos del cordel, para bajar la estrella con sus gloriosos trofeos.

El gran triunfo, al que creían haber contribuido, alentaba a los chicuelos a dejar hablar su ambición.

—A mí me darás el del Colorín —gritaba Javier, al ñato.

—A mí, el de la banda negra —pedía Guillén, más modesto.

—Lo que quieran, chiquillos, pidan no más —respondía el mozo alborozado.

Pero, de repente, una exclamación de espanto sucedió a las aclamaciones del triunfo:

—¡Cortada!, ¡Cortada!

El cordel se había cortado cerca de la roldana.

La triunfante estrella, arrastrando a sus tres cautivos, se empezó a alejar, lentamente, en el espacio, con inclinaciones de ave herida.

El ñato, fuera de sí por tan inesperado contraste, soltó el cordel de las manos y echó a correr hacia la calle, exclamando:

—No se muevan, yo voy a ver dónde cae; seguro que se la echaron con hilo curado.

Nadie pensó en seguir al mozo, que desapareció, corriendo, hacia el primer patio.

Las últimas palabras que había proferido al irse formulaban, en su concisión, la sospecha que hirió el ánimo de los convidados, en presencia de aquel contraste para ellos asombroso. Todos pensaron como Díaz en el hilo curado; es decir, el hilo de alguno de los volantines en el que se hubiera puesto algún ingrediente capaz de cortar el cordel de la estrella. La verdadera explicación del misterio estaba en otra parte. Don Agapito Linares lo había anunciado a su mujer y a su cuñada, como una venganza con la que él lavaría a doña Manuela de la afrenta de la Alameda. Encargado de mantener húmeda la rueda de la roldana durante la comisión. Don Agapito aprovechó el interés con que todos seguían los incidentes que iban corriendo, para verter el agua de la tetera al lado de la rueda, sin mojarla. El continuo roce del cordel con la madera la había recalentado de tal modo que, el cordel se cortó como si se hubiese quemado. Apenas vio don Agapito realizada su venganza, dejó caer un chorro de agua sobre la roldana, de mane-

ra que nadie pudo darse cuenta de su ardid. Únicamente doña Manuela y Sinforosa respondieron con una mirada de alegría a la mirada de triunfo que él les dirigió desde su puesto.

La catástrofe no había privado; sin embargo, al ñato de su sangre fría. En vez de salir, desatentado, a la calle, precipitóse sobre la puerta de comunicación de la casa chica con el corredor del patio.

No había olvidado por un momento la promesa de Cortaza de dejarle tras esa puerta la llave del calabozo del loco.

Su alegría fue inmensa al ver que el archivero había cumplido su palabra. La posesión de la llave lo compensaba ampliamente de la penosa impresión que acababa de sufrir. En un segundo se apoderó del precioso instrumento y llegó casi sin haberse detenido a la ventana del cautivo.

—Don Julián, soy yo, Carlos Díaz, ¿estará usted listo para la noche?

—Listo, hijo mío —respondió, como un eco lejano, la voz de adentro.

—Bueno, pues, no se descuide; hasta luego.

Siguió después corriendo hacia la calle. Sus ojos se dirigieron, ansiosos al oriente. Sin detenerse, pudo ver su hermosa estrella bajar con lentitud, balanceándose al capricho del viento, semejante a una embarcación abandonada. Abajo, oprimiéndose y empujándose, una turba de pueblo, apiñada, levantaba sus manos en el aire, esperando su presa. Otras gentes que, desde lejos, habían visto la estrella cortada, acudían de todas partes, jadeantes, y arrastraban a Díaz en su carrera, gritando, excitados:

—¡A la chaña, muchachos, a la chaña!

—Electrizado en presencia de esa animación, el ñato se lanzó al medio de la refriega a disputar los despojos de su propia estrella. No le importaba ya su inmerecida derrota.

Invocando el nombre de Deidamia, como los paladines al entrar al torneo, figurándose oír la voz de la chica alentándolo en la endiablada lucha; sentía su fuerza centuplicada por ese estímulo, y, al desprenderse del turbión popular con un largo trozo de cordel, envuelto en la cintura, lo miraba como a un trofeo, presagio de victoria en la azarosa empresa que tenía preparada para la noche.

X

En el huerto, a esa hora, el prolongado crepúsculo de nuestras tardes de verano dejaba caer, lentamente, sobre plantas, árboles y flores, su sedativa melancolía. Un zorzal entre las ramas, silbaba, en notas cadenciosas, la tristeza de las sombras invasoras. Los chirigües, en bandadas, se apiñaban sobre las copas de los árboles, con un bullicio de charla, como si estuvieran contándose las aventuras del día.

Deidamia, sobrecogida por esa música agreste, por ese adiós de los pajarillos a la agonía de la luz, sintió un súbito temor:

— “¿Si no viniese?”

¿Por qué se inquietaba así cuando sabía que, en esa misma noche, otro galán, el apuesto oficial, vendría a hablarle de amor?

En ese instante recibió por primera vez, en lo íntimo de su ser, la caricia del sentimentalismo. Por primera vez, esa incesante sucesión de horas, que mueren al tejer la tela del pasado, tuvo para su alma juvenil una significación melancólica, el peso agobiador de lo irreparable. “Nunca tal vez volvería la voz apasionada del ñato a ofrecerle su amor como un tributo de humilde adoración”.

—“Y eso, ¿qué me importa?”, murmuró, haciendo un esfuerzo para burlarse de los sentimientos de que se iba sintiendo invadida.

Y como si buscase algún medio de afianzar su rebelión contra la flaqueza desconocida de su creciente inquietud, la chica se puso a entonar la primera canción popular que le vino a la memoria:

Me dices que no me quieres
 porque no te hago la corte
 como si sólo el hablar
 uniera los corazones.

Casi con miedo, como si fuese una aparición evocada por su canto, vio de repente aparecer, sobre la barda, la risueña cara del mozo, y oyó su voz que le decía:

—Mira, linda, si no te hubiese encontrado aquí, me habría tirado a tu jardín, cabeza abajo, para que me encontrasen muerto, por tu culpa.

Bien que una violenta oleada de alegría hubiese bañado el alma de la niña al oír la jocosa declaración de su adorador, su costumbre de tratarlo de broma prevaleció sobre su reciente sentimentalismo:

—Tírate, todavía es tiempo; yo iré a llamar a mi tía Manuela para que te recoja.

Ambos se echaron a reír, como si entonasen un himno de dicha al verse reunidos.

—No seas burlona, porque me harás creer que no me compadeces en mi desgracia.

—¿Cuál es tu desgracia? ¿Lo de la estrella?

—La estrella, te juro que no me importa, ahora que tengo la felicidad de verte; pero lo que me importa es que lo de la estrella es una prueba de la guerra que me hacen los de tu familia para separarme de ti.

—¿Qué tienen que ver los de mi familia con que te echaran cortada la estrella?

Las palabras de Díaz le hicieron recordar sus sospechas de que fuese alguno de su casa el autor de lo que había pasado.

—Eso es lo que tú no sabes, linda. Ellos tienen tanto que ver, que fue tu padre el que hizo que el cordel se quemase en la roldana.

—¿Cómo puedes tú saber eso? ¿Quién te ha dicho tal cosa?

—Nadie me lo ha dicho; soy yo que acabo de verlo. Hace un momento, al volver de la calle, me puse con Guillén y Javier a recoger el cordel que quedó tirado por el suelo. ¡Mira, mira! —exclamó, mostrando a la chica una punta del cordel.

Las señales de haberse quemado con el roce de la roldana, escaldada por el frotamiento, eran visibles.

—Aquí tienes la prueba. Tu padre era el encargado de echar el agua durante la comisión. Como nadie lo miraba, dejó la roldana seca. Eso se ve en la muesca que le hizo el cordel. Don Agapito puede dar gracias a Dios de que es tu padre, porque, sin eso, ya habría ido a tirarle de las orejas, para enseñarle a que no sea traidor.

— ¡Ay, por Dios! ¡Qué furia! No me gustan los hombres rabiosos.

Quería disimular Deidamia con esa exclamación el disgusto que le causaba de que fuese su padre el que se había encargado de dar el golpe al ñato en medio de su triunfo.

—Pero ahora —prosiguió Díaz—, en vez de enojarme con tu padre, le agradezco lo que hizo. Sin eso no tendría la felicidad de verte.

—¿Y cómo sabías que yo estaba aquí?

—No lo sabía ni lo esperaba; pero el corazón me decía que viniese, porque si no te encontraba, vería por lo menos algo de ti; vería tu jardincito, las flores que tú cultivas, las plantas que te besan los pies, y les podría decir lo que te quiero, sin que se riesen de mí como tú.

—¡Qué empeño de decirme que me quieres! Hablemos de alguna otra cosa.

Dijo la muchacha esas palabras procurando acompañarlas de su risa burlesca. Pero la risa sonó desabrida, coma vacilante.

—Contigo no puedo hablar de otra cosa —replicó el mocito—, porque es en lo que pienso a toda hora, y menos aún en este momento, en que sé que esta noche vas a ver a tu prometido.

—Mi prometido no me importa; ¡vaya!

—¿Me lo juras?

—No me importa..., ni tú tampoco —agregó, como arrepentida de haber dado esa satisfacción a su galán.

—¡Oh!, ya sé que no te importo —dijo el ñato, con tristeza—. Pero eso no me impedirá quererte, aunque tú no me quieras. Voy a creer que como todos los de tu familia, me aborreces.

La vibración de íntima amargura, que destempló la voz del joven, produjo una extraña sensación a la muchacha.

—¿No estés diciendo disparates! ¿Por qué habría yo de aborrecerte?

—Casi me lo has dicho; poquito te faltó, puesto que dices que yo, que te quiero tanto, no te importo más que el oficialito.

—¿Dale con el oficialito! —exclamó ella, fingiendo enfadarse, y agregó, después con voz imperiosa: ¿No me vuelvas a hablar de él!

—Bueno, pues, no te hablaré más de él ni de mí tampoco.

—Yo no te he dicho eso —replicó ella con viveza.

—Entonces, hablemos como buenos amigos. ¿Cuándo volveré a verte?

—Eso no lo puedo decir; tú sabes que mi tía me está siempre vigilando. Ahora he podido venir porque todos están muy ocupados en preparar la cena para esta noche.

Estas últimas frases habían sido cambiadas en un tono afectuoso. En la explicación dada por Deidamia se sentía el propósito de borrar toda mala impresión del espíritu del muchacho.

—Pero, para hablar como amigos, debíamos estar más cerca. ¿Ah!, si trajeras la silla de don Matías; allá la veo.

—No, por Dios, ¿y si viene mi tía?

—¿Me haría tan feliz si te tuviese cerca de mí!

—No, no, eso no se puede; conténtate con que hablemos así de lejíto.

—Siempre de lejos, ¡qué fastidio! ¿Por qué no quieres estar cerca de mí?

—¿Por qué? Porque te pones muy atrevido.

—Te prometo que seré muy respetuoso; te lo juro.

—Bueno, pues; me lo juras. Si mientes, no te vuelvo a ver más.

El ñato se quedó admirado de la gracia con que corrió Deidamia hacia el rincón favorito de las lecturas de Cortaza, y la gentileza de su cuerpo, a la vuelta, inclinada la cintura por el peso de la silla que cargaba con una mano.

—Que linda te veo así, preciosa.

Se apoderó con un transporte de pasión de las manos de la chica, besándolas repetidas veces.

—¿No ves? ¿Qué te decía yo? Déjame, me quiero ir.

Las mejillas de la muchacha se habían cubierto de grana, pero se defendía flojamente. Hubo entre ellos un instante fugaz de silencio, de languidez, durante el cual Díaz encontró extraña la mirada de Deidamia.

—¿Por qué quieres irte? ¿Qué tiene que te bese las manos?

Ella bajó los ojos; la mirada de fuego del mozo le causaba una inexplicable turbación.

—No, déjame —replicó retirando las manos.

—Antes, en tu casa, me dejabas besarte —murmuró él, con acento de tierna humildad.

—Ahora es distinto, ahora no somos unos chiquillos. Entonces me dejaba besar por broma, por reír; ahora no es lo mismo.

No había vuelto a levantar los ojos. Sus manos, entre las del mozo, tenían un ligero temblor. Díaz, sorprendido, con la embriaguez de sospechar una revelación inesperada.

—Para mí no hay nada distinto —le dijo con voz de profunda emoción—, yo sentía entonces lo que siento ahora a tu lado; siento que te quiero más que a todo en el mundo, y que haría cuanto pudiera, cuanto tú me permitieses, para no separarme jamás de ti.

—No seas loco —le dijo ella, sonriendo, mirándolo fijamente; una mirada de turbación confusa, de palpitante emoción. Veía por primera vez que el ñato tenía bonitos ojos, intensamente apasionados. Encontraba, sólo en ese momento, que en su voz había modulaciones graves que la conmovían. Parecióle también que su frente se alzaba con audacia cautivadora al decir que haría cuanto pudiera para no separarse de ella jamás.

—No seas loco —le replicó, sonriendo por ocultar su turbación. Ella misma se encontraba extraña. Una inexplicable timidez la invadía al sentirse bajo la dominación de esos ojos, de ver al adolescente transformado por su imaginación en un ser distinto, que podía obligarla a una confesión del nuevo estado de su alma.

Retirando por un movimiento brusco sus manos de las del mozo, saltó de repente a tierra.

—¡Ay, por Dios!, creo que vienen de la casa.

Un pretexto inventado para sustraerse de la influencia avasalladora que sentía cerca de sí; algo como el esfuerzo que hace un durmiente por despertar a la realidad de la vida, huyendo de un sueño opresor.

—No, no viene nadie; tú inventas eso por alejarte de mí —dijo el mozo, desconcertado.

—No creas eso: tengo miedo de que nos sorprendan —contestó ella, ruborizada, como si hablase de una complicidad mortificante.

Desesperado de ver desvanecerse su sueño de felicidad, el ñato exclamó, con calor:

—¿Quieres darme una prueba de que no te disgusta estar conmigo?

—No quiero darte prueba ninguna. Créeme, si quieres —contestó ella, sin encontrar la fuerza de reírse del mozo como antes.

—Es muy sencillo lo que voy a pedirte —insistió él, exigente—. Tú vas a cenar esta noche con el oficialito: dame una prueba de que no lo quieres. Sal un momento del comedor y ven por un minuto al patio; yo te esperaré ahí. Sólo de verte un instante me convenceré de que me prefieres a mí.

Esta vez Deidamia creyó que el muchacho divagaba.

—¡Jamás haría eso! ¿Quieres perderme? ¡Qué disparate!

—No quiero perderte. ¿Cómo podría querer algo contra ti?

—¿Qué otra cosa sucedería si yo cometiese la locura que me pides hacer?

—Nos encontrarían juntos, y yo diría que quiero casarme contigo.

Deidamia le respondió con una franca carcajada:

—¡Casarte conmigo, un chiquillo como tú! ¡que apenas tiene dos años más que yo!

—Muchos se casan de mi edad, luego voy a tener veinte años.

— ¡Vean que hombre tan maduro! Mi tía Manuela te haría encerrar junto con el loco.

Luego, dejando el tono de broma:

—¡Déjame irme; mi tía no tardará en aparecer!

—¿Entonces no vendrás al patio, un minuto? ¿Por qué me niegas esa felicidad?

—Y aunque yo fuese al patio, ¿qué sacarías tú con eso, si a esas horas la puerta de calle está cerrada y tú no podrías entrar?

—Te prometo que entraría; yo sé que podré entrar. Lo juro.

Díaz era sincero al hablar así. Una inspiración de enamorado, que nada arredra por multiplicar las ocasiones de encontrarse con su amada. Contando con poder entrar al patio para sacar de su prisión a Don Julián Estero, su espíritu le sugirió esa idea de ver por un instante a Deidamia, antes de abrir la puerta del cuarto del zaguán. ¿A qué prueba de amor más elocuente podría entonces aspirar, si la chica corriese el riesgo de salir a encontrarse con él, estando rodeada de toda la familia?

Puso el ñato tal vehemencia en lo que decía, que conociendo su audacia, la chica creyó en la verdad de su afirmación: “algo que había tramado y que podría perderla si ella se dejaba tentar”.

—Bueno, pues; mejor para ti si puedes entrar, pero no creas que yo soy capaz de salir del comedor; eso no lo haría por nada.

—Porque no te importa que yo sea desgraciado —dijo él, en tono de reproche.

La muchacha volvió de un salto a la silla, y tomándole las manos:

—¡Sí me importa!, ¡sí me importa!; pero no me pidas que haga locuras. Ten paciencia y confía en mí. Adiós, hasta mañana; ven aquí y hablaremos. No creas que yo le haga ningún caso a Emilio. Vaya, ¿estás contento?

Su voz no tenía el tono de franca serenidad de sus conversaciones anteriores. Todo fue dicho con precipitación, como si estuviese violenta por irse, por ocultar la emoción que la dominaba.

—Adiós, adiós —volvió a exclamar, echando a correr hacia la puerta, sin querer oír las palabras con que el ñato, abismado de tanta dicha, trató de detenerla.

Deidamia, al volver de la huerta, encontró a su madre y a su tía completando, con minuciosa prolijidad, los aprestos de la cena. La obra de dos días de trabajo se hallaba dispuesta sobre la mesa con exagerada profusión. Doña Manuela y su hermana, preciándose de ser las más hacendosas entre las dueñas de casa de Santiago, se habrían creído deshonradas si no hubiesen presentado a sus huéspedes, en cantidad exagerada, la gran variedad de postres que no podían faltar sobre una mesa bien servida, en aquel tiempo de robusto apetito y de más sólidos estómagos que los de las presentes generaciones.

Del otro lado, en la casa grande, las complicaciones de la situación creada por los proyectos del ñato Díaz envolvían como una red de cuerdas inflexibles a los dos chicuelos de don Guillen. De vuelta de la calle, cuando los espectadores de la comisión se habían retirado, el joven se

presentó a sus amiguitos trayéndoles, como un trofeo de la desgraciada batalla, el largo trozo de cordel que había podido arrebatarse a la chusma popular en la encarnizada chañadura. Guillén y Javier vibraron de indignación cuando el mozo les hubo explicado, mostrándoles el cordel y la muesca que su roce había hecho en la roldana, la perfidia de don Agapito. De esa revelación, que tomaba a los ojos de los niños las proporciones de una maldad imperdonable, Díaz sacó poderosos argumentos para afianzar en el espíritu de los chicos la promesa que le habían hecho en secundarlo en su empresa para ganar a tata Apito la valiosa apuesta en que ellos estaban también interesados. En su entusiasmo, los niños declaraban no sólo legítimo el ardid que iba a emplear el ñato para burlar a su adversario, sino que sería un justo castigo por la traición con que don Agapito había convertido en triste derrota la gloriosa victoria de la estrella. De este modo, el ñato, al retirarse, podía contar como segura la inocente cooperación de sus dos amiguitos.

XI

Para los infantiles conspiradores había llegado la hora crítica. El ruido de los pasos en el patio se perdió tras la puerta del corredor. Sin mirarse entre ellos, por no ver pintado el temor en sus rostros, los niños esperaron que pasasen algunos instantes. “Alguien podría salir al patio antes de que principiara la cena”. Pero luego cobraron ánimo, y, andando en puntillas, atravesaron dos piezas y llegaron al patio.

—Eso se llama ser muchachos valientes —les dijo, en voz apenas perceptible, acariciándoles cariñosamente la cabeza.

—¿Trajiste el hilo que vas a cambiar? —preguntó Javier.

—Aquí lo tengo —contestó Díaz, mostrándoles una cañuela preparada.

Persiguiendo Guillén su idea de conciliar la verdad de lo que había dicho a la mamá, con la promesa ya cumplida al ñato, dijo en voz baja:

—Ahora vamos a asomarnos a ver a Emilio Cardonel.

—¿Está ahí ya? —preguntó Díaz.

—Nosotros lo vimos entrar —respondieron los chicos

—No, no vayan —objetó Díaz—, porque si los ven, o si ustedes hacen el menor ruido, yo no podré ir a cambiar el hilo.

—Mejor es que nos vayamos a acostar —opinó Javier, que ansiaba verse en seguridad, después del arriesgado paso que acababan de dar.

Los chicuelos se deslizaron en silencio y desaparecieron tras la puerta por la que habían salido. Al pasar cerca del cuarto escritorio oyeron la voz de su madre reprendiendo a Pinche y a Corina, que habían vuelto a gruñir en el instante en que Díaz y los niños entraban del zaguán al patio.

Encontrándose solo en la oscuridad, Díaz sintió la inquietud que debe experimentar uno de los sitiadores de una plaza fuerte al penetrar en ella mediante la connivencia de alguien del interior. Muchas veces había imaginado encontrarse en la situación en que se veía a esa hora.

Abrir inmediatamente la puerta al prisionero había sido siempre su pensamiento invariable. Mas, en ese instante, el recuerdo de lo que había pedido a Deidamia cruzó su imaginación como una luz repentina.

“¿Vendría ella a buscarlo, a pesar de la negativa con que había recibido su proposición? La duda lo detuvo algunos segundos, indeciso. La idea de ver aparecer a la chica, de estrecharla con frenesí entre sus brazos, de decirle su pasión en el turbador misterio de ese instante, produjo un repentino desvanecimiento en su cerebro. Sentía latirle el corazón como el golpe sordo de martillo en algún subterrá-

neo. Mas pronto desechó su vacilación. “Seguir esperando era comprometer locamente el éxito de su tentativa”.

Acercóse, entonces, a la puerta del calabozo y, con estudiada precaución, torció la llave en la cerradura. Evitando hacer ruido, abrió con viva emoción la puerta. Dos brazos que temblaban le rodearon el cuello; una voz sofocada le murmuró al oído.

—¡Oh!, ¡mi salvador! ¡Mi ángel tutelar! Dios te bendiga.

Un enternecimiento inmenso resonaba en esas palabras entrecortadas y casi sollozantes.

Juntamente con el abrazo sintió Díaz que el cuerpo del que hablaba se apoyó con pesada presión contra el suyo, como si desfalleciese.

— ¡Vamos, don Julián, valor! No hay que desmayarse, o estamos perdidos.

— ¡Ya se pasó, ya se pasó, amigo! ¿Qué quiere, pues? El gusto de verme libre casi me mata.

A pesar de su entereza natural y el vigor juvenil de sus nervios, el mozo se sintió conmovido. Mas, al momento supo dominar su sensibilidad.

—Tome, don Julián, póngase este poncho y esta chupalla y vámonos andando ligerito.

Había traído esas prendas para que don Julián pudiese andar en la calle sin llamar la atención de los serenos o de los transeúntes que encontrasen.

Don Julián se puso la manta. Al pasarle el viejo sombrero de pita, al que dio el nombre popular de chupalla, agregó Carlos Díaz.

—Viejita está, pues, pero así no lo tomarán por un caballero sino por un roto cualquiera.

El ñato recordaba su genial alegría al ver ya libre a su protegido.

—Vamos, pues, vamos andando —añadió, al ver que aquel antiguo capitán no se movía.

—Amigo, perdóneme si no le obedezco inmediatamente —dijo don Julián—; pero no puedo irme antes de dar gracias a Dios, ahí, de rodillas, en medio del patio de esta casa que es mía y sin haberme asomado siquiera al que fue mi cuarto hasta el día en que me encerraron.

Díaz oyó atónito esas palabras, mientras veía irradiar una extraña luz de los ojos del que hablaba. El propósito de don Julián ponía en tremendo peligro el éxito de su empresa, en la que se creía ya victorioso.

—¡Esa es una temeridad, don Julián! —exclamó con vehemencia—. Si lo ven, todo está perdido, y volverán a encerrarlo para toda la vida.

Estero no pareció impresionarse por el calor con que Díaz, dominando su voz, le había murmurado esas palabras al oído.

—¡Encerrarme! ¿Qué está pensando? Yo me he jurado, amigo, que no habrá poder humano que pueda volver a encerrarme, mientras tenga un soplo de vida. Ojalá me hubiese usted traído un puñal, o algo para defenderme; pero yo sabré defenderme con mis puños a falta de arma. Sépase que tengo encerrado, aquí en el pecho, bastante odio contra mis verdugos para que me sobre la fuerza de ahorcar al que se atreva a acercárseme.

La exaltación con que hablaba produjo en el mocito un amargo desconsuelo. “¡Si realmente estará loco!”, pensó, arrepentido casi de lo que había hecho.

Al través del velo que la oscuridad tendía entre él y don Julián, volvió a ver en los ojos del capitán un extraño fulgor, que jamás había encontrado en otros ojos. Para calmarlo, le pareció que lo más acertado sería no manifestar oposición al intempestivo capricho en que fundaba su negativa a salir de la casa.

—Yo comprendo que usted quiera dar gracias a Dios; hágalo ligerito, pero no vaya a asomarse a la casa, don Ju-

lián. A la hora de ésta, yo sé que están todos cenando. Si sienten el menor ruido, o si pasa la criada por ahí y lo ve a usted, ¡figúrese qué bulla! ¿Y para eso habré trabajado yo por sacarlo de su calabozo? No, don Julián; no vaya: lo primero es ponerse en salvo; ¿no ve? Después se las hará pagar caro a todos.

Éstero tuvo un movimiento afirmativo, ante la idea de la venganza anunciada en su lenguaje popular por el mozo; pero no se rindió a sus observaciones.

—No tenga miedo, nadie me verá; yo conozco todos los rincones de esta casa que me quieren robar. Pierda cuidado. Yo soy el que tengo mayor interés en que no me vean ni me sientan, ¿no es así?; pero por nada me iré sin asomarme al que era mi cuarto. Ahí dejé una Virgen, a la que he pedido durante mi cautiverio que me hiciese el milagro de darme la libertad. ¡Y el milagro está hecho! La Virgen le dio a usted valor y la habilidad para sacarme de mis cadenas, ¡y usted quiere que no vaya a divisarla! ¿Que no vaya a hincarme a sus pies, aunque sea por medio minuto? ¡Ah!, no amigo, ¡no puedo irme así no más como un ingrato!

Abismado de sorpresa y de espanto, Díaz no se atrevió a insistir. La voz de su protegido acusaba una voluntad indomable. El triste pensamiento de que había dado libertad a un loco se convertía para él en una tremenda certidumbre.

Tomando un acento afectuoso, el capitán añadió.

—Vea, amigo; vaya a esperarme en la puerta de calle. En menos de un minuto me tendrá de vuelta y entonces me llevará usted donde quiera; le obedeceré como un perro; pero no vuelva a decirme que no vaya.

—Bueno, pues, iré a esperarlo; pero cuento con su promesa.

Éstero se apoderó de las manos del joven. Díaz sintió caer sobre ellas una gota tibia, juntamente con la presión

de los labios del excapitán. Cuando éste alzó la cabeza, el ñato pudo ver en sus ojos el brillo apagado de sus lágrimas.

—Gracias, amigo; después le obedeceré como un esclavo.

Separándose como si se despidieran: dos sombras misteriosas que se apartaban entre tinieblas, andando a hurtadillas. El mozo sentía un trastorno violento en su mente. Por primera vez, el frío de un arrepentimiento súbito bajaba sobre el alma, con la pesada desazón de las faltas irremediables.

XII

Doña Manuela que hasta entonces había abrigado la esperanza de ver entrar al comandante Quintaverte, se decidió a empezar la cena.

—Vamos a cenar —dijo, sin dirigirse a nadie particularmente.

Los demás la siguieron. Don Agapito se quedó atrás, esperando que Emilio se quitase la espada. En seguida condujo al joven a una silla, que había reservado expresamente al lado de Deidamia.

—¿Con qué ansias esperaba este momento! —dijo el mozo a la chica en voz baja, al sentarse, tratando de que sus ojos fulgurasen con rayos incendiarios la impaciencia del enamorado.

—Si está tan ansioso, coma, pues; para eso nos hemos sentado aquí —le sonrió con picaresco acento la muchacha.

—¡Ay!, Deidamia, no sea mala; usted sabe de qué ansia he querido hablarle: ansia de verla a usted.

—Bueno, pues, aquí me tiene —contestó ella, indiferente.

Ese diálogo se perdía entre las voces de las ofertas y aceptaciones de guisos. Sinforosa no se conformaba con que el oficial no hubiese principiado por extasiarse ante el esplendor de la mesa.

—Mire, Emilio —le dijo, viendo que el mozo no se ocupaba sino de la chica—, la bucólica no andaría muy bien por allá en la campaña.

—Así es, pues —contestó el oficial. Y luego, queriendo manifestarse galante con las dueñas de casa, añadió, afectando decir una fineza—: Pero aquí hay harto con que sacar el vientre de mal año.

—Favor que usted me hace —replicó Sinforosa, fingiendo modestia y cruzándose sobre el seno el pañuelo de espumilla, que amenazaba hacer revelaciones indiscretas.

Don Agapito, entretanto, quería evitar que desmayase el interés de los circunstantes por la relación de la campaña, en la que cabía parte tan conspicua al huésped de la noche.

—Pero en la de Yungay, Emilio, ¡eso sí que fue bueno!; ¡ahí sí que ustedes hicieron sonar a los cholos!

Indignada con la intervención de su marido, Sinforosa lo apostrofó de un lado a otro de la mesa:

—Déjalo comer, hijo; después hablarán de cañonazos y de fuego cruzado.

Acompañó la esposa de Linares con una franca cargada esta frase, para indicar que en su concepto era muy graciosa y oportuna.

—Así es, misiá Sinforosa, hay tiempo para todo —exclamó el oficial, entre el ruido de la risa general.

Don Agapito se apresuró, picado, a replicar:

—No le haga caso, Emilio, a mi mujer; ésta azareada porque no le alaban las gelatinas y los dulces que han hecho con la Manuelita para festejarlo a usted.

Nuevas risas, de las que sólo las de don Agapito y de su mujer eran francas y sinceras.

—Estoy seguro de que ni las monjas harían tan buenas cosas —dijo el oficial, saludando a las dos señoras.

La risa de doña Manuela no tenía otro objeto que disimular el enfado con que veía transcurrir el tiempo sin que llegase el comandante.

A su vez, don Matías aparentaba tomar parte en la alegría de los otros, por calmar la punzante inquietud de que se hallaba sobrecogido desde que Emilio había dicho que Quintaverde vendría más tarde. La neurastenia le crispaba los nervios, exagerando los fantasmas de su espíritu. Su risa había sido, descompasada; una mezcla de miedo de ver aparecer al hombre odiado, y la vengativa satisfacción, al mismo tiempo, de leer en el rostro de su mujer la sorda tortura que en ese instante le oprimía el corazón.

Mas, Deidamia no había tornado parte en el coro de regocijo con que principiaba la cena. Una obsesión la dominaba. Díaz le había pedido que saliese al patio un momento durante la cena. El ñato le había dado pruebas tantas veces de su audacia y de su ingenio antes de que su tía Manuela le hubiese cerrado las puertas de la casa, que la chica creía firmemente que a esa hora debía estar esperándola, expuesto a que lo sorprendieran, por encontrarse con ella unos cuantos minutos.

Esa convicción era para ella una prueba de amor que la ponía orgullosa. La proposición del mozo tenía el atractivo fascinador del misterio y del peligro y hacía mecerse el alma de Deidamia en pleno romanticismo. La obsesión la atraía al patio. Hipnotizada por una fuerza superior,

figurábase sentir cerca de ella la respiración del joven, pensaba, zumbándole los oídos, con estremecimientos desordenados del corazón, en el abrazo que le daría en la oscuridad, en el beso furtivo, correspondido con pasión por ella, en el ardiente juramento de amor que la enlazaría para siempre a aquel muchacho, en quien pocos días antes no veía sino un alegre compañero.

Como si obedeciese a una sugestión extraña, trató entonces de levantarse. “La conversación estaba bastante animada, se decía, para poder salir del comedor sin que nadie se fijase en ella”.

Con la resolución del fatalismo, que impulsa a las acciones temerarias, pálida de emoción, trató nuevamente de levantarse, ¿Quién se podría figurar a lo que salía? Mientras esa ráfaga de exaltación pasaba como un viento de fuego por el alma de Deidamia, el loco había entrado a tientas en el cuarto ocupado por su hermana mayor, su propio dormitorio hasta el día de su encierro. Don Julián conocía la pieza palmo a palmo. Por el tacto fue precipitadamente dándose cuenta de que sus muebles ocupaban el mismo sitio en que los había visto por última vez. Sus manos recorrieron con un respeto enternecido el marco de una imagen quiteña de la Virgen del Carmen, obra del maestro Salas, a la que había dirigido desde la niñez todas sus plegarias en las tribulaciones de su vida. Esa devoción había sido el sostén de su alma durante los largos días de cautiverio. La imagen estaba allí. Con los dedos, suavemente aplicados sobre la tela, pudo darse cuenta de los detalles familiares de la pintura. En la oscuridad de la estancia y en la confusión fantástica de sus ideas, aquello de encontrarse al pie de su protectora celestial tomó en su espíritu la realidad de un milagro. Abismado de humilde gratitud, cayó de rodillas, en una reverente acción de gracias. Sentía arrullada el alma por un soplo de paz indefinible. Pero esa

sensación no borró de su mente la promesa que acababa de hacer a su libertador. Apresurado, púsose de pie y salió del dormitorio. Al encontrarse a la entrada del pasadizo, las voces y las risas de los que cenaban llegaron distintamente a sus oídos. Operóse entonces una violenta conmoción en su cerebro. La atmósfera de paz que le circundó el alma durante la corta plegaria parecióle ahora abrasada por las llamas de un voraz incendio. En su oscuro pensamiento brillaron de nuevo los resplandores del odio, que acababa de sentir milagrosamente apagado por la intercesión de la Virgen. La antigua violencia, que más de dos años de sufrimiento no habían bastado a dominar, le inundó de hirviente sangre el cerebro.

Ya no pensó en la promesa hecha a Díaz ni en el riesgo de ser descubierto. Todas sus facultades parecíanle concentradas en el punto de donde salía el ruido de conversaciones y de risas. Sin percibir distintamente las voces, ese ruido se le figuró un coro de sarcasmos y de burlas en aquella fiesta, celebrada a sus expensas. Ofuscado por la cólera, deslizóse del pasadizo a la sala de recibo. Agachándose para no ser visto al través de la vidriera del tabique. Conservaba en su agitación el instinto cauteloso de los hombres acostumbrados a la guerra. Las luces colocadas en la mesa de centro de la pieza le hicieron reconocer los muebles en la misma disposición en que los había dejado. La inmovilidad de las cosas materiales le trajo de súbito al pensamiento, con viveza que cobran las sensaciones en algunos sueños, la imagen de su existencia de otros días, cortada como por una muerte repentina por la voluntad de su hermana.

Al pasear en torno maquinalmente la vista, en una mirada que tuvo apenas la duración de un relámpago, sus ojos divisaron la espada que el capitán Cardonel había dejado sobre una silla, antes de entrar al comedor. Instintivamente, Estero se apoderó de esa arma y la desenvainó con

el ademán marcial de sus mejores tiempos. Desdeñando ya ocultarse, incorporóse con arrogancia y se puso de pie en medio de la puerta entre la sala y el comedor.

Era precisamente el momento en que Deidamia, cediendo al hipnotismo que dominaba su voluntad, se ponía de pie, resuelta a salir al primer patio.

Antes que hubiese dado un paso, un grito agudo resonó detrás de ella, dejándola sin movimiento. El grito fue lanzado por ña Gervasia. Al entrar al comedor con una fuente, la criada había visto, la primera, a don Julián, como siniestra aparición de los cuentos de duendes.

Entre los que cenaban, un pánico instantáneo puso lívidos todos los semblantes. Mirando al loco con espanto, nadie se atrevió a hablar. Pasado el primer momento de estupor, doña Manuela recobró en parte la serenidad de su innata energía. Sus ojos y los de su víctima se encontraron con la chispeante fulguración de dos espadas que chocan. Ella tuvo el valor de hablar, la primera:

—¿Cómo que te encuentras tú aquí? ¿Qué buscas?

La arrogante señora se había esforzado por dar a su voz una entonación de altanera superioridad.

Las facciones de don Julián se cubrieron de vivo encarnado; sus ojos tuvieron el destello sombrío de los del león que desafía a su domador, y su voz resonó gutural, exasperada:

—¡Ah!, ¿qué busco? A ti, malvada, te busco...

Y al mismo tiempo que pronunciaba con furia esa respuesta, lanzóse sobre su hermana y le asestó un tremendo golpe con la espada sobre la cabeza.

—Toma, toma —vociferó al dar el golpe—, eso es lo que mereces.

Doña Manuela, con alarido de dolor y de espanto, cayó sin sentido sobre su silla, de la que se había levantado con aire de reto, pensando amedrentar a su hermano.

Un reguero de sangre le inundó el cuello. En el momento fugaz del rápido incidente, ninguno de los que se sentaban a la mesa tuvo tiempo de moverse. La sorpresa y el terror los paralizaron. El instinto de la propia conservación los replegó sobre sí mismos, haciéndose pequeñitos, como el que se figura desviar de sí, encogiéndose, el rayo que debe seguir al relámpago. Don Agapito, maquinalmente, se deslizó de su silla bajo la mesa, ña Gervasia, tras su grito, había salido a carrera del comedor, llamando a su hijo en su protección. Los demás, el rostro exangüe de espanto, miraban paralizados al loco.

Tras el furioso golpe de filo descargado sobre doña Manuela, el loco paseó una mirada de provocación y de triunfo alrededor de la mesa.

—Si alguien se atreve a seguirme —vociferó con acento de amenaza, —tendrá la misma suerte.

En el silencio pavoroso, la voz resonó fatídica y destemplada: una voz de hombre inconsciente, llegado al paroxismo de su furiosa excitación, sin que nadie se atreviera todavía a moverse. Don Julián salió de la sala, provocador; atravesó el patio con precipitada marcha y llegó a caer en los brazos de Carlos Díaz, como si las fuerzas le faltasen

—Sujéteme, amigo. ¡Las piernas me flaquean! ¡Tanto tiempo sin andar!, ¡que quiere!

El ñato sacó un pequeño frasco del bolsillo y, quitándole la tapa, puso el gollete en los labios de don Julián.

—Eche un trago de anisado, don Julián, eso le dará fuerzas.

En sus meditaciones sobre la fuga que preparaba, Díaz había previsto que su protegido tendría, probablemente, necesidad de un cordial, para estimular su vigor debilitado por su larga inmovilidad y por la falta de aire libre.

Mientras bebía don Julián, el ñato vio en su mano el arma con que acababa de herir a doña Manuela.

—¿Y esa espada?

Éstero, repuesto ya por el aguardiente:

—Es la del oficial, después le contaré; vamos andando —contestó entre dientes.

Figurábase que los del comedor, recobrando el ánimo que les había faltado, iban a salir al patio; Díaz, no menos impaciente, pasó su brazo bajo el brazo de don Julián.

—Eso es, vamos andando; afirmese bien de mí; pero deje esa espada, don Julián, eso es un estorbo, y si alguien nos encuentra en la calle, creará que andamos armados y que somos gente sospechosa.

—¿Y si nos persiguen? ¿Con qué quiere que nos defendamos?

—Con los puños, y así no haremos averías, mientras que con la espada podríamos herir a alguien—. Y azorado agregó—: Ligero, paso redoblando antes que vengán a tomarnos.

Al hablar así el ñato arrastraba a don Julián fuera de la casa.

La trágica escena del comedor no había durado más de algunos minutos. Instantáneamente, a la salida del loco todos parecieron despertar del estupor con que el pánico los había anonadado y se precipitaron en auxilio de doña Manuela.

XIII

Estero quería aprovechar aquellos momentos para poder estimar con certeza los móviles que habían impulsado al joven a comprometerse en la peligrosa aventura de sacarlo de su prisión. Un simple resentimiento de muchacho no le parecía suficiente para explicar la conducta de Díaz.

La inmensa gratitud de que se sentía penetrado hacia él respondió a la última, sonriéndose:

—Vea, don Julián, a mí no me gusta mentir. Doña Manuela me echó de la casa porque vio que yo le estaba enamorando a la sobrina.

—¿A Deidamia?

—Si, pues; a Deidamia.

—¿Y usted está enamorado de ella?

—Muy enamorado; ya ve que le respondo como si usted fuese mi confesor.

—Y hace bien, porque si yo le hago estas preguntas es por mera curiosidad; es porque quisiera que ahora en adelante nada de lo que le interesa a usted sea extraño para mí. Voy a quererle a usted como a un hijo.

—Cuidado, don Julián; mire que tendrá usted un hijo muy travieso.

—Así deben ser los muchachos, con tal de no hacer nada malo.

—Todos somos pecadores —exclamó el ñato, muy contento del giro que tomaba la conversación.

Ocurriósele entonces que don Julián podría ser más tarde protector de sus amores, y llevó francamente la conversación al terreno de las confidencias.

—Entonces, don Julián, ¿a usted no le parece mal que yo esté enamorado de su sobrina?

—Después del gran servicio que usted me ha hecho, sería una ingratitud que no me alegrase de ello.

—En ese caso, usted será mi abogado, para que doña Manuela no me haga la guerra.

Don Julián respondió con tristeza:

—¿Qué sabemos lo que irá a suceder! Muy difícil me parece que mi hermana y yo seamos jamás amigos—. Y agregó con aire sombrío: —Ni ella ni yo sabemos perdonar.

Llegaban a casa de don Miguel Topín.

—Esta es la puerta —dijo el joven, deteniéndose—; voy a golpear, y cuando nos abran, entraremos los dos al patio. Usted me esperara ahí; yo iré a hablar con don Miguel. El criado que respondió al llamamiento de Díaz la reconoció al abrir la puerta.

—Este caballero es un amigo de don Miguel —dijo el joven al sirviente; —llega del campo y quiere hablar con el ahora mismo.

—Le voy a avisar al patrón, don Carlitos.

—Yo iré con usted y dejaremos a este caballero que espere aquí un ratito.

Don Miguel y doña Rosa estaban todavía en pie cenando con algunos fiambres y un plato de aceitunas.

El criado entró en la pieza seguido de Carlos Díaz.

—Don Carlitos, señor, que quiere hablar con su merced.

La súbita extrañeza que se pintó en el rostro de los cónyuges acusaba un violento sobresalto en la existencia igual y metódica de estos dos seres ajenos a las agitaciones mundanas. La visita del ñato Díaz a esas horas de la noche era un acontecimiento con proporciones de un misterio amenazador.

Doña Rosa permanecía inmóvil. Su atemorizada vista no se apartaba del rostro de Díaz, temiendo vislumbrar en el mozo un aire de chanza. Notando que don Miguel no estaba menos alarmado que ella, quiso serenarlo, dándole una prueba de perspicacia.

—Mira, Miguel, ésta es alguna travesura de quiere jugarnos el ñato.

Don Miguel miró al joven con una sonrisa forzada.

—¿Cierta hombre?

—No, señor, no es travesura; vengo a pedirle un servicio.

—¿Un servicio a estas horas? ¡Qué está hablando, hombre!

—Sí, un servicio, pero no es para mí; es para una persona que no puede esperar.

En esta contestación la voz y la fisonomía del ñato se habían vuelto duras. Juzgaba que el miedo visible pintado en el rostro de los tímidos esposos no era razón bastante para que lo sometiesen a un interrogatorio sin haberlo saludado ni ofrecídole asiento.

Doña Rosa notó el cambio del visitante y quiso manifestarse agradable:

—Siéntese, Carlos; ¿no quiere tomar alguna cosa? —le dijo.

—Después veremos, cuando haya hablado con don Miguel —dijo el joven, sentándose—; no digo que no todavía —agregó, coma chanceándose; —las aceitunas deben estar de lo rico.

—Son del olivar de Ovalle; me las mandaron de regalo.

Los esposos arrojaron una mirada cariñosa a la bandeja de comestibles.

—Si quiere, cenaremos primero —dijo Topín, imitando la amabilidad de su mujer.

—No, señor; ante todo hablaremos de mi asunto.

Con pocos preámbulos hizo de la fuga de don Julián, sin dar grandes pormenores sobre los preparativos de la aventura y guardándose de hacer la menor insinuación a la trágica escena del comedor.

—¿Nadie sospechó que don Julián se arrancaba? —preguntó don Miguel.

—No sé; en todo caso nadie nos siguió.

—¿Entonces no es loco? —pregunta doña Rosa.

—Ni nunca lo ha sido —aseguró el ñato, con decisión.

Don Miguel se figuró que, multiplicando las preguntas acabaría por hacer que el joven olvidase el servicio que venía a pedirle.

—Y al salir de la casa, ¿dónde lo llevó?

Pero esa pregunta fue precisamente lo que aprovechó Díaz para hablar del objeto de su visita. Con gran naturalidad y perfecto aplomo dijo:

—Primero a casa para que se mudase de ropa, y después me vine aquí con él, ahí está en el patio esperando.

Don Miguel y doña Rosa, sin levantarse, espantados, remecieron su gordura sobre las sillas que ocupaban, como si oyesen el estampido de un cañonazo dentro de la pieza.

—¿Hombre, qué está hablando, por Dios! —exclamó Topín, poniéndose lívido.

—No es cierto, Miguel; no le creas. El ñato viene a jugarnos alguna pegata —exclamó la señora.

—¿No me cree, doña Rosa? Aguárdese no más un poquito.

Atónitos, los esposos vieron al mozo dejar su asiento y dirigirse a la puerta de la pieza, repitiéndoles:

—Van a ver si es cierto.

Pero en vez de sentirse aterrados por el movimiento y por las palabras de Díaz, los Topín sintieron una vaga emoción de curiosidad. Les parecía tan imposible aquello de la presencia del loco en el patio, que ambos creyeron realmente que el joven quería burlarse de ellos.

Así fue que, sin conmoverse, le oyeron decir desde la puerta y hablando hacia el patio.

—¿Venga, don Julián, venga no más, aquí lo esperan!

Al proceder de esta suerte, el mozo obedecía al espontáneo impulso de su juvenil irreflexión.

Sin haberse trazado un plan para obtener la buena acogida de su protegido, una inspiración de su genial osadía le hizo precipitar el desenlace de la dificultad, contando con el tímido carácter de los dueños de casa.

Por dos veces repitió Díaz su llamado al que esperaba en el patio.

—¿Venga, don Julián, aquí lo esperan!

Los esposos permanecían incrédulos.

Mas, al ver surgir de la oscuridad y mostrarse a la luz de las velas que iluminaban la estancia la cara demacrada, pálida y barbuda de Estero, don Miguel y doña Rosa recularon palideciendo. Ni él ni ella acertaron a proferir una sola palabra. El ñato se aprovechó de su estupor para sacar partido de la situación.

—Entre, don Julián —dijo alentando con la voz y con el ademán a su protegido—; aquí encuentra al señor don Mi-

guel y misía Rosita, que tienen mucho gusto de recibirlo—
Y agregó risueño: —¿No le decía yo? ¡Si son tan buenos!

Dirigiéndose entonces a los dueños de la casa, aturridos con tan extraña situación, repuso:

—Vean, pues ¡quién no se compadecería del pobre don Julián! Yo estaba seguro del buen corazón de don Miguel y de misía Rosita.

La actitud del fugitivo era profundamente lamentable. Habíase quedado en la puerta sin atreverse a entrar. Con sus largos cabellos y su barba enmarañada, con el profundo mirar de sus ojos perdidos en las órbitas como luces lejanas, aquel náufrago de la vida parecía implorar, en medio de terrible incertidumbre, la confirmación, de parte de los dueños de casa, de las palabras del joven.

Hubo un instante de angustiosa duda para don Julián y su protector. Los dueños de casa callaban consternados.

El ñato pensó que sin un golpe de audacia todo podía perderse. “Yo les he de forzar la mano a estos dos gordos miedosos”, se dijo, decidido a quitarles hasta la posibilidad de una negativa:

—Hábleles, don Julián, para que vean que usted no es loco —dijo a Estero— y que les ha de agradecer el buen corazón con que le reciben.

El fugitivo dio algunos pasos, entrando a la pieza.

—¿Es cierto que ustedes se compadecen de mí? —preguntó con voz suplicante a los dueños de casa— benditos sean entonces, porque me harán reconciliarme con mis semejantes.

Los esposos parecieron conmovidos por un intenso sentimiento de compasión.

—Siéntese, señor —le dijo, emocionada, doña Rosa.

Don Miguel, al mismo tiempo, se levantó casi con agilidad y pasó una silla a don Julián.

—Aquí tiene un asiento —le dijo, con obsequiosidad.

Ufano del éxito de su tentativa, Díaz, levantó la voz con franca alegría:

—¿No ve, don Julián, qué le decía yo? ¿Cómo le habían de negar asilo siquiera por esta noche?

—Yo agradezco en el alma al señor don Miguel y a la señora. Espero que sólo sea por esta noche y mañana solamente que los molestaré con mi presencia.

La sinceridad de la voz y la discreción de la frase aumentaron la confianza de doña Rosa.

—No es molestia, señor —dijo con voz amable.

Don Miguel hizo eco:

—Por supuesto, no es molestia.

El ñato se aprovechó de la forzada benevolencia de los dueños de la casa para dejar claramente establecida la situación y asegurarles que ni Estero ni él abusarían de su hospitalidad.

—Yo traje aquí a don Julián —explicó— porque sabía que usted, don Miguel, es un caballero y que misía Rosita es la bondad misma. Con tal de que ustedes lo alojen ahora, yo les prometo que mañana en la noche vendré a buscarlo y así no tendrán nada que sufrir por su caridad.

—Oh, sí, lo haremos con mucho gusto —dijeron a un tiempo los Topín.

Pero, en el fondo, ambos se sentían anonadados. Negarse, les parecía ocasionado a irritar la locura del intempestivo huésped. Instintivamente trataban de aproximar sus sillas para protegerse si don Julián llegase a dar señales de perder repentinamente el juicio. Poco a poco, sin embargo, el ñato consiguió tranquilizarlos. Hablaba por sí y por Estero, haciéndolo intervenir en la conversación cada vez que veía la oportunidad de que dijese algo que probara la completa posesión de sus facultades.

Con la serenidad, los esposos sintieron el despertar de su formidable apetito. Sus miradas frecuentes a la bandeja se consultaron y entendieron.

—Señor don Julián, le vamos a ofrecer alguna cosa — dijo don Miguel.

—Acepte, don Julián —díjole, alentándolo, Díaz.

Aquel acto de cordialidad estableció entre ellos la confianza. Los dueños de la casa dieron el ejemplo, y los huéspedes los imitaron, aunque con menos entusiasmo. Díaz explicaba al mismo tiempo lo que en el camino habían acordado con Estero.

El iría aquella misma noche en busca de Onofre Tapia, el antiguo asistente de don Julián, y lo instruiría de lo ocurrido, pidiéndole que viniese en el día a ponerse de acuerdo con él para llevarlo a un lugar seguro, hasta ver la marcha que seguirían los acontecimientos.

Pidieron entonces con qué escribir, y Estero trazó, con trémula mano, las líneas siguientes:

“Asistente Tapia: El que le entregará de mi parte este papel es persona a la que debo un gran servicio. Él le dirá lo que ha pasado y lo que espera de la fidelidad de usted.

“Su capitán Estero”

El ñato y su protegido se despidieron poco después.

XIV

Sin arrepentirse de no haber aceptado la oferta, decíase que era muy aventurado llegar solo a su casa. “No era improbable que la policía, advertida por alguien de la casa de los Éstero, hubiera puesto gente en observación para prenderlo”. La voz de un sereno, que en ese momento lanzó al aire su invocación a María Purísima para anunciar que eran las doce, le hizo sentir que no estaba tan solo ni tan desamparado como se lo figuraba. El grito había resonado no lejos de él y le fue fácil llegar hasta donde se encontraba el nocturno guardián. Al verlo avanzar, el soldado desenvainó su sable. Este además no intimidó al mozo, acostumbrado desde niño, ora a reñir, ora a entenderse con la policía.

—¡Quién vive! —lo interpeló el sereno.

—Amigo, hombre. Vengo a ofrecerte un cigarro y un trago.

Al contestar así, se acercaba a muy corta distancia del guardián. Como éste callase, Díaz repuso para tranquilizarlo:

—¿No ves que no tengo arma ninguna? No tengas miedo: te voy a decir por qué vengo a hablar contigo.

—Hable, pues, ¿para qué me quiere?

—Te voy a contar, pero prendamos un cigarro primero. Sacó de su bolsillo un mechero y una cigarrera que pasó al soldado.

Este acto desarmó la suspicacia del sereno y dio tiempo a Díaz para improvisar un cuento que lo llevara al propósito con que se había dirigido a él, en vez de llegar directamente a su fin.

—Yo te ofrecí un trago de anisado y cumpla mi palabra —dijo pasando al soldado el frasco de que se había servido para entonar las fuerzas desfallecientes de don Julián Estero.

Y para disipar toda sospecha, el ñato había empezado a beber el mismo. El sereno no vaciló en aceptar y bebió un largo trago.

—¡Superior! —dijo, chupándose los labios al devolver a Díaz lo que hubiera querido dejar para sí.

—Bueno, pues, ahora te voy a decir por qué he venido a platicar contigo. Yo vivo aquí cerquita con dos tías viejas que no me dejan salir de noche. Unos amigos me convidaron a un picholeo, en la calle de Gálvez. Cuando eché de ver que las tías se habían acostado después de rezar el rosario, me salí calladito, dejando junta solamente la puerta de calle, pero con la intención de volverme temprano, de miedo a los ladrones. Con la zamacueca y con el gloriao todos nos achispamos luego y las chinas también. Échale zamacueca y sajuriana y échale gloriao y mistela. Así se nos pasó la noche. Cuando me vi solo aquí en la Alameda ¡vaya con el miedo grande que me dio! ¿Y si hubiera la-

drones?, serían capaces de darme de puñaladas, que me decía yo. En esto oí tu Ave María Purísima y me volvió el alma al cuerpo. Este sereno, me dije, que ha de ser valiente como buen soldado, va a sacarme de apuro. Le pido que me acompañe a casa y le doy cuatro reales también por el servicio. Por eso vine, ¿no ves?, ¿qué te parece?

Los cuatro reales, la tercera parte de su salario mensual, brillaron como un meteoro deslumbrador en la ambición del sereno.

—Con este yo no les tengo miedo a los ladrones —dijo golpeando la empuñadura del sable. —Y añadió al ver brillar de contento los ojos del mozo—: ¿Tiene la botellita por hei? ¿si echáramos otro trago?

—Aquí tienes y bébetelo todo.

El sereno levantó el codo hasta no dejar una sola gota en el frasco.

—¡Superior! —repitió, devolviéndolo vacío—. Ahora, patroncito, vamos andando si le parece.

—Sígueme no más —le dijo el joven, guiándolo hacia la oscuridad de la calle lateral del paseo.

En corto rato se encontraron frente a la casa de las Lizarde.

—Ahí enfrente, ¿no ves? —dijo el joven, mostrando la casa baja y de poco frente donde habitaba con sus tías.

En la oscuridad, apenas alcanzaba a divisar la puerta de calle. La ventana del cuarto de Díaz semejava a una mancha vaga sobre el blanqueado de la pared.

—No nos movamos de aquí para ver si nadie se acerca a la casa.

Carlos Díaz paseaba una mirada exploradora en torno suyo y sobre cuanto su vista podía abrazar del ancho espacio de terreno comprendido entre la línea de las casas y la hilera de álamos, donde se había detenido. Todo estaba tranquilo. Hacia la izquierda, a lo lejos, en dirección a la cordillera, una sombra apenas perceptible, al pie de

los álamos, detuvo por un instante la mirada del joven, sin causarle inquietud. Podía ser una ilusión de su vista en las tinieblas o acaso algún oficial de serenos a caballo, encargado de rondar para vigilar por el buen funcionamiento del servicio nocturno. En todo caso, el bulto estaba demasiado distante para que Díaz pudiera inquietarse por él. Era el asistente que Quintaverde había apostado en observación con orden de aprehender a cualquiera que viese salir de la casa de las Lizarde.

Al fin de un rato, Díaz habló en voz baja al sereno:

—No se ve nada; pero eso no quiere decir que no puedan haber entrado ladrones en la casa. Nos vamos a acercar a la puerta. Yo me quedaré afuera y tú entrarás con tu sable. Si ves que hay alguien en el patio, sales ligerito y te pones a pitear pidiendo auxilio.

El sereno aprobó este plan.

—Bueno pues, patrón; pero me da los cuatro reales.

Díaz sacó dos monedas de a dos reales cada uno y las puso en manos del soldado.

—Aquí tienes, ya ves que soy hombre de palabra.

Salieron entonces de la sombra de los álamos y caminaron después, mirando de todos lados, hacia la puerta de calle.

—Aquí tienes la llave del postigo. Si la puerta está cerrada, entras por ahí, abriéndolo sin hacer ruido. Guárdame la llave, no me la pierdas.

El sereno avanzó resueltamente. El propósito de Díaz era ponerse en salvo si la entrada del sereno a la casa provocaba al interior algún movimiento, indicio de que había gente apostada para prenderle.

La puerta de calle, junta solamente, cedió a la presión del sereno. Abriéndola apenas, el hombre se deslizó dentro del zaguán. El cabo de policía que esperaba allí de facción cerró la puerta precipitadamente sobre el que entraba.

—¡Alto ahí!, dése a preso —le dijo abalanzándose sobre él.

Díaz oyó el golpe de la puerta al cerrarse. Su ardid revelaba la presencia de gente esperándolo dentro de la casa. Voces de lucha llegaron confusamente a sus oídos. Riéndose del aprieto en que dejaba al sereno, apresuróse entonces a emprender la fuga y echó a correr.

Mas, al mismo tiempo que empezó la carrera, un hombre a caballo se desprendió de la sombra de los álamos y se lanzó hacia él con tal velocidad, que en pocos segundos el mozo vio cerrado el paso por el que llegaba blandiendo el sable y diciéndole con imperiosa voz:

—Alto, párese y dése a preso.

Era el asistente de Quintaverde. Había visto adelantarse a Díaz y al sereno hacia la puerta. Observando que uno de ellos entraba en la casa mientras que el otro hacia ademán de huir, lanzóse a carrera tendida sobre éste último.

El joven era demasiado valeroso para amedrentarse con la orden que le intimaba el asistente. Usando de su vigorosa actividad, empezó a hacer lances al jinete, sin interrumpir su carrera. El soldado arremetía ordenándole detenerse, saltando a derecha e izquierda para burlar las embestidas del caballo. Antes de dos minutos, llegó así a la primera hilera de árboles.

—¡Píllame ahora si puedes, paco tonto!

Con este reto lanzó una carcajada de burla. El grueso tronco de los álamos, cubierto de ramas casi hasta el suelo, le servía de parapeto seguro contra las furiosas arremetidas del militar.

Antes que éste hubiera conseguido llegar al árbol tras el cual se guarecía el mozo, ya él había corrido a otro, como en el juego infantil de “las cuatro esquinas”, y desafiaba desde ahí con chuscadas y con burlas a su perseguidor. En esas maniobras de agilidad y de audacia Díaz iba avanzando metódicamente en dirección al oeste.

Su propósito era alejarse con la mayor rapidez que fuese posible de la casa de sus tías, de donde podría el asistente de Quintaverde recibir refuerzos de gente de a pie, que haría entonces peligrosísima la lucha. También pensó, al cabo de poco rato, que estaría mucho más al abrigo de los ataques del soldado poniendo entre éste y él la ancha acequia que separa, por ambos lados de la Alameda, las avenidas laterales de la central del paseo. En uno de los lances con que esquivaba la persecución, en vez de dar la vuelta del árbol que lo escudaba; Díaz con un movimiento rápido, se lanzó por la tangente al través de la avenida lateral y, pasando de un salto sobre la acequia, buscó el refugio del árbol más inmediato, antes de que el soldado hubiera notado la estratagema. Furioso de verse así burlado, el hombre lanzó inmediatamente su caballo contra el fugitivo, buscando uno de los puentes de losa que de trecho en trecho servían al pasaje de la gente de a pie; pero en ese rápido cambio de dirección, lanzado el animal a carrera, sus herraduras resbalaron sobre la pulida superficie del puente y, perdiendo el equilibrio cayó al suelo, arrastrando al infeliz jinete en su caída.

—¡Amuélate, paco tonto! —gritó Díaz al verlo caer.

Sin parar para darse cuenta de las consecuencias de esa caída, emprendió la carrera hacia la calle de Duarte, donde no tardó en desaparecer en la oscuridad de la noche.

Cuando se creyó libre de toda persecución, Carlos Díaz cesó de correr y se puso a caminar con tranquilidad. Necesitaba recogerse en sí mismo y coordinar sus pensamientos. A poco andar, sintióse en la plenitud de sus fuerzas. La escena en que acababa de burlar los ataques del soldado de policía lo llenaba de picaresca satisfacción. No había huido por temor. Reíase de la caída del jinete, calificándolo de buen costalazo en su lenguaje de colegial travieso. Pero luego pensó en que el hombre se había tal vez fracturado una pierna y lo compadeció sinceramente.

“¡Pobre paco!”. Al fin y al cabo, él lo había perseguido en cumplimiento de su deber, pensó el ñato, cambiando el rumbo de su marcha. Su primer propósito, antes de reflexionar, había sido el ir a refugiarse en la miserable morada de Chanfaina y de su madre adoptiva, para tener el tiempo de tomar allí alguna determinación más meditada, pero cuando se hubo serenado después de interrumpir la carrera, abandonó esa idea y tomó el camino de la habitación de Onofre Tapia. Su espíritu había establecido una comparación entre la miserable pieza de la villa el Cobi y el cuarto del antiguo asistente de don Julián, en el que acababa de observar el aseo metódico y ordenado de los hábitos militares. La calle de Duarte estaba allí cerca y ésta fue otra consideración que lo llevó a pedir la hospitalidad al agente de policía.

Profundamente dormido, Tapia tardó un buen rato en abrir al visitante, después de asegurarse, por un diálogo a través de la puerta, que era en realidad Carlos Díaz el que llamaba.

—Confiese, ño Tapia, que no me esperaba —le dijo el mozo al ver al hombre plantado delante de él, iluminándole el rostro con la vela que tenía en la mano.

—Así es, pues, ¿Qué le ha pasado, don Carlitos?

Díaz le refirió lo que acababa de ocurrirle.

—¡Buena la escapada! —exclamó Tapia; —por poco no lo pillan.

—De todos modos me habría defendido: yo no consiento en que me tomen por fuerza. Si me buscan por bien, soy mansito; pero si me buscan por mal, me pongo chúcaro.

El ñato se reía al explicar así las condiciones de su índole: una mezcla de suavidad y de entereza en un fondo de juvenil alegría.

—Y entonces, ¿qué va a hacer, don Carlitos?

—Primero me voy a acostar, porque tengo sueño, y después veremos mañana.

—Aguárdese un poquito, yo voy a hacerle una cama.

Tapia hizo sentarse a su huésped, sacó después de un baúl un par de sábanas y una funda de almohada. De su cama, hecha sobre dos colchones, retiró el de abajo, y tendiéndolo en un rincón de la pieza hizo la cama con algunas mantas y una de sus almohadas, a la que puso la funda limpia.

—Voy a dormir como un tronco —dijo el ñato, acostándose; —apague la vela y buenas noches.

Las ideas afectan el sistema nervioso según el lado en que reciben la luz de la reflexión. Un violento remordimiento hizo saltar al ñato de su cama, acusándose de ingratitud con esos dos seres humildes que le habían consagrado su existencia. No comprendía ya que hubiese podido vacilar entre seguir oculto o ir a tranquilizar a sus tías. Onofre Tapia despertó con el ruido que hacia el mozo para vestirse.

—¿Que madrugador, don Carlitos! —le dijo, levantándose también.

—Tengo que ir a ver lo que sucede por allá en mi casa.

—¿Y si lo están aguardando para tomarlo preso?

—Me tomarán, pues. Yo no soy para andar como los ratones.

El tono de resolución con que hablaba retrajo a Tapia de seguir argumentando.

—Ahí se convencerán —repuso el joven— de que no tienen por qué tomarme preso.

—¿Y qué le digo a mi capitán, cuando vaya a verlo ahora?

—Dígale que he pensado que si me escondo no puedo servirle para nada, mientras que si vuelvo a mi casa le podré ser muy útil.

Después de una ablución sumaria, volvióse risueño hacia el agente de policía.

—Ahora estoy como lechuga, y me va a dar papel y pluma.

Tapia lo instaló delante de una mesita de madera blanca, de cuyo cajón sacó lo que el mozo le pedía.

Éste se puso a escribir:

“Señor comandante de policía, don J. Quintaverde:

Anoche, al entrar a casa me arranqué, porque vi que había gente en el patio, y creía que eran ladrones. El paco de a caballo que salió a sujetarme me hizo conocer que esa gente era policía. Yo no sé qué tienen que hacer conmigo. Ahora me vuelvo a casa: si me necesita, allí me encontrará.

Carlos Díaz”

“Señor don Julián Estero:

Le mando la presente con Tapia, que me promete que va a esconder a usted de tal suerte, que no podrán tomarlo. Ahora me vuelvo a casa, porque en la calle podré servirlo mejor que si me escondo. Si me toman preso, no se alarme. Nada me pueden probar, y tendrán que dejarme libre. Cuento con su promesa de obedecerme. Con Tapia le mandaré decir todos los días lo que convendrá hacer. Estoy seguro de sacarlo bien; tenga confianza en su amigo.

Carlos Díaz”

Puso la primera carta en su bolsillo con intención de mandarla desde su casa, según fuese la situación, y entregó la segunda al agente de policía para que la llevase a su destino. Metódicamente le explicó en seguida dónde y cómo debían verse todos los días para conservar la comunicación con Estero.

—Si me llevan a la cárcel —concluyó—, ahí me irá a ver. Como usted es de la policía, nadie le impedirá hablar conmigo.

Poco tiempo después de esta escena, Onofre Tapia entraba en casa de las Lizarde, en busca de Carlos Díaz. Con los ojos encendidos por el llanto y el rosario en la mano, la mayor de las tías refirió a Tapia lo que acababa de acontecer.

—Es seguro que lo han llevado a la cárcel —dijo la afligida señora— ¡Si usted pudiese ir a hablar con él! Dígale que nos mande avisar lo que necesite y qué empeños quiere que hagamos para que lo suelten. Como no se nos figuraba lo que iba a pasar, no se nos ocurrió hablar de esto.

Sin esperar a seguir oyendo las dolencias de las dos tías y de la criada, que se habían reunido a su alrededor, Tapia

salió de la casa y tomó a paso largo el camino de la Plaza de Armas, donde se encontraba la cárcel pública.

Había empleado el tiempo, después de separarse de Díaz, en busca de un asilo seguro para conducir allí, a favor de la noche, a don Julián Estero, con quien acababa de tener una corta entrevista en casa de los esposos Topín. Don Julián se mostró, al oír a Tapia, vivamente impresionado por la aventura de Carlos Díaz.

—¡Valiente el muchacho! —exclamó con entusiasmo, al oír la manera cómo había burlado los ataques del vigilante de a caballo.

Pero una violenta tristeza pareció sobreponerse a su entusiasmo.

—¡Y el pobre sufre todas estas cosas por mí! —dijo sombrío.

Su vista cayó entonces sobre la carta de Díaz, que acababa de entregarle su antiguo asistente. Sin decir nada más, volvió a leerla y la guardó pensativo.

Onofre Tapia lo impuso entonces de los pasos que había dado en la mañana para buscarle un refugio donde estuviese en perfecta seguridad. Su empleo de confianza en la policía daba a Tapia grandes facilidades para conseguir aquel propósito. Sin necesidad de largas diligencias, tenía ya dos piezas para su capitán en una casa de la Cañadilla, que estarían prontas para la noche. Mas don Julián lo escuchaba distraído. Preocupado sobre todo de la suerte de su libertador, pidió a Tapia que fuese a saber de él, y le dijera que lo esperaba en la noche en la habitación donde debía ir a ocultarse.

La llegada de Tapia a la casa de las Lizarde poco después de que Carlos Díaz era conducido a la cárcel correspondía a ese encargo del antiguo capitán pipiolo. Tapia llegó al cuerpo de guardia de la prisión, como un cuarto de hora después de que el joven se encontraba ya bajo llave.

Haciendo valer su calidad de agente de policía, pidió autorización al alcaide para ver al prisionero.

—Imposible, amigo —le dijo el alcaide—, hay orden del comandante Quintaverde de no dejarlo ver por nadie.

En vano arguyó Tapia que esa orden se refería a los paisanos que pidieran hablar con el prisionero, mas no a un militar como él, agente de policía. El alcaide, inexorable sobre su deber, puso fin a esa argumentación con ademán perentorio.

—Incomunicado, amigo Tapia. ¿No le digo que el preso está incomunicado? No hablemos más. Si usted me trae una orden escrita del comandante Quintaverde, entonces nos entenderemos.

—¿Quiere una orden escrita? Pues, la voy a buscar —dijo Tapia, profundamente contrariado.

La incomunicación en que había sido puesto Carlos Díaz era realmente, conforme a lo declarado por el alcaide de la cárcel, ordenada por Quintaverde. El comandante deseaba interrogar al joven antes que nadie hubiese hablado con él. Tenía en su poder la ropa de don Julián Estero, encontrada en el cuarto de Díaz, y con esta prueba innegable de su participación en los sucesos de la última noche esperaba obtener de él, antes de dar parte al juez competente de la aprehensión del mozo, todos los detalles del acontecimiento. Una circunstancia especial lo hizo relacionar el trágico suceso de los Estero con la denuncia escrita sobre la supuesta reunión de los conspiradores políticos que le mantuvo alejado de aquella casa en las primeras horas de la noche.

Al recibir en la mañana la carta de Díaz anunciándole que regresaba a su casa, la correlación de esos dos hechos, la fuga del loco y la carta anónima de la falsa denuncia le pareció evidente. Aunque con ligeras diferencias en la forma de las letras, la escritura era idéntica. Tenía, por consiguiente, dos pruebas materiales para confundir a Carlos

Díaz y ponerlo en la imposibilidad de negar su complicidad en la fuga de don Julián, ya que no era posible deducir de esas pruebas que el mozo era parte también en el atentado criminal cometido por el loco. Quintaverde salió temprano de su cuartel camino de la cárcel. Pensaba que la ocasión le ofrecía una brillante oportunidad de distinguirse en su carrera. El drama de la casa chica iba a despertar a Santiago de su apatía. Aquel suceso serviría de pasto a la pública curiosidad. Era el momento de dar nuevo lustre a su reputación de jefe sagaz, descubriendo el refugio del fugitivo, así como había tenido ya la buena suerte de apoderarse de su cómplice.

Cuando el alcaide en persona, sustituyéndose al carcelero, en honor del jefe de la policía, abrió la puerta de la celda, el joven fumaba un cigarrillo, acostado sobre la cama, en filosófica meditación. Al ver entrar a Quintaverde, presentó al visitante el rostro risueño de quien recibe una visita agradable.

—Mucho gusto tengo de verlo, comandante —le dijo, mostrándole, con cortés ademán, la única silla que contenía el aposento—, porque estando encerrado no podía ir yo a darle las gracias por su fineza de dejarme venir solo a la cárcel.

Quintaverde pensó, al ver la amable acogida que le hacía el prisionero, que el mejor modo de disponerlo a la franqueza era colocarse, como él, en el terreno de una alegre familiaridad.

—Si está usted encerrado, no es por culpa mía, don Carlos, puesto que usted mismo me escribió para hacerse prender.

—Vamos por partes, comandante; yo le escribí que “si me necesitaba me encontraría en casa”, y como sé que no he hecho nada, creí que me citaría a su cuartel, si algo tenía que decirme.

—Aquí estamos mejor para conversar que en el cuartel —dijo Quintaverde, en tono campechano, sentándose en la silla.

—Como le parezca —dijo Díaz, sentándose, a su vez, sobre la cama.

Al mismo tiempo, para inspirar confianza al joven, el comandante le presentaba la cigarrera abierta, ofreciéndole un cigarrillo.

—Usted botó su cigarro cuando entré —añadió— aquí tiene para que siga fumando.

Díaz aceptó la oferta; encendió su mechero y lo presentó a Quintaverde. Después de prender él mismo su cigarrillo, se quedó en silencio, esperando que hablase el militar.

—Don Carlos —empezó éste—, usted dice que no ha hecho nada para que le tomen preso.

—Y es la verdad.

—Esto es mucho decir, don Carlos. A ver, déjeme confesarlo.

—Pregunte no más, comandante, suprimiremos el acto de contrición, si le parece.

—¿Sabía usted que el loco Estero se fugó anoche?

—No lo sabía anoche; lo supe esta mañana, al llegar a casa. Ya ha corrido la noticia por el barrio.

—¿Sabe usted que el loco, antes de salir de la casa, quiso asesinar a su hermana doña Manuela, y que la hirió en la cabeza?

—También me lo dijeron, en casa, esta mañana.

—¿Y sabe lo que dicen los de la familia? Dicen que sólo usted puede haber ayudado al loco a salir de su calabozo.

—¿Buena cosa! ¿Y no dicen también que yo le sostenía el brazo cuando hirió a la señora?

—No; no dicen esto, pero dicen lo otro.

—Pues, si lo dicen, tendrán como probarlo.

—¿Oh! ¡Pruebas no faltan!

Ante esta exclamación, Díaz sintió que entraban a la parte crítica del interrogatorio, y trató de evitar el golpe antes de recibirlo.

—Ya sé lo que usted quiere decir. Va a hablarme de una ropa vieja que, según me han dicho mis tías, usted encontró debajo del colchón de mi cama.

—Justamente. ¿De quién es esa ropa?

—No puedo saber, porque no la he visto.

—Esa ropa es de don Julián Estero. ¿Y cómo se encontraba bajo el colchón de la cama de usted? Nadie sino usted puede haberla ocultado ahí.

—Puede haberla ocultado su dueño sin estar conmigo.

—Eso es menos que probable, don Carlos.

—No tanto como le parece a usted, comandante. Don Julián, el tiempo que ha estado prisionero, ha perdido sus amigos, y se puede decir que no conoce en Santiago más que a mí. Al verse libre, no habrá tenido otra parte donde ir y fue a mi casa para cambiarse de ropa.

—¿Y quién otro sino usted puede haberle proporcionado otra ropa para cambiarla por la vieja?

—Cualquiera de los muchos soldados del cuartel de enfrente que entraban a darle de comer. Alguno o muchos pueden haberse compadecido de él y lo habrán ayudado a arrancarse y le habrán proporcionado ropa.

Díaz había hablado con perfecta serenidad. El comandante empezaba a cansarse de la comedia.

—Don Carlos —dijo al joven, con cierta ironía—, usted me quiere hacer tonto.

—Yo, comandante, ¿cómo puede usted creerlo! No se puede hacer tonto sino al que ya lo es a medias, por lo menos.

—Entonces hablemos como amigos. Yo he querido ver a usted antes de pasar mi parte al juzgado, dando cuenta de lo que ocurrió anoche, para ver si usted tiene como dis-

culpase y no pasar per el desagrado de acusarlo de complicidad con el loco.

—Muchas gracias; pero, ¿qué más quiere que le diga, comandante? Si alguien se le antoja ir a esconder ropa debajo de mi colchón yo no puedo ser responsable de eso. Que me prueben que he sido yo y que prueben que esa ropa es de don Julián.

—Ya le dije que pruebas no faltan. Eso de la ropa es una y la explicación de usted no bastaría para anularla ante un juez.

—Díaz se encogió de hombros.

—Si el juez no la cree, a él le toca probar que fui yo quien puso la ropa bajo el colchón. Yo probaré, por mi parte que estuve toda la noche fuera de mi casa y que no he visto quien puso ahí la ropa.

—Bueno, pues, eso lo averiguará el juzgado.

Quintaverde había cambiado enteramente de actitud. No era ya el hombre que está de chanza con un amigo. Había asumido el imperioso tono del jefe de policía, acostumbrado a tratar con delincuentes de baja clase. El mozo, por el contrario, conservaba el mismo acento frívolo, ligeramente sarcástico, con que había hablado desde el principio.

—Que averigüe, pues; yo no le tengo miedo —replicó a la amenaza del comandante.

—Pero hay más que eso —repuso éste, sacando de una cartera la carta anónima sobre los supuestos conspiradores y la que, firmada por el mozo, le había dirigido Díaz aquella misma mañana— ¿Reconoce usted que ésta es suya?

Al hacer esta pregunta, presentaba al joven la carta firmada. Díaz la examinó un instante.

—Mía de puño y letra.

—¿Y esta otra? —repuso Quintaverde, mostrándole la carta anónima.

El joven la leyó en voz baja, con calma, dándose así el tiempo de meditar. Al concluir alzó la vista con una maliciosa mirada.

—Esta no tiene firma —dijo, sonriendo.

—No tiene; pero es de la misma letra que la otra.

—Ciertito que se parece; vean, pues, pero, ¿qué hay con eso? Muchas letras se parecen.

—Usted no podrá negar que es la misma letra, ni que es usted quien la ha escrito. El joven alzó la mirada al techo, medio cerrando los ojos. Rápido en sus decisiones, no tardó en adoptar una que tenía por lo menos la virtud de ser dilatoria.

—Vea, comandante —dijo, sin mirar a su interlocutor y como si continuase todavía sus reflexiones—; suponga que yo confiese que el anónimo es mío, ¿que saca usted de ahí?

—La consecuencia es muy clara. Usted me escribió eso para mantenerme lejos de casa de las señoras Estero, donde sabía que yo estaba convidado, precisamente a la hora en que debía usted sacar al loco de su calabozo.

—Es una consecuencia que no tiene ningún valor, si no se prueba que la carta anónima es mía.

—El juez lo obligará a usted a confesar que es suya.

XVI

Quintaverde se puso de pie al pronunciar, con tono de enfado, estas palabras. La tranquilidad de Carlos Díaz, había concluido por impacientarle. Tenía; sin embargo, bastante poder sobre sí mismo para no renunciar a su propósito. Valía la pena de ser paciente a trueque de obtener alguna confesión que lo llevase a descubrir el refugio de don Julián. Así fue que, en vez de alargar la mano para abrir la puerta, Quintaverde se acercó al joven.

—Vea, don Carlos —le dijo, dulcificando la voz—, le vuelvo a repetir que he venido hablar a usted antes de poner el asunto en poder del juzgado, por evitarle ser reo en una causa que va a ser ruidosa. Hoy, antes de la tarde, todo Santiago hablará de la fuga del loco y del intento de asesi-

nato cometido por éste. Como en la familia acusan a usted de complicidad, el interés de usted es que no haya prueba alguna que ofrezca fundamento a esa acusación. Que lo acusen a usted sin prueba ninguna, eso no basta para defenderlo a usted aquí. A mí me da pena, le aseguro, que un joven que principia la vida, hijo de un hombre que conocí en mi niñez, quede bajo el peso de esa acusación. Estoy dispuesto a evitarle a usted semejante vergüenza, destruyendo las pruebas que lo condenan, pero a menester que usted me corresponda ese servicio ayudándome a cumplir con mi deber, que es el descubrir el paradero del loco y devolverlo a su familia.

Hablaba Quintaverde en tono casi afectuoso, lentamente, para que su interlocutor pudiese apreciar el valor de sus argumentos y la ventaja de la proposición que le hacía.

El joven se mostraba impenetrable. Al oír a su interlocutor, sus ojos brillaron con expresión de franca altivez. No dejó; sin embargo, traducirse ese sentimiento en su respuesta. La sonrisa de amable frivolidad, que durante toda la conversación se había pintado en su fisonomía, cubrió de nuevo sus facciones, al contestar:

—Todo eso, comandante, quiere decir que yo venda al pobre loco, si acaso sé dónde ha ido a esconderse; pero aunque quisiera, no podría venderlo, porque no sé dónde se encuentra.

Quintaverde hizo ademán de incredulidad, y Díaz añadió:

—Pero sépase que aunque lo conociese, comandante, no haría de Judas para delatarlo; eso no se propone a un caballero.

En su voz hubo entonces una vibración de reto, al mirar de frente, con altanera arrogancia, a Quintaverde.

—¡Ah! ¡Así es la cosa! —exclamó con descompuesto semblante el jefe de la policía—. ¿Usted quiere aparecer como acusado? Está bien, veremos si no se arrepiente.

—Comandante, “de los arrepentidos es el reino de los cielos”. No creo que nos encontremos los dos por allá, el día del Juicio.

A esta broma del ñato, Quintaverde replicó con voz agria:

—Veremos si está usted mañana tan bromista como ahora.

Había tomado y entreabierto la puerta para salir.

—¿Entonces, comandante, usted va a entregarme a la justicia?

—Es usted quien se entrega; yo cumplo con mi deber.

El joven se puso de pie.

—¡Mire! ¿Quiere que le diga una cosa, comandante? Pues, le advierto que si me denuncia al juez y no me pone ahora mismo en libertad, usted cometerá una chambonada muy grande, de la que tendrá que arrepentirse. Acuérdesse de mí.

—¡Ah ¡Parece que usted me amenaza! No le entiendo ¿Que me quiere decir con eso?

—Que su interés está en tratarme como amigo, comandante, y no como enemigo. Si usted me entrega a la justicia, no soy yo quien saldrá perjudicado: piénselo bien.

—¿De qué manera seré yo el perjudicado?

—Porque si el juez me interroga, yo, que no sé mentir, cuando hablo seriamente, le diré la verdad.

—Entonces usted conviene en que a mí no me ha dicho la verdad.

—Perfectamente. Con usted he hablado de broma.

—¿Y me puede decir por qué?

—Cómo no, yo soy muy franco. Desde que vi que usted me venía a ver antes de que yo sea interrogado por el juez, era claro que quería sonsacarme algo y darse los aires de muy diablo; pero como yo sé que mi causa es buena, muy buena, no he querido darle en el gusto: ya ve que le hablo con el corazón en la mano.

—Sí, le aseguro que me gusta su franqueza.

—Y yo le aseguro, como que aquí estamos los dos jugando a quien es más pillo, que no le gustará que yo sea tan franco al responder las preguntas del juez.

El aire de provocativa burla con que hablaba Díaz picó la curiosidad de Quintaverde, al propio tiempo que le ofendía el amor propio.

—Para saber si no continúa usted de broma, yo necesitaría conocer qué es lo que usted se propone contestar al juez.

—La verdad solamente, la purita verdad. Si usted quiere saber, oiga pues. El juez me dirá que estoy acusado de haber hecho fugarse a don Julián Estero. Yo le responderé que antes de decir si es o no verdad, yo sostengo que en caso de serlo yo no habría cometido ningún delito, porque no habría hecho otra cosa que poner en libertad a un hombre arbitrariamente detenido por su hermana, interesada en hacerlo pasar por loco para apoderarse de sus bienes. El juez no podrá sostener que la detención es legal, porque no existe decreto judicial ni gubernativo que la justifique. Por consiguiente, se ha cometido un atentado contra la libertad y los bienes de un ciudadano pacífico; el que lo ha liberado ha sido sólo el instrumento muy respetable de la vindicta pública.

Aquí se detuvo Díaz para decir con sorna a Quintaverde:

—¿Que tal el alegato, comandante? Se ve que estoy en la clase de Derecho, y que soy capaz de sacarme el premio.

—Y, sobre todo —replicó Quintaverde—, el juez verá que usted sabe tergiversar y que le enreda la madeja, para que no pueda encontrar la punta del hilo, dejándolo sin saber si usted niega o si confiesa que sacó al loco de su prisión.

—Nada de eso, comandante: tenga paciencia. El juez, después de oír mi alegato y conociendo que está en mal terreno, me dirá ahuecando la voz: “Yo no le pregunto a usted si el loco estaba legalmente detenido o no. Le pregunto

que me diga categóricamente si usted lo ayudó a fugarse”. Yo le responderé entonces: “Si, usía, yo lo ayudé a fugarse”. Ya ve, comandante, que no tergiverso.

—¡Ah! ¡Al fin usted lo confiesa! —exclamo Quintaverde, como el que vence a duras penas una resistencia tenaz.

—Ya lo ve, pues, lo confieso; pero oiga lo que sigue y verá la chambonada que va usted a cometer. El juez me preguntará entonces cómo le ayudé a fugarse a don Julián; y si no me lo pregunta, no importa porque yo se lo explicaré. Supongamos, pues, que me pregunta: “¿Cómo le ayudó usted a fugarse?” Yo le diré:

“Abriéndole la puerta del calabozo”. “¿Con qué llave la abrió usted?” “Con la llave que tiene siempre guardada doña Manuela.” “¿Y cómo pudo usted tener esa llave?” Yo le contestaré: “Usía, me cuesta mucho decirlo.” “No me mienta, acusado”, me dirá entonces el juez. —Fíjese, comandante, en mi respuesta —dijo el mozo. Hizo una pausa, sonriendo, con aire socarrón —fíjese bien. Yo contestaré entonces: “Si me lo ordena, tengo que confesárselo: quien me dio la llave fue el marido ultrajado”.

Quintaverde tuvo un estremecimiento como quien recibe un golpe al que no podía esperarse. Díaz, entre provocativo y risueño, prosiguió:

—El juez tiene que preguntarme: “Explíquese usted. ¿Qué quiere decir con eso? “Quiere decir, usía, que hay un marido ultrajado en la casa donde estaba el prisionero, y que yo conseguí que el marido ultrajado le sacase la llave a su mujer para vengarse de ella. ¿Quiere, usía, que lo nombre? El marido se llama don Matías Cortaza y su mujer, doña Manuela Estero.”

El mozo se dirigió entonces, no ya al juez imaginario, sino a Quintaverde.

—¿Sabe usted, comandante, como se llama el ultrajador de don Matías?

El jefe de policía ocultó su turbación, acudiendo a la audacia.

—Lo que dice usted es una infame invención.

—¿Le parece? No se afarole, comandante, y no se figure que su insulto me da miedo. Lo que digo es la verdad, y puedo probarlo.

—Probarlo; no esté diciendo tonterías.

—Probarlo, sí, señor. Usted me mostró hace poco dos cartas, diciendo que bastarían como prueba de mi culpabilidad. Pues, yo también haré que muestren al juez dos cartas tuyas, comandante. Sí “Reina de mi corazón” y está firmada: “Tu Quinta”. La otra principia: “Prenda idolatrada”, y la firma: “Tu verde”. El Juez no tiene más que juntar las firmas para leer clarito: “Quintaverde”. Ya ve, pues, si le conviene que yo hable. El comandante perdía toda su arrogancia. Veía que aquel mocito risueño estaba armado de una astucia maquiavélica, apoyada en una voluntad de hierro.

—Yo no tengo ningún interés en que usted hable, sino en saber dónde está el loco —dijo, con tono inseguro.

—Pero para saberlo tomó usted el peor camino. Si usted me entrega al juez yo hablo; y si hablo, usted es el denunciador de la mujer que ha sacrificado a su marido por amor a usted. ¡Y en qué momento! Cuando usted abandona a esa mujer para casarse con otra. ¡Ah! No me diga que no. Todo se sabe aquí en Santiago.

No hallando qué responder y por no confesarse vencido, Quintaverde interrumpió al joven con tono enfadado:

—Le prohíbo a usted ocuparse de mis asuntos particulares.

—No me ocupo de ellos si usted no me toca; pero si me entrega al juez, entonces todo se sabrá: a usted le corresponde pesar las consecuencias.

El comandante se quedó pensativo. Su situación era sin salida. Por evitar que se divulgase la deshonra de doña

Manuela Estero le era forzoso rendirse a las exigencias de Carlos Díaz.

Viéndolo meditativo, Díaz añadió:

—Lo que conviene, comandante, es que yo salga de aquí cuanto antes, para ver el modo de que la familia no presente querrela judicial contra don Julián. Mientras tanto, nadie sabe por qué he sido yo traído a la cárcel. Usted puede hacerme salir de su propia autoridad.

Quintaverde, haciendo un ademán de brusca resolución, tendió su mano a Díaz, con aire de franca cordialidad:

—Don Carlos, aquí está mi mano. Lo creo a usted un hombre de honor. Vamos a salir juntos de aquí: me fío en su palabra.

XVII

Tras del apresamiento de Carlos Díaz, nadie dudó ya de la existencia de una confabulación atroz entre el ñato y el loco para asesinar a doña Manuela y, probablemente, para incendiar la casa y tal vez entregar el barrio entero a las llamas.

Ña Gervasia había salido en busca de unos remedios y llevaba especial encargo de pasar a la vuelta a casa de las tías Lizarde, a preguntar noticias del joven. Por este medio había sabido sobre el apresamiento. Estas ocurrencias mantenían en constante alarma el espíritu de Deidamia. La figura de Carlos Díaz tomaba en su imaginación las proporciones románticas de un ser misterioso del que no podía explicarse los actos, pero que se sacrificaba por algún

noble propósito. Su ansiedad no le permitió dejar pasar más de dos horas, sin volver a enviar a ña Gervasia a casa del joven en busca de nuevas noticias. La sirvienta llegó sofocada con la magnitud de la nueva de que era portadora. “Don Carlitos había vuelto a la casa, cuando todos lo creían preso en la cárcel”.

—¿Y tú lo viste? —preguntó con júbilo la chica.

—Lo vi, pues, señorita, como estoy viendo a su mercé, y me dijo que le entregara esta cartita.

Ña Gervasia sacaba de debajo del rebozo una carta, que entregó a Deidamia. La chica llena de emoción, corrió a su pieza para poder leerla a solas:

“Linda, tengo mil cosas que contarte. Esta tarde, a eso de las cuatro, iré a la huerta de don Guillén con los niños a encumbrar volantines, no dejes de estar ahí y conversaremos”.

Al salir de la cárcel, acompañado por Quintaverde, el ñato había corrido a tranquilizar a sus tías.

—¿No ven, pues? ¿Qué les dije yo? Aquí me tienen de vuelta. Hemos quedado muy amigos con el jefe de policía.

Las tías parecieron rejuvenecidas al encontrarse con el niño. Mientras él almorzaba, la menor de ellas corrió a San Francisco, a prender una vela al patrono de la Orden, en acción de gracias. Fue en ese momento que tuvo lugar la visita de la emisaria de Deidamia y la entrega de la carta para la joven.

Después de esto, Díaz dijo que antes de reposarse de la agitación de la mañana debía aprovechar el tiempo en ir a ver a don Matías Cortaza al ministerio, Estaba seguro de encontrarlo en su oficina.

Cortaza se hallaba allí, en efecto, sentado en absoluta inmovilidad, delante de un rintero de expedientes. La velada de la noche a la cabecera de su mujer y las mortificantes vacilaciones de su ánimo, le daban un aspecto de profundo abatimiento. La sombra de la barba de varios días, aumen-

taba esa palidez del rostro con la ascética morbidez de los monjes pintados por Zurbarán. Ante la aparición de Díaz, Cortaza tuvo un sobresalto de sorpresa.

—Seguro que no me esperaba, don Matías —dijo el joven, acercándose, risueño, al archivero.

—¿Don Carlitos!, qué, ¿no estaba preso, hombre? —exclamó don Matías, tocando tímidamente la mano que el mozo le tendía por sobre los legajos amontonados en la mesa.

—Como no, pues; estaba preso, pero ahora estoy libre.

—Entonces, ¿lo han soltado o se ha arrancado de la cárcel?

—Me soltaron y voy a contarle cómo.

—¿Vean que diablo de don Carlitos!

Cortaza quería ganar tiempo. Su inquietud de neurasténico le infundía el temor de que la visita del joven trajese una revelación inquietante. El pobre archivero atravesaba una de sus crisis de pesimismo. Díaz se puso a referirle, a grandes rasgos, la fuga con el loco, la seguridad de tenerlo a esas horas al abrigo de toda persecución y, las peripecias de su vuelta a casa de las tías, en la misma noche; la manera de cómo había burlado la vigilancia, y cómo después había preferido entregarse en vez de andar perseguido como un malhechor.

Don Matías, lo escuchaba, atónito. De cuando en cuando sus manos vagaban con extraños movimientos sobre los papeles, a impulsos de supersticiosas invocaciones, que marcaban los trances que iba pasando su espíritu. Cuando el mozo llegó en su narración al acto de su excarcelamiento, aterrado Cortaza, ante la posibilidad que el ñato hubiese revelado su participación en la aventura, permaneció con los nervios crispados del que espera oír el estallido de un arma que alguien está a punto de descargar.

—Esto sí que se lo voy a contar con todos sus pormenores —le dijo el mozo, al anunciarle la llegada de Quintaverde al cuarto de la cárcel, en el que se hallaba encerrado.

Cortaza lo miró con aire de pavor. Díaz conoció su angustia, y se apresuró a tranquilizarlo:

—Empezaré por decide, don Matías, que no dejé sospechar ni por un momento, que usted me hubiese dado la llave para abrir el calabozo.

No se detuvo ante esta mentira por no alarmar a Cortaza.

—¡Hombre!, ¡Qué bueno!, ¡no sabe cuánto le agradezco!.

Sus ojos miraban; sin embargo, al mozo con el temor de ver surgir nuevos peligros.

Díaz refirió entonces con minuciosa exactitud toda su entrevista con el comandante de policía.

—¿Y para qué fue hablar de las cartas hombre? —exclamó Cortaza, avergonzado.

—Porque sin eso no me habrían dejado salir, ¡Qué gracial! ¡Entonces habría habido interrogatorio del juez, averiguaciones de nunca acabar y qué sé yo!

Don Matías meneaba la cabeza descontento. Díaz repuso:

—Esas cartas no son un secreto para el comandante, con ellas lo tendremos mansito, ¿no ve?, don Matías; téngalas bien guardadas, y no habrá temor que el hombre nos ataque.

Este razonamiento dio alguna serenidad a Cortaza. La palabra de ese mozo, que había impuesto condiciones al odiado comandante de policía, cobraban en el ánimo del archivero una autoridad incontestable. Sin esperar su aprobación, el joven repuso:

—Ahora, don Matías, cuénteme lo que pasó en su casa.

Enredándose en los detalles, el archivero, puso a Díaz, al cabo de lo acontecido después de la fuga de don Julián.

—Yo pasé la noche cuidando a Mañunga; ¿qué quería?, amigo, aunque ella ha sido tan mala conmigo, me daba lástima verla así.

—Hizo Bien, don Matías; al enemigo que está en el suelo no hay que ponerle el pie encima.

—Así es, pues —suspiró Cortaza, contento de que el mozo no se burlase de la debilidad de su carácter.

—Cómo no, pues —apoyó Díaz—, ¿no ve que después le vendría a usted el arrepentimiento, si la señora se muriese?

—¿Cómo, si se muriese! No esté diciendo esas cosas, don Carlitos; ¡cómo se ha de morir! ¡No esté presagiando desgracias, hombre, por Dios!

Era el grito de su corazón, que se abría paso ante la catástrofe posible. La voz de Díaz, emitiendo como probable la hipótesis de la muerte de la enferma, había sacado al espíritu de Cortaza el invencible amor, amor físico y del alma, aterrado y comprimido en el fondo de su ser por la rabia de los celos, por la ignominiosa certidumbre de su abyección. Olvidado de su neurastenia, Cortaza parecía asumir una personalidad nueva y miraba con el relámpago de la resolución en los ojos al joven, admirado de la repentina metamorfosis.

—¿Entonces la quiere, don Matías? Para qué está disimulando, ¡todavía la quiere!

—¿Quién le ha dicho que la quiero? No hay tal cosa; ¡cómo la he de querer!

Le había temblado la voz al pronunciar ese desmentido, y sintiendo acudirle un arroyo de lágrimas a los ojos, don Matías, se volvió con precipitación hacia los estantes del archivo. Sus manos temblorosas cogieron desatinadamente algunos papeles.

Díaz se sintió avergonzado de su ligereza. Como el que se detiene ante la profundidad de un abismo, el joven tuvo en ese momento la revelación de lo insondable de esa enfermedad de amor, que su inexperiencia de la vida le había hecho ignorar hasta entonces. Un sentimiento de pudor le obligó a buscar el modo de cambiar la conversación; mas, ante todo, quiso disculparse.

—No haga caso de mis bromas, don Matías; no quise ofenderlo; dispéñseme. No lo hice con mala intención.

—No crea que me he enojado; pero esas bromas no me gustan —dijo, con humildad Cortaza.

—Bueno, pues, hablaremos de lo que ha pasado en casa de usted.

Don Matías, resumió su narración.

—Poco antes de quo yo saliese de casa para abrir el ministerio, Agapito, mi cuñado, me presentó un escrito en papel sellado, pidiéndome que lo firmase. Había ido temprano donde un amigo tinterillo que él tiene y le hizo extender un escrito, acusando criminalmente al loco por el sablazo que hirió a la Mañunga.

—Pero usted no firmó, don Matías.

—¿Que quería usted que hiciese? Hasta habrían dicho que yo estaba de acuerdo con don Julián y usted, y tuve que firmar no más. Si usted hubiera visto lo que me costó para no firmar otro escrito, diciendo que yo sospecho que usted es el que ha favorecido la salida del loco. A eso respondí que yo no podía lanzar así contra usted una acusación calumniosa que no podía probar.

—No sacarán mucho con su escrito, porque no han de poder pillar a don Julián —dijo el joven, en tono de perfecta seguridad.

—Sí, pero habrá sumario indagatorio y nos tomarán declaración a todos los de la casa.

Don Matías reflexionaba como pesimista, admitiendo todas las hipótesis adversas.

—Si le preguntan algo, no hay que confesar por nada. Si usted no habla, ¿cómo puede sospechar el juez que usted me dio la llave? Pero si habla está perdido, ¿no ve? Diga que no sabe nada, que no oyó nada, y que casi se fue de espalda cuando vio entrar al loco con el sable al comedor.

—Y si toman a don Julián, ¿qué haremos?

—Lo mismo, no hay que chistar palabra. Responda usted que todos son cuentos del loco, que todo lo que cuenta son invenciones y manténgase: ahí mudo el perro, don Matías, ¿oye?

—Bueno, pues, así lo haré.

XVIII

Satisfecho así de haber preparado el terreno para hacer frente a los interrogatorios del juez, Díaz se despidió de Cortaza y tomó el camino de la casa de don Guillén Cuningham. Eran poco o más o menos la hora en que había mandado decir a Deidamia que se encontraría en la huerta. Guillén y Javier corrieron a abrazarlo. Díaz se sintió conmovido ante esta franca manifestación de cariño.

—Nos habían dicho que te habían tomado preso.

—Que te habían encerrado en la cárcel.

—Así fue, pero ya ven ustedes que estoy libre.

Los dos chicos lo miraban con tímido respeto.

El compañero de sus juegos infantiles tomaba para ellos la importancia de un héroe inmortal. ¡Había estado

preso en la cárcel y nada se le conocía! Los dos muchachos sospechaban una participación misteriosa del ñato en el trágico suceso de la noche última, porque los había hecho abrirle la puerta de calle.

—¿Tú sabes que el loco se salió anoche de su calabozo y que se ha arrancado? —dijo Javier, como anunciando un peligro.

—Y que casi mató a doña Manuela —agregó Guillén.

Para decir esto, bajaba la voz, a manera de hacer una revelación misteriosa.

—Así me han contado —dijo el joven, con aparente indiferencia.

Javier repuso en el mismo acento confidencial:

—Don Agapito dice que tú eres quien le abrió la puerta al loco.

—¿Qué mentira! —exclamo Díaz—, ¿qué sabe ese tonto?

—Nosotros no le hemos dicho a nadie que te abrimos la puerta de la calle —dijo Guillén, con importancia.

Javier añadió:

—Este quería que se lo contásemos a mamá; pero yo le dije que no fuese lesa, que era mejor que nos quedásemos callados.

—Hicieron muy bien de no decir nada —aprobó Díaz. Y, cambiando de tono, repuso: —No hablemos más de eso: vamos a encumbrar volantines; hay muy buen viento.

Pero los chicuelos, profundamente impresionados todavía con la tragedia, de la que debía quedarles un recuerdo indeleble, preguntaron al ñato, con inquietud:

—¿Y el loco?, ¿qué se hizo?; ¿sabes tú?

—Por ahí estará suelto, pues; yo no sé.

—Si anda suelto —observó Guillén—, es capaz de venir esta noche a la casa chica a matarlos a todos.

—Dicen que tiene más fuerza que diez hombres juntos —aseguró Javier.

—¿Qué ha de venir! No estén pensando disparates. Traigan los volantines y vámonos a la huerta.

Alentados con esas palabras, los chicos sacaron sus volantines y siguieron a Díaz, sin volver a hablar del loco ni de los acontecimientos de la víspera.

No tardó en hacerse oír del lado del huerto de la casa chica la armoniosa voz de Deidamia. El ñato corrió en busca de la escalera, y subió apresurado hasta la banda de la tapia divisoria.

—¿Ay!, linda, ¡qué felicidad de verte!

Radiante de alegría, el joven lanzaba su exclamación, enviando a la muchacha un apasionado beso con los dedos.

Deidamia extendió cuanto pudo el brazo, y le pasó un ramo de flores que acababa de formar con las más fragantes de su jardín.

—Ese es mi saludo —le dijo, con cierto temblorcillo en la voz, distinto del tono de chanza con que acostumbraba hablarle.

Y ambos, por un momento; con íntima emoción, se miraron en silencio. Ella y él sentían que un profundo cambio se había producido. Hallábanse en una de esas circunstancias de la vida en que las horas toman su valor de tiempo transcurrido, más que por el número de ellas, por la magnitud de los acontecimientos acaecidos durante su curso. Se les figuraba que su separación había sido de muchos días, tal era la transformación de sus sentimientos, desde que, en la tarde anterior, se habían separado.

—Me parece que ayer pasó hace mucho tiempo —dijo el joven, con acento cargado de cierta gravedad reflexiva, que Deidamia no había oído nunca resonar en su voz—; ¿y sabes por qué, linda? Por la cartita que me mandaste anoche, aconsejándome que huyese.

La chica, en vez de la franca risa con que acostumbraba a mofarse de los requiebros del ñato, bajó la vista, ligeramente ruborizada.

—Yo sabía que iban a perseguirte, por eso te escribí.

—Pensé —dijo el mozo— que si yo no te importase nada, no me habrías escrito, y con eso me puse tan contento como si me hubieses dicho que me querías.

Deidamia no contestó directamente, pero no lo contradijo.

—¿Figúrate mi susto cuando supe que te habían llevado preso!

—¿No habrías ido a verme a la cárcel?

—Sí, habría ido con tus tías —contestó ella, con resolución, mirando fijamente al joven.

—¿Ay, preciosa! ¿Qué daría yo por ir a ponerme a tus pies, para adorarte por esa respuesta!

Después de esa exclamación quedarónse en silencio. La chica se sentía intimidada ante la realidad del amor, que de la noche a la mañana había nacido de su pecho, como esas flores que abren sus pétalos en el misterio del silencio nocturno.

Díaz, por su parte, no se atrevió a insistir en expresar su adoración. Temía que pidiendo a la joven una explícita confesión de amor ella rompiese el encantamiento de aquel instante con alguna risa burlesca. Así, los dos se detenían turbados en los linderos del mágico recinto donde se unían ya sus almas en una de esas confesiones tácitas, a las que da el silencio la solemnidad de un juramento apasionado. La joven buscó el modo de reanudar la conversación de una manera natural.

—A todo esto —dijo, con una sonrisa casi forzada—, nada me cuentas de lo que hiciste anoche.

—¿Anoche? ¡Ah, sí! —respondió Díaz despertando de su enajenación.

—¿Qué hice? Primero, te estuve esperando en el patio.

—¿Cómo podías figurarte que me hubiese atrevido a ir!

—La esperanza es tan crédula —exclamó el ñato, con una risa que ahogaba un suspiro.

—Si estabas en el patio, ¿entonces tú viste salir a don Julián?

—Aguárdate, voy a contarte; pero dime primero: ¿cómo le va a doña Manuela?

—¿La pobre tía! El médico la encuentra mejor. ¿Sabes que el loco pudo haberla matado?

—¿Así sería, pues? ¿Pero tú no has pensado que yo tuviese parte en eso?

—¿Ay, no!, ni por un instante: si lo hubiese creído, no estaría aquí hablando contigo.

—Bueno, pues, entonces voy a contarte.

Y en vez de empezar, señaló con el ademán la silla de las lecturas de Cortaza.

—Tráela, linda, estamos tan lejos; es capaz que me ponga ronco para que me oigas, si no te acercas.

En dos minutos, Deidamia, de pie sobre la silla, dejaba que el mozo le tomase una mano.

—Así, sí, pues, que se puede hablar —exclamó él, perdiendo su mirada en las luminosas pupilas de la joven.

Pronto le hubo referido todas las peripecias en que había tornado parte la noche anterior, y aún en la mañana del día en que hablaban. Deidamia tuvo que contentarse con poco precisas explicaciones acerca de cómo había podido el joven entrar al patio de la casa y llegar a tener la llave del calabozo de don Julián. Hacía el ñato su narración con sencillez.

Al entrar, media hora después, a casa de sus tías, encontró en el patio a Onofre Tapia esperándolo.

—Don Carlito, le traigo una mala noticia —fueron las primeras palabras del antiguo asistente de don Julián Estero.

—Si es mala la noticia, ¿para qué me la trae? —dijo el joven, entre risueño y alarmado.

—Porque es preciso que la sepa.

—A ver, pues, hable; no crea que me vaya a desmayar de susto.

—Mi capitán se me ha perdido, don Carlitos.

—No me esté embromando, ño Tapia; el capitán no es un niño, para que se pierda así no más.

—Le voy a contar, para que vea. Después de que usted salió de mi casa, fui a buscar a mi compadre, que vive por la calle San Pablo, y le dije que si podía recibirme un alojado, pariente mío, que anda un poco enfermo y quiero que lo cuiden bien. El compadre me dijo: “Cómo no, pues, tráigamelo no más, y aquí se lo cuidaremos” Cuando lo dejé todo arreglado, me fui a casa del caballero Topín y le conté a mi capitán lo convenido con mi compadre, diciéndole que vendría a buscarlo por la noche para llevarlo. Mi capitán me preguntó las señas de la casa y quedó muy contento. Entonces me vine a buscarlo a usted. Aquí me dijeron que acababan de llevarle a usted a la cárcel. Fui corriendo a la cárcel, y el alcaide me dijo que para hablar con usted debía traer orden de mi comandante Quintaverde. Entonces me fui donde mi capitán y le conté lo que pasaba. Mi capitán se volvió una furia, pero al cabo de un rato se puso más suave. Cuando le dejé para volver al cuartel, me prometió que me esperaba. En el cuartel mi comandante no había llegado todavía. “Tal vez estará en la cárcel, me dijeron. Ligerito volví entonces a la cárcel; y, ¿sabe lo que me dijo el alcaide?: “¡El comandante y su prisionero salieron de aquí hace poco rato, conversando muy amigos!” Aunque ya yo estaba cansado, me eché a andar para la casa de don Miguel Topín, a llevarle la buena noticia a mi capitán. Pero ahí ni señas de él. El sirviente me dijo que el caballero alojado había salido y no había vuelto. Ya me entró susto, don

Carlito, y fui a trote largo donde mi compadre. Nada, nadie había ido por ahí.

—No le busque más, seguro que ha ido a entregarse a la policía —dijo el ñato, fríamente.

Y, poniendo el índice de la mano izquierda sobre la sien de ese lado, agregó:

—El hombre no es loco, pero algún tornillo le falta, ¿no ve? Ya desde anoche en la calle le había tomado ese tema.

—Y, entonces, ¿qué haremos, don Carlito?

—Usted nada, pues. Es preciso que nadie sepa que usted está con nosotros. Venga mañana y le daré noticias.

XIX

Aquella noche, seis días después de la iniciación del sumario indagatorio sobre el atentado de don Julián Estero, Cortaza entró al dormitorio a la hora de costumbre. Doña Manuela dormía con la tranquilidad de la convalecencia. Al acercarse al lecho, don Matías la contempló algunos instantes. La tranquilidad de la durmiente calmó por primera vez desde el principio de la enfermedad, la ansiosa alarma con que había seguido las diferentes alternativas de la lucha entre el mal y la robusta constitución de la señora. Acostumbrado a esperarlo todo del poder divino, Cortaza, en un gran impulso de reconocimiento, cayó de rodillas delante de la imagen de la Virgen, a la que apenas llegaba el reflejo de la vela tras su pantalla. En

la confusión de las sombras, la obra del maestro quiteño le mostraba una expresión compasiva. Era la melancólica paz del perdón que bajaba de las manos unidas de la madre del Redentor. Era la salud otorgada a ese precio, por el cielo a la paciente. —Y perdónanos nuestras deudas; así como nosotros perdonarnos a nuestros deudores, —repetía mentalmente, enviando su acción de gracias a la Virgen.

Sea que en el fervor de sus oraciones la respiración del invocador hubiese turbado el silencio de la pieza, sea que la acción magnética, de ser a ser, hubiese irradiado, como tantas veces sucede, del alma de Cortaza al alma de su mujer dormida, doña Manuela abrió los ojos y permaneció inmóvil, mirando a su marido sin darse cuenta, antes de algún rato de su presencia. Algo como el estremecimiento moral de un religioso temor se hizo sentir entonces en el alma de la convaleciente.

Los relámpagos de su arrepentimiento confuso, que a veces habían iluminado su espíritu con resplandores fugaces, se condensaron ahora en una luz velada, pero fija en su pensamiento, al contemplar la actitud de profunda unción del que rezaba. La solemnidad del silencio favoreció ese despertar de su alma, súbitamente conmovida de compasión. Demasiado débil todavía; sin embargo, para seguir un pensamiento, doña Manuela se sintió fatigada con la emoción y cerró los ojos como alguien que pasa de una densa oscuridad a la ofuscada luz del sol.

En ese momento, Cortaza terminaba su plegaria y se acercaba al lecho en silencio. Doña Manuela sintió su proximidad y le tendió una mano, mirándolo enternecida.

—¿Qué bueno eres! —le dijo, al mismo tiempo, en un murmullo.

Don Matías se apoderó de la mano, en un ademán de incontenible emoción. Los ojos de la señora se llenaron de lágrimas.

—Sí, eres muy bueno; yo no merezco tu cariño.

El sonido de su propia voz precipitó el raudal de lágrimas. Retirando la mano que estrechaba don Matías, juntóla rápidamente con la otra y cubriéndose con ambas el rostro, sacudidos los hombros por el hipo del llanto, que pugna por refrenarse. Cortaza, enternecido a su vez, no acertaba a decir nada para serenar a su mujer. Suavemente le apartó entonces las manos del rostro, diciéndole, al cabo de algunos instantes de silencio.

—No llores, hijita, eso puede hacerte volver la fiebre.

Al hablar, le acariciaba las manos, confuso en su timidez, deseoso de alejar del pensamiento afligido de su mujer las ideas que habían causado esa explosión de quebranto.

—¿Te sientes mejor? —preguntóle, solícito, como si nada hubiese pasado, como si solamente se hubiese acercado a ella en ese momento.

—Sí, mucho mejor —contestó ella, enjugando sus lágrimas—; ¡tú me has cuidado tan bien!

—Todos te hemos cuidado —asintió don Matías, con sencilla modestia.

—Sí, pero nadie como tú; yo no conocía tu gran corazón.

El enternecimiento volvió a quebrantarle la voz, y las lágrimas asomaron de nuevo a sus ojos, mientras su mirada se fijaba sobre su marido con ternura.

—Bueno, no hablemos de eso; no vayas a afligir a empeorarte.

Hablaba acariciándole las manos, balbuciente de emoción, penetrado de una alegría melancólica, maravillado de la transformación de su mujer, de la dulzura de su mirada, de la humildad con que se cubría ahora su altanera hermosura.

—Trata de dormir —repuso, con voz de dulce consejo— Tú necesitas reposo; yo voy a sentarme en la poltrona al pie de la cama. Duerme con tranquilidad, yo no me moveré de aquí.

—No, no, quédate; no tengo sueño, conversemos.

El acento de la voz daba a esas sencillas palabras una entonación de íntimo cariño, que penetró hasta el fondo del alma de Cortaza. Hubiera querido postrarse de rodillas y cubrir de besos las manos que ella le abandonaba. Pero un miedo instintivo de parecer ridículo a los ojos de esa mujer, que recobraba sobre él su antiguo imperio, lo hizo detenerse.

—Sí, conversemos si no estás cansada —díjole, con voz complaciente, acercando una silla a la cama. Hasta entonces doña Manuela había evitado hablar del accidente que la tenía postrada. En sus involuntarias reflexiones, a medida que se pronunciaba la mejoría, la acción de su hermano significaba para ella un castigo del cielo. El sentimiento religioso hacía oír su voz en el momento de la tribulación en el ánimo de la señora. Debía perdonar a su agresor, como una justa reparación de sus pasados extravíos. Esa evolución de su alma, operada en el silencio de sus meditaciones, la había hecho encerrarse en un silencio absoluto sobre todo lo que pudiera tocar al suceso de la cena; pero en aquel momento de expansión, meciéndose en la dulzura de un arrepentimiento sincero, doña Manuela sintió la necesidad de saber cuanto había pasado desde aquella noche de trágico recuerdo.

—Cuéntame lo que ha sucedido desde que yo caí herida —dijo, en tono afectuoso.

Cortaza le refirió los sucesos sin tocar la manera cómo don Julián había podido salir de su prisión. Su ingenio, por otra parte, no tuvo que acudir a la inventiva tocante a ese punto, esencialmente delicado. Su mujer no pareció darle ninguna importancia.

—¿De modo que Julián está en la cárcel? —dijo, pensativa.

—Así es, pues, en la cárcel.

—¿Y él mismo se entregó a la justicia?

Don Matías confirmó el hecho con su silencio.

—Pero tú firmaste la queja contra él, me acabas de decir.

—Como marido tuyo, yo tuve que firmarla —contestó tímidamente, Cortaza.

Pensativa, doña Manuela reflexionó en alta voz:

—Pues no debieron presentar esa acusación criminal.

—Así me parecía a mí —afirmó don Matías—, pero Sinfonosa y su marido porfiaron tanto, que no pude hacer otra cosa.

—Pues, yo no estaré tranquila hasta que lo saquemos de la cárcel. Sin duda, yo vivía equivocada. Tal vez Julián no es realmente loco. Lo que hizo prueba que tiene bastante juicio para saber de quién debía vengarse.

Inclinando la cabeza, don Matías aprobaba. Doña Manuela, con cierta exaltación, repuso:

—Mira, no consultemos a nadie, y hagamos nuestro deber. Mañana mismo presentarás otro escrito al juez retirando la queja y pidiendo la excarcelación de Julián; si es loco, porque es loco; y si no es, porque yo no quiero que se le siga ningún perjuicio. Es un asunto privado de familia que no debieron llevar a la justicia.

El acuerdo sobre este procedimiento se hizo fácilmente entre los dos.

Doña Manuela quería principiar su expiación perdonando a su hermano.

—Y cuando venga —dijo, con ese sentimiento de reparación —le devolveré todos sus derechos, él gozará de sus bienes y hará con ellos lo que quiera.

—Eso es lo mejor, hijita —aprobaba don Matías.

En el fondo de su conciencia una protesta contra la detención de don Julián había existido siempre. Pero su timidez no le había permitido hablar. Ahora, su mujer y él se unían en el mismo sentimiento. Con esa comunidad de ideas figurábase acercarse al corazón de su mujer, unirse a ella en un acto de justicia, que podría ser el pre-

cursor de otra unión más dulce y reparadora, la unión de sus corazones.

—Mañana temprano pediré que me hagan el escrito.

Esta promesa pareció devolver la calma a doña Manuela.

Algunos días transcurrieron después del retiro de la demanda. Sin haber podido aclarar el hecho de la liberación de don Julián ni encontrado prueba alguna de complicidad de tercero en el atentado, el juez mandó sobreseer y elevó los autos a la corte, en consulta.

Carlos Díaz, mientras tanto, instruido por Deidamia de la resolución de doña Manuela, poco después del fallo de sobreseimiento, entró empeñosamente en campaña, a fin de conseguir en las distintas oficinas de los tribunales que, la consulta fuese activada por todos los medios posibles.

P

or un momento, los dueños de casa y su visitante se quedaron en silencio. Quintaverde sentía la hostilidad de la señora, y hubiera querido encontrarse muy lejos de su presencia. Para don Matías, el manifiesto desagrado de Quintaverde ante la actitud de doña Manuela le parecía un signo en favor de su dicha futura. Como a todos los tristes, una alegría inesperada le daba una locuacidad de semiembriaguez. Rompió el silencio, sonriéndose, como quien se da cuenta de algún acontecimiento feliz:

—¡Vea, qué diablo de comandante!, ¡como también va a casarse! —exclamó a manera de chanza familiar.

—¡Oh!, se dicen tantas cosas —replicó, confuso, Quintaverde.

—La mentira es hija de algo, comandante, no esté negando lo que es cierto —exclamó, con acento sarcástico, la señora.

En ese instante entró Deidamia.

La chica había corrido después de despedirse precipitadamente del ñato.

—Ven mañana y te contaré lo que me diga mi tía.

Gervasia, al transmitir a Deidamia el llamado de doña Manuela, había dicho que la señora se encontraba en la cuadra con don Matías y el comandante Quintaverde.

—¿Sabes a qué viene Quintaverde? —exclamó Díaz—; viene sin duda a nombre de su sobrino, a recordar la promesa de casamiento.

—Cuando menos, ¡y yo que estoy tan dispuesta a cumplirla! —dijo, riéndose, Deidamia—; hablan muy a tiempo.

—Dile de mi parte al comandante que no se descuide con su sobrino, si no quiere que yo le corte las orejas.

—Bonito se vería: yo no me caso con un motilón.

Ambos soltaron una ruidosa carcajada y Deidamia echó a correr, ágil y graciosa.

—Háblale a tu tía por mí, linda, será el mejor momento —le gritó el ñato, siguiendo con la vista a la muchacha, hasta que se perdió tras la puerta de comunicación con el patio.

El saludo de Quintaverde fue ceremonioso. Doña Manuela se apresuró a hablar. En su voz, de nerviosa impaciencia, las palabras resonaban desapacibles.

—Aquí tiene al señor Quintaverde, que viene de parte de su sobrino.

En vez de mirar al comandante, la chica bajó los ojos. Quintaverde, viéndola en esa actitud auguró mal resultado de su misión, y habló con dificultad bajo la mirada de fuego de doña Manuela:

—Mi sobrino, señorita, me ha encargado que la saludé de su parte y que le diga que ya que misía Manuelita se encuentra completamente repuesta, le parece que ha llegado el tiempo de hablar del casamiento concertado con los padres de usted y aprobado también por misía Manuelita.

Deidamia miró a su tía, extrañándose de que no hubiese contestado por ella.

—Como tus padres no están por el momento en casa —dijo la señora—, Matías y yo hemos dicho al comandante que lo mejor sería que hablase contigo.

Deidamia miró entonces resueltamente a Quintaverde. Lo que acababa de decir doña Manuela le dio ánimo para explicarse con entera libertad:

—Yo no me he comprometido nunca; fue mi papá quien me dio por comprometida.

—Pero usted, señorita, aceptaba el compromiso —arguyó Quintaverde.

—Yo no decía nada, ¿era para tanto tiempo después!

El comandante se puso de pie:

—Creo que estas cosas no pueden discutirse; yo hablaré con su papá, para que él me diga su determinación.

—Agapito y Sinforosa —dijo doña Manuela— no contrariarán a su hija y dirán que se equivocaron.

—Eso es, pues —interpuso Cortaza, deleitado por la confusión del militar—. Si la niña no quiere, no hay más que hacer; ¿no ve?

Quintaverde juzgó inútil prolongar su visita. El desahucio no podía ser más categórico. Despidióse entonces fríamente y salió de la casa. El aire libre le devolvió su serenidad. “Era un mal trago que había que pasar; ya está ella notificada de mi casamiento. No podrá decir que la he traicionado. Por lo que hace a Emilio, ¿qué me importa! Novia no le ha de faltar.” Fue la oración fúnebre con que enterraba sus amores pasados.

Los que quedaron en la sala de recibo lo vieron cruzar el patio con el aire de un hombre exento de cuidado, que siente el vigor de su cuerpo en cada movimiento. Doña Manuela se sentó esforzándose por ocultar su abatimiento. En ese instante, todo su amor al hombre que le volvía la espalda se tornaba en odio desesperado.

—Hiciste bien en contestar de ese modo —dijo a la chica, poniéndole una mano sobre la cabeza.

Con un esfuerzo de altanera voluntad, quería ocultar su despecho, para sofocar los celos turbulentos aferrados, cual tenazas candentes, a su corazón, y hablaba así a la chica para tener el aire de interesarse por algo que no fuera su punzante sinsabor.

Para Deidamia, todo aquello era una gran sorpresa. Se había despedido de Díaz resuelta a luchar. Al oír que el comandante Quintaverde estaba de visita en la sala, no dudó de que viniese a nombre de Emilio Cardonel. Acostumbrada a leer en el rostro de su tía las emociones que la afectaban, la chica notó ya, al entrar, que una gran agitación dominaba a la señora. Mas, ni el tono de su voz ni la mirada con que la había recibido le parecieron justificar los temores con que ella llegaba. Lo que había seguido hasta la salida de Quintaverde fue para ella una revelación tan prodigiosa como inesperada. Sin darse cuenta de lo que hubiese podido producir aquel cambio de actitud de su tía, sintióse tan penetrada de reconocimiento hacia ella que, al recibir su caricia, se alzó rápidamente y le enlazó con sus brazos el cuello.

Cortaza habría querido hacer otro tanto. El hecho sólo de que su mujer lo hubiese llamado a la sala en vez de ocultarle la visita de Quintaverde bastó para disipar de su espíritu la tortura de los celos que le había hecho prorrumpir en amargas imprecaciones en el fondo de la huerta. El tono desdeñoso de su mujer al hablar al comandante en

presencia de él y la libertad en que había dejado a Deidamia para romper el compromiso, eran sobradas pruebas, en su sentir, de que doña Manuela rompía con el pasado y lo llamaba a una sincera reconciliación. La antigua herida estaba, por supuesto, allí, sin cicatrizarse; era la bala en el cuerpo —se decía otra vez—, con que viven tantos inválidos de la guerra. La esperanza de alcanzar felicidad relativa en lo futuro, renacía ahora.

El espectáculo de doña Manuela y de su sobrina tiernamente abrazadas le regocijaba el corazón como un presagio feliz.

—Tía, ¡qué feliz me encuentro! —le dijo, en un tierno murmullo—, y se lo debo a usted; yo no podía conformarme con ese casamiento.

Doña Manuela fijó en ella una mirada interrogativa.

—¿Y por qué? —preguntó—

—Emilio no me gusta, nunca lo habría querido.

—¿Y quién te gusta, entonces?

Deidamia bajó los ojos, y casi entre dientes:

—Usted sabe muy bien.

Recordó al contestar así la recomendación de Díaz de hablar a la señora en favor de él. Nunca podría presentársele tan propicia ocasión de hacer a su tía la confidencia de su amor y los proyectos matrimoniales del ñato; pero, al alzar la vista para observar en el semblante de doña Manuela el efecto de su respuesta, su esperanza, como un castillo de naipes, rodó por el suelo.

—¿Cómo!, ¿de quién estás hablando?

Una mirada a la que el encendido color de la señora daba reflejos de amenaza, acompañó a esa interrogación. Turbada, pero resuelta a defender su causa, la chica murmuró:

—Usted sabe, pues; le hablo de Carlos Díaz.

—¿Cómo! ¿Tú quieres a ese ñato insolente? ¡Era lo que faltaba!

Deidamia inclinó la cabeza para dejar pasar la tormenta. Doña Manuela repuso con acento de desprecio:

—¡Un mocoso atrevido!

La muchacha continuó silenciosa, sin levantar la frente. No sintiéndose contradicha, doña Manuela pasó de las exclamaciones a las razones:

—¿Qué sacas con quererlo? Un chiquillo que no tiene maduro el juicio todavía y que no está en edad de casarse.

—Va a tener los veintiún años; hay muchos que se casan a esa edad —murmuró, tímidamente, Deidamia.

La observación irritó a la señora. No pudiendo negar la verdad de lo que su sobrina aseveraba, dejó hablar a su imperioso carácter.

—En fin, yo no apruebo ese disparate, y me admira que te atrevas a hablarme de un muchacho que me ha enfrentado en todo Santiago. ¡Jamás, jamás permitiré entrar a ese atrevido en mi casa!

El ademán autoritario, el tono áspero, acentuaban la amenaza. No era ya dueña de sí misma. Un delirio de lucha daba repentino vigor a las fuerzas debilitadas por la enfermedad. Los propósitos de indulgente mansedumbre se desvanecían al soplo de su despecho. Con alaridos de jauría exasperada por la pérdida de la presa, sus celos impotentes le gritaban el acerbo desengaño del abandono: los virtuosos propósitos de enmienda espontánea se habían convertido en humillante y forzosa necesidad. Era su amor propio de mujer despreciada lo que buscaba descargar así sobre Deidamia el peso del rubor que la agobiaba. Arrastrada por la vehemencia de su desazón, doña Manuela, repitió:

—¿Me oyes?, ¡jamás entrará en mi casa ese insolente!

Deidamia se dejó caer sobre una silla, sollozando, mientras que su tía, sin querer que nadie la acompañase, se dirigió a su dormitorio. Cortaza, prudentemente, se había escabullido.

En su dormitorio, doña Manuela expuso a Sinforosa y su marido las pretensiones de Deidamia, declarándoles su abierta oposición a ellas. Un coro de denuestos contra el ñato fue la respuesta a esa declaración.

—¿No faltaba más! Un muchacho callejero como ése — exclamó Sinforosa.

—Él es, el muy pícaro, quien hizo arrancarse al loco — dijo don Agapito—; de ahí viene toda esta bolina.

—Que se meta con su amigo Chanfaina —repuso Sinforosa, con ademán de desprecio.

En la comida, la chica, sorda a los denigrantes calificativos que hacían llover sus padres sobre Díaz, absteniéndose con desdén de comer, mirando obstinadamente en el vacío, juraba en silencio que nadie la haría desistir de su propósito.

Por fin concluyó la comida. La joven sintió un inmenso alivio al oír a su padre ordenarle, con voz severa:

—Deidamia; anda a acostarte.

Salió del comedor tras don Matías, que en ese momento llegaba al pasadizo, dirigiéndose al dormitorio de su mujer. Fuera ya de la vista de sus padres, Deidamia dejó estallar la violencia de su pena.

—No te aflijas; hijita —díjole, compasivo, don Matías, al verla cubrirse el rostro con las manos.

Y oyendo los sollozos que hacían estremecerse a la muchacha:

—Déjalos que griten no más: yo le hablaré a la Manueleta, pero poco a poco, no hay que atropellar las cosas: ya verás que tu tía acabará por consentir.

Deidamia, sin oír más, se alejó de él.

—De balde me dice eso, yo conozco a mi tía, y es ella la que manda.

—¿Pobre chiquilla! —suspiró, deplorando su nulidad, que no le permitía consolar ese dolor tan aflictivo de la mujer que llora.

Doña Manuela, fingiendo una calma que estaba muy distante de tener, había despedido a Gervasia, para que fueses a servir la comida.

—¿Entonces, su mercé va a quedarse sola? —preguntó la criada.

—Sí, sí, no tengo necesidad de nada; me acostaré cuando hayan concluido de comer!

Pronunció esas palabras con la reprimida impaciencia, ansiosa de ver salir del cuarto a la sirvienta, que no se daba prisa, con ademanes de prever lo que necesitaba la señora, extendiéndole una manta sobre las rodillas, acercándole los objetos de que podría necesitar.

—¡Anda, anda, Gervasia, déjame sola, vas a sacarme de paciencia!

Apenas la sirvienta cerró la puerta, doña Manuela sacó de su seno la carta de Quintaverde. Durante las escenas que acababan de pasar en la sala de recibo, esa carta era un ascua que le quemaba el pecho, un roedor oculto, testigo y prueba de su oprobio, que la sometía a un doble sufrimiento: el disimulo de los suyos y el devorante deseo de leer su contenido y buscar alguna frase consoladora.

Sentada cerca de la ventana, desplegó el papel y empezó su lectura. En los primeros momentos, sus ojos veían confundirse las palabras, desvanecerse las letras en tintes fugitivos de arcoíris, ondular los renglones de curvas serpentinadas. Sólo mirando al patio con voluntad intensa de dominarse y pensando en que nada iba a leer que no lo supiese ya, pudo sobreponerse al sacudimiento que la agitaba y leer por fin, con relativa calma, las primeras frases. Mas, a medida que avanzaba la lectura, las aceleradas palpitations del corazón le enviaban al cerebro, en ondas tumultuosas, la agitada sangre, le anudaban la garganta, como un dogal que aprieta una fuerza extraña, hacían bailar en su imaginación, en una zarabanda fantástica, los

enconados sarcasmos, las irritadas acusaciones, la forzada risa de un impotente desprecio. Todo era hipócrita mentira; ninguna explicación bastaba a disminuir la insultante falsía; nada alcanzaba a atenuar la cruel realidad del abandono. En ese círculo de amargas reflexiones, daba vueltas, precipitada por un turbión de desengaños, su mente adolorida.

Así llegó, sintiendo despedazársele el corazón, con sus tumultuosos latidos, a la última frase. El mal velado anuncio del casamiento fue como un dardo de fuego que le hubiese atravesado el pecho. Ante la insultante realidad, escrita ahí delante de sus ojos, por la misma persona, pródiga de juramentos de inextinguible amor ayer apenas, la señora sintió resonar dentro de los oídos un confuso rumor de espanto del que, maquinalmente, quiso huir, pidiendo auxilio. Pero, al levantarse, las manos buscaron en vano un apoyo en el vacío, el semblante enrojeció amorado y el cuerpo, como una columna sacada de repente de su base, cayó sobre la poltrona, quedando sin movimiento.

Pocos instantes después entró Cortaza al dormitorio. La luz de la tarde empezaba a declinar. Al ver desde la puerta a su mujer desmayada sobre la poltrona, con la cabeza inclinada sobre el pecho, figuróse que estaba durmiendo, y se adelantó a ella sin hacer ruido pero, al acercarse, oyó su respiración afanosa y pudo ver el rojo tinte de su rostro.

—¡Manuela!, ¡Manuela!, ¿qué tienes? —exclamó, espantado, tratando de levantarla.

Su exclamación no tuvo respuesta. Entonces dio la alarma, llamando a voces.

—¡Deidamia! ¡Sinforosa! ¡Gervasia!

Nadie respondió. Él había cerrado la puerta al entrar, y su voz no alcanzaba a oírse desde las otras piezas de la casa.

Precipitadamente trató de colocar a la enferma en una postura que le mantuviese alta la cabeza, a fin de correr a la puerta a repetir su llamado.

Al incorporarse, vio sobre la alfombra la carta de Quintaverde, que las manos de la señora habían dejado caer. La vista de ese papel lo detuvo. Al cogerlo con miedo, una sospecha certera le atravesó el pensamiento, como una luz repentina. Ocultando el papel en su bolsillo, lanzóse entonces a la puerta, y llamó nuevamente.

Pronto acudieron Sinforosa, Deidamia y Gervasia.

—Le ha dado un desmayo, yo la encontré así, acuéstense pronto, voy a llamar al médico.

Don Matías dijo todo eso con visible agitación, y salió, casi corriendo, de la pieza.

En la vecina, encontró a don Agapito, que acudía el último, y le refirió la alarmante ocurrencia.

—Yo me siento sin fuerza para llegar hasta la casa de alguno de los médicos; ¿no podrás ir tú, Agapito?; hazme ese favor.

—Bueno, yo iré —contestó Linares, que prefería el paseo por la calle a quedarse con las mujeres. Después de verlo salir, Cortaza corrió a su cuarto.

La lectura de la carta dio el golpe de gracia a sus recientes ilusiones. Al caer despeñado de sus modestas esperanzas de porvenir, sintió doblemente el dolor de ese golpe: el atroz desengaño ponía a descubierto las heridas de su alma no cicatrizadas aún. Pero un rugido de salvaje alegría mitigó su desesperación. Las frases de la carta eran el mejor castigo que él podía haber ideado para vengarse de su mujer. El comandante le vengaba. La memoria enloquecida invocó, sin buscarlo, el recuerdo de una de sus conversaciones con el ñato Díaz en la oficina del ministerio: ¡Catatán!, ¡Catatán!, le gritaba sarcástico con cruel satisfacción la voz del joven. El ñato tenía razón, ¡si él se hubiese hecho respetar, ella le habría tenido miedo!

El médico traído por don Agapito dejó su enigmática receta en latín y habló vagamente de una meningitis. Sin-

forosa y Gervasia opinaron porque no se debía hacer caso de la receta. Lo importante era continuar con los remedios caseros.

Al día siguiente los médicos llamados a consulta confirmaron el diagnóstico del que había visitado a la enferma la noche anterior. A medida que se sucedían las horas, la casa tornaba por momentos aspecto lúgubre. Los envíos a la botica por nuevos remedios se sucedían a cada instante. Era la batalla contra la muerte, en que la ciencia hacía avanzar como una reserva sus últimas fuerzas.

En la tarde hubo una vislumbre de mejoría. La enferma pareció dormir con alguna tranquilidad. Deidamia, después de observarla por un rato, salió de la pieza y corrió a la huerta. El ñato la esperaba en su puesto de la tapia. Las voces de Guillén y Javier resonaban alegremente, encomiando cada uno su propio volantín como el más encumbrado de todos los que por allí poblaban el espacio.

El ñato conocía ya, por sus tías, el nuevo ataque de doña Manuela, del que todo el vecindario hablaba a esas horas.

El semblante pálido y descompuesto de la chica confirmaba las alarmantes noticias.

—¿Cómo está tu tía? —le preguntó con interés.

—Muy mal, me parece.

Al responder, Deidamia se cubrió los ojos con su pañuelo, sintiéndolos nublados por las lágrimas.

—Pero, ¿cómo?, ayer estaba perfectamente. ¿Para qué te llamaba?

La joven le refirió todo. Con su egoísmo de enamorado, el ñato pensó en sus intereses.

—Que se oponga a que nos casemos, poco importa —dijo con desprecio—. Me basta con que le hayan dado el pasaporte al oficialito, el consentimiento vendrá después. Deidamia se encogió de hombros, incrédula.

—No hablemos de eso ahora. Tú sabes que te quiero y

que con nadie me casaré sino contigo. Pero ahora no puedo ocuparme sino de la salud de mi tía, me voy a cuidarla. Te aseguro que tengo un susto atroz, que no tuve el otro día, cuando la vi herida.

—¿Qué lástima que te vayas!, yo te traía una buena noticia.

—¿Qué noticia? Si es buena, dímela pronto.

—Don Julián, tu tío, ha sido puesto en libertad. La corte aprobó la sentencia del juez.

—¿En libertad? ¿Entonces va a venir a casa? —exclamó con aire enternecido la chica.

—No, acabo de dejarlo en el convento de San Francisco, donde me envió a pedirle asilo. No quiere ver a nadie. La noticia de la recaída de doña Manuela lo ha puesto más callado que lo que estaba en la cárcel.

—¿Pobre!, me alegro de que esté libre —dijo Deidamia sin entusiasmo.

El joven notó la poca impresión que su noticia había causado a Deidamia.

—Don Julián —le dijo— será nuestro protector.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Porque él me lo ha prometido, y don Julián, libre, tendrá que ser respaldado por toda la familia. Por eso te dije que el consentimiento de tu tía vendrá después.

Don Julián ocupaba una vasta celda en el segundo patio del convento. Díaz le explicó las ocurrencias acaecidas en la casa, que acababa de saber por Deidamia; la visita del comandante Quintaverde, la violenta fiebre de doña Manuela, que era, a juicio de la joven, una consecuencia de esa visita; le habló de la exaltada manera como había expresado la señora a Deidamia su inflexible oposición a su casamiento con él; le pintó, por fin, el alarmante estado de doña Manuela y la encarecida súplica de que fuese don Julián a verla, que venían a traerle don Matías y don Agapito.

Don Julián se paseó sombrío y agitado por la pieza.

—¿Y qué piensa usted que debo hacer? —preguntó deteniéndose delante del joven.

Temeroso de la violencia de su carácter, había renunciado a guiarse por su propio criterio en lo concerniente a su familia.

La rectitud y la decisión del juicio de su libertador le inspiraba plena confianza.

—En su lugar, yo iría —contestó el ñato—. Mejor es ser generoso, don Julián.

Estero pareció vacilante, sin embargo.

Díaz salió del aposento y emprendió a paso acelerado el camino de la portería. Los vastos corredores repetían el eco de su marcha sobre los gastados ladrillos del piso.

—Vengan, vengan ligerito —dijo a los dos que esperaban—; el hombre parece bien dispuesto; no hay que dejar que se le pase el buen humor.

Pronto llegaron a la celda ocupada por don Julián. Díaz abrió la puerta y entró, haciendo señas a los dos cuñados de seguirlo. Los visitantes entraron con timidez. Don Julián los miró de frente, sin saludarlos. Hubo entonces un espacio de inquietador silencio. Intimidado por la mirada del que los recibía, don Agapito dijo en voz baja a Cortaza.

—Hable, pues, don Matías.

Cortaza quiso congraciarse, con una sonrisa amable, la buena voluntad del hermano de su mujer y dijo con voz tímida.

—Aquí venimos, pues, a verlo, don Julián...

Díaz lo interrumpió:

—Mejor es que los deje solos hablar de sus asuntos de familia.

Y se adelantó hacia la puerta del aposento. Don Julián lo detuvo.

—No, amigo Díaz, no se vaya, yo quiero que usted oiga nuestra conversación—. Y volviéndose hacia Cortaza—: Diga, señor, lo estoy oyendo —dijo secamente.

—Aquí venimos a visitarlo de parte de mi mujer, que está muy enferma y que desea mucho verlo.

—Mi visita no la ha de curar —dijo con áspero tono don Julián.

—Ella cree que sí —replicó Cortaza, con acento de rendida súplica.

Don Julián repuso con el mismo tono áspero con que había hablado.

—Yo creía que ustedes venían a pedirme perdón a nombre de ustedes también.

Los dos visitantes palidieron. Aquellas palabras les parecían precursoras de algún terrible estallido de cólera de parte del que aún creían loco.

—Sí, pues, también a pedirle perdón —dijo con deferente complacencia don Matías.

Don Agapito hizo eco:

—También, por supuesto, a pedirle perdón.

El miedo de alguna embestida súbita arrancó esas palabras a Linares, a pesar de la humillación que sentía de tener que decirlas delante del ñato.

El acto de contrición de sus cuñados pareció suavizar el tono de voz de don Julián.

—Si todos piden perdón es otra cosa. Así veremos si alguna vez puedo perdonarlos.

Ahora no hablemos de lo pasado; por el momento me basta con la vergüenza que ustedes y mis hermanas deben sentir por la crueldad con que me han martirizado.

—La pobre Mañunga creía que usted no estaba en su juicio —dijo con voz quebrantada don Matías.

—Y nos lo hacía creer a nosotros —dijo cobardemente don Agapito.

Don Julián hizo señas de rechazar esa justificación por inadmisibles.

—Repito que dejo atrás lo pasado, por ahora —acentuó, recalcando la voz sobre las dos últimas palabras—: me ocupo sólo del presente. Ustedes vienen a suplicarme de parte de Manuela que vaya a verla porque está muy enferma y solicita mi perdón: ¿no es así?

—Así es, pues —dijeron los dos amedrentados emisarios.

—Pues yo les declaro a ustedes que, si llego a acceder a esa súplica, lo haré únicamente por darle gusto a mi joven amigo don Carlos Díaz. Es preciso que ustedes sepan que es él quien me ha aconsejado el perdón y que a él tendrán que darle las gracias.

—Le damos las gracias, don Carlos —dijo Cortaza con verdadero acento de gratitud.

—Yo también le doy las gracias, amigo —le dijo don Agapito entre dientes.

—Hacen bien en mostrarse humildes —repuso don Julián—, porque yo tengo que poner mis condiciones. Empezaré por decirles que ya tienen que agradecerme que me haya venido de la cárcel a este convento, cuando podría haberme ido a mi casa a hacer valer mis derechos de dueño y hacerlos salir a todos ustedes de ella.

Dejó pasar un momento. Quería hacerlos medir el peso de esa declaración.

—Esperando que me agradezcan mi prudencia —repuso—, voy a decir la condición expresa que pongo para consentir en lo que me piden. Me ha dicho mi amigo Díaz que él quiere casarse con mi sobrina Deidamia y que cuenta con el amor de la niña, pero que sus padres y Manuela se oponen a ello. Pues bien, yo no iré a ver a Manuela hasta que ustedes me traigan el consentimiento de los tres y que le pidan a Díaz que vuelva a casa de ustedes.

Don Agapito pensó que era una gran felicidad el poder salir del paso a tan poca costa.

—Yo doy desde luego mi consentimiento.

—Yo también, por supuesto —apoyó Cortaza.

—Está bien, vayan entonces a pedir su consentimiento a Manuela y a Sinforosa; yo quiero que mi amigo Díaz sea recibido con la mayor consideración por toda la familia. Le debo mi libertad. Ustedes todos le deben el gran servicio de impedirles que continuasen cometiendo el crimen de que yo era víctima.

Ninguna entonación de odio resonó en su voz. Hablaba con la solemnidad del juez que pronuncia un fallo de alta justicia.

—Mil gracias por lo que me toca, don Julián —díjole el joven estrechándole calurosamente una mano.

—Hablo como debo, amigo —respondió Estero. Volviéndose a sus cuñados, agregó:

—No se figuren ustedes que este caballero me haya pedido que pusiese la condición que yo impongo. Cuando él quiere una cosa, no tiene necesidad de que le ayuden; pero yo soy su agradecido, y así como he hablado en su favor, yo sabré todavía cómo probarle que no soy un ingrato.

Con sencilla majestad volvió la espalda a sus cuñados. Estos se dieron prisa en salir.

Mientras caminaron por los largos y solitarios corredores, Cortaza y Linares guardaron silencio. Al encontrarse en la calle, don Agapito habló el primero:

—Me he convencido de que el hombre no está loco.

Mientras recorrían la distancia de la celda a la portería del convento había tenido tiempo de reflexionar. El interés de Deidamia y el de sus padres estaba en inclinarse ante la voluntad de don Julián. Este pensamiento le hizo añadir:

—¿Y a qué viene esa oposición de la Mañunga? Si ha despedido al sobrino de Quintaverde, estamos libres de compromiso, ¿no le parece, don Matías? Entonces empéñese conmigo para que la Mañunga se deje de oposiciones y de tonterías.

Cortaza no contestó. A pesar de su amargo desconsuelo, estaba inquieto por su mujer. Los médicos, en su última visita, se habían mostrado enigmáticos sobre la salud de la enferma.

Al entrar en la casa, el semblante de los que esperaban aumentó esa inquietud.

—La Mañunga sigue mal —dijo Sinforosa a su marido, enjugándose las lágrimas.

Los dos hombres entraron a la pieza de la enferma. Doña Manuela los miró con ansiedad.

—¿Viene? —preguntó con voz debilitada.

—Sí, vendrá —dijo don Agapito.

Pero había que expresar a la enferma la condición de la visita de don Julián. Con tímidos circunloquios, don Matías contó la entrevista y llegó al fin a la exigencia concerniente a Carlos Díaz.

—Es el único modo de hacer la paz —agregó don Agapito en tono persuasivo.

Por causa de su abatimiento físico y por el terror de su espíritu, la energía con que siempre hiciera triunfar su voluntad se había desvanecido en la señora.

—Sí, sí, hagan lo que quieran —exclamó con vehemencia—, pero que venga pronto.

Corran a llamarlo; vayan los dos— añadió dirigiéndose a Cortaza y a su cuñado.

—Se lo vamos a traer ligerito —díjole Linares, para tranquilizarla.

Cortaza, abatido, se había acercado a la cama.

—Corre, hijito —le dijo la enferma en un lamento de súplica.

En sus ansias, la infeliz hacía depender su salvación en esta y la otra vida del perdón de su hermano.

—Si me perdona, voy a sanar —decía con lánguida voz.

Los dos emisarios atravesaron el patio casi corriendo.

Al llegar al convento vieron salir un grupo de gente de la portería.

—¡El viático! —exclamó sobrecogido de pánico don Matías.

—¡El viático! —hizo eco con voz temblorosa don Agapito.

Ambos se descubrieron, poniéndose de rodillas sobre el suelo de la calle. Delante de ellos pasó un ruido de campanillas y su murmullo de oraciones el lúgubre grupo.

Un monaguillo precedía la marcha llevando la cruz, y seguía tras éste el sacerdote revestido de sobrepelliz, sosteniendo con ambas manos el cáliz. A su lado, otros dos monaguillos agitaban con afán las campanillas.

Los transeúntes, con devota reverencia, se ponían de hinojos, descubierta y humillada la frente, santiguándose con religioso terror al ver pasar el apresurado séquito, mensajero de la última esperanza.

Cortaza y su compañero, con fúnebres presentimientos, permanecieron de rodillas hasta que el ruido de las campanillas se perdió en la distancia. Levantándose, anduvieron a paso largo, hasta desaparecer por la misma puerta por donde acababa de salir el viático.

Don Julián oyó con aire turbado el mensaje de que sus dos cuñados eran portadores.

—Puesto que se respeta mi deseo —dijo—, yo estoy dispuesto a cumplir mi promesa.

Si le parece, nos iremos al instante —dijo don Matías, en cuyos oídos resonaban con siniestro retintín las campanillas del Sacramento.

—Estoy pronto, amigo Díaz, vamos andando.

A pesar del tono resuelto de la respuesta, el semblante de don Julián acusaba una visible emoción.

—Vayan ustedes primero, para que puedan anunciarme; nosotros los seguimos —dijo a don Matías. Algunos minutos después que Cortaza y don Agapito habían salido, don Julián y Carlos Díaz los siguieron.

—Amigo Díaz, hago este sacrificio por usted; había jurado no ver jamás a esas gentes.

—Mucho se lo agradezco, don Julián.

Antes de llegar a la casa encontraron el viático de vuelta. Los dos hombres apresuraron el paso en silencio. Delante de la puerta de calle, un grupo de curiosos se había formado al ruido de las campanillas. La servidumbre de don Guillén, reunida del lado de la casa grande, estaba presenciando cuanto ocurría en la casa chica. Por una ventana, Guillén y Javier, sin atreverse a salir aguardaban la llegada del que para ellos era todavía el loco. Al divisar a Carlos Díaz, los dos chicos salieron corriendo hasta encontrarse con el joven; los niños no habían reconocido a don Julián Estero en el hombre bien vestido que acompañaba a su amigo.

—Ñato, ñato —le dijeron en voz baja, con cariño—, qué, ¿no ibas a venir con el loco?, ¿dónde está?

—Cállense —les dijo el mozo, alejándolos de don Julián—; es este caballero que viene conmigo.

Los chicos miraron incrédulos a Estero, que se había detenido a esperar a Díaz.

—¿Los niños de don Guillén!, ¡tanto que los envidiaba en sus juegos! —dijo don Julián, enternecido.

Los de la familia salían a recibir a los recién llegados. Sinforosa y su hija, con lágrimas sin enjugar, saludaron a don Julián tímidamente. Este puso una mano sobre la cabeza de Deidamia.

—Sobrina —le dijo—, abraza a su tío, que le promete quererla siempre.

La chica se arrojó sollozando en brazos de don Julián, sin tener fuerza de proferir una sola palabra.

Los demás contemplaron mudos aquella escena, en la que don Julián empezaba a manifestar el propósito de hacer cumplir su voluntad con respecto a la futura suerte de la chica.

Cortaza, Sinforosa y don Agapito habían entrado a anunciar la llegada de don Julián. Gervasia sostenía a la enferma, que se había sentado, esperando la aparición de su hermano.

—Llévame donde tu tía —dijo don Julián a Deidamia.

La chica anduvo delante de él.

—Por aquí, tío.

Atravesaron hasta la puerta de la enferma. Hubo en ese momento un solemne recogimiento entre los que rodeaban a doña Manuela. Todos fijaron la vista entonces en su hermano. Don Julián avanzó con lento paso hacia el lecho de la paciente, sin hablar, como un cuerpo movido por una fuerza extraña, cubriendo a la señora con una profunda mirada de intensa tristeza.

Doña Manuela extendió las manos, cubierto el rostro de palidez cadavérica. Emitió algunos sonidos inarticulados, que terminaron en un estertor de agonía, y la lívida frente se inclinó sobre el pecho con el abandono de la eterna inmovilidad.

Del borde de la tumba, la tierra cayó sobre el ataúd con el ruido desapacible de los cuerpos que no tienen resonancia. Un grupo escaso de amigos presenció con ánimo indiferente y compungido rostro la fúnebre tarea de los sepultureros. Para cada cual, ese fin aterrador estaba lejos, oculto allá en la noche de esperanzas con que el cielo envuelve las incertidumbres del inevitable problema.

Cortaza miró desaparecer poco a poco el cajón sin emoción aparente. Apenas, de cuando en cuando algún ademán hacía sospechar las trágicas sensaciones que cruzaban por su cerebro.

Tras el negro cajón, sobre el que la tierra iba amontonándose, él veía las pálidas facciones, respetadas por la

muerte en su majestuosa hermosura. Y sus ojos no podían llorar en la eterna despedida. Su corazón oprimido se negaba al enternecimiento.

Estoico, siguió entonces con Carlos Díaz a los concurrentes agrupados tras el sacerdote, que se retiraba después de haber murmurado las últimas oraciones. En la puerta del cementerio se despidió de todos para regresar a pie a su casa.

La caricia del sol lo estremeció con un temblor desconocido. Su pecho respiró ensanchado, libre de su constante opresión. Dejaba atrás, en el cementerio, su miserable existencia de engañado inconsolable. Algo en el fondo de su alma entonaba un himno de contento. ¡Libre! ¡Libre!, ya no volvería a tener celos.

El joven entró con él en la casa. Don Matías se dirigió a su cuarto con tranquilo continente. Tomó de una mesa el “Robinson Crusoe” y fue a sentarse como antes al fondo de la huerta. Ahora podía leer las aventuras de aquel solitario sin envidiarlo.

Díaz entró a la sala de recibo, donde lo esperaba Deidamia. La palidez de la chica se iluminó con un rayo de consuelo al sentir en su frente el beso apasionado con que la saludó el joven, sentado junto a ella, estrechándole con ternura las manos.

—Ahora, linda, miremos para adelante y dejemos reposar en paz a la que se queda en el camino. Don Julián quiere que nos casemos ya. Te da como regalo de boda esta casa, y a mí la casa de la calle San Pablo, donde iremos a vivir, reservándole una pieza. Él se retira a su chacra y nos convida a ir a verlo cuando queramos.

Tras la reja de la ventana que daba al primer patio, vieron entonces aparecer a Guillén y Javier. Con aire de infantil incertidumbre hablaron a través de la reja.

—¿Cierto que tú te vas a casar con Deidamia?

—Cierto, y ustedes serán mis padrinos —les dijo el mozo alborozado.

—¡Viva el ñato! —gritaron los dos chicuelos, entrando en la sala y abrazando a los novios con ruidosas señales de alegría.

FIN

C O L O F Ó N

Con esta novela envolvente y nostálgica, *El loco Estero*, de esa nostalgia lúcida que da el tiempo y la distancia, ya una vez construido ese inmenso monumento que cuenta Chile a la manera de un Balzac o un Stendhal, Ediciones Biblioteca Nacional da inicio a su colección "Diplomacia y Letras", iniciativa de la Dirección de Asuntos Culturales (DIRAC), con ocasión de los 150 años del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. El texto fue compuesto con la familia tipográfica *Biblioteca*, desarrollada por Roberto Osses junto a Diego Aravena, César Araya y Patricio González. La forma de este colofón está inspirada en el trabajo que Mauricio Amster realizó en la obra *Impresos Chilenos 1776-1818* (1963). Es un homenaje a su contribución al desarrollo del diseño y la producción editorial de nuestro país. Esta edición consta de tres mil ejemplares y fue impresa en Impresores Virginia Vivas Jaramillo. México, diciembre de dos mil veintiuno.



EDICIONES BIBLIOTECA NACIONAL

Dirección · Thomas Harris Espinosa
Diseño · Felipe Leal Troncoso
Asistente · Javiera Mariman Retamal
Periodista · Juan Pablo Rojas Schweitzer

CIP	BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE
Ch863 B647 2021	Blest Gana, Alberto El loco Estero / Alberto Blest Gana. Primera edición: diciembre 2021.- Santiago de Chile : Ediciones Biblioteca Nacional de Chile: Dirección de Asuntos Culturales, DIRAC, c2021. 203 páginas ; 14 x 22 cm. (Colección diplomacia y letras) Presentación / Andrés Allamand Zavala --Alberto Blest Gana y El loco Estero: entre la macro historia nacional y la nostalgia personal / Pedro Pablo Zegers Blachet. ISBN: 9789562445290 1.- Novelas chilenas 1.- Allamand Zavala, Andrés – presentador II.- Zegers B., Pedro Pablo- prologuista

Edición realizada por la Dirección de Asuntos Culturales (DIRAC) y la Biblioteca Nacional de Chile, en el marco de los 150 años del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile 1871-2021.

Agradecimientos especiales: Academia Diplomática de Chile

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Impreso en México por Impresores Virginia Vivas Jaramillo

